



## Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

## Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

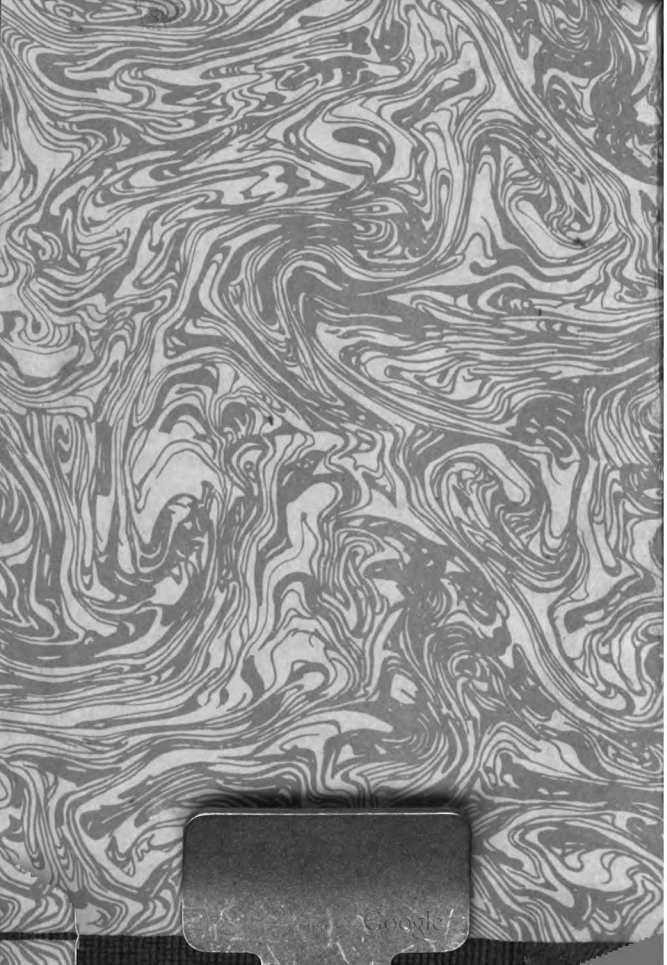
Asimismo, le pedimos que:

- + *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.
- + *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.
- + *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.
- + *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

## Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página <http://books.google.com>











ESPAÑA Y AFRICA



# **ESPAÑA Y AFRICA.**



# ESPAÑA Y LIBERTAD

CARLOS MARX

CONTRATO DE ALQUILER

ALEJANDRO DORTA

Traducción de *ESPAÑA Y LIBERTAD* de todos los  
los. Seguramente a su vez *ESPAÑA Y LIBERTAD* de

DOY VENCEDOR! ALEJANDRO DORTA

TOMO I



MADRID: *LIBRERÍA DE LA VENTA*

Imprenta de D. Francisco *LIBRERÍA DE LA VENTA*



820820/001

# ESPAÑA Y AFRICA,



CARTAS SELECTAS

escritas en francés por

**ALEJANDRO DUMAS.**

Traducidas al español por varios literatos, seguidas de un breve análisis por

DON WENCESLAO AYUALS DE IZCO.

---

---

TOMO I.

---

---



MADRID—SOCIEDAD LITERARIA—1847.

*Imprenta de D. Wenceslao Ayuals de Izco.*



1001059458

---

*Es propiedad de don W. Ayguale de Izco.*

---



---

Bayona 5 de octubre, por la noche.

SEÑORA :



**ANTES** de mi partida, me habeis exigido palabra de escribiros, no una carta, sino tres ó cuatro volúmenes de ellas. Teneis razon; conoceis mi carácter ardiente y decidido, tratándose de las cosas mas importantes, indolente cuando de las leves se trata, amigo de dar; pero jamás amigo de dar poco.

**Ofrecí, y ya lo veis; á mi llegada á Bayona, comienzo á cumplir mi promesa.**

**No quiero pareceros modesto, señora; así que no me propongo disimular que las cartas que os dirija desde hoy, deben ver la luz pública. Confieso con la indiscreta franqueza, que segun el carácter de aquellos que me rodean, me proporciona en unos tan buenos amigos, como encarnizados enemigos en otros; confieso, digo, que las escribo en esta convicción; pero ella, creedme, no alterará cosa alguna en la forma de mis epístolas. El público, en los 15 años que llevo con él de relaciones, no me ha abandonado en las diferentes sendas que he recorrido, y á veces trazado; me ha seguido por medio de este vasto laberinto de la literatura, desierto, siempre árido para los unos, selva siempre vírgen para los**

otros. Todavía esta vez espero que me acompañará con su benevolencia ordinaria en el camino familiar y caprichoso por donde le bago señal de que me siga, y en el que ahora entro por primera vez.

Por otra parte, el público no perderá nada: un viaje como el que yo emprendo ahora, sin trazar ningun itinerario, sin seguir plan alguno, un viaje sometido, en España, á las exigencias de los caminos, en Argel, al capricho de los vientos; un viaje semejante no puede menos de hallarse maravillosamente á gusto en la libertad epistolar, libertad casi sin límites que permite descender á los pormenores mas vulgares, elevarse á las mas altas consideraciones.

En fin, si no encontrase mas atractivo que el de arrojar mi pensamiento en un nuevo molde, hacer pasar mi estilo por un nuevo crisol, hacer

que broten chispas de alguna nueva *faceta* de esta piedra que saco de la mina de mi talento, diamante ó *extrás*, y cuyo valor, el tiempo incorruptible lapidario, ha de fijar un dia; sino encontrase mas que este atractivo, digo, cederia á él; la imaginacion, vos lo sabeis, es en mí hija del capricho, si ya no es el capricho mismo. Déjome pues llevar del viento que me impele y escribo...

Y os escribo á vos, señora, porque á la vez teneis un génio grave y festivo, sério é infantil, que á un tiempo os lleva tras lo correcto y lo caprichoso, lo elevado y lo sencillo; porque vuestra posicion en el mundo os permite, no precisamente hablar de todo, mas si entender todo aquello de que se os habla; porque costumbres, literatura, política, artes, y hasta las mismas ciencias, diré, todo

os es familiar; porque en fin, quereis que os lo diga, ó mas bien os lo repita, pues creo habéroslo dicho infinitas veces, porque el elemento principal, el que mas parte tiene en este capricho mio, en estas cartas, es la conversacion espiritual, buéspedes de nuestros salones, que con dificultad se halla mas allá de las fronteras de Francia, y que hará que mis palabras, aquí, sean, no las de un escrito, sí las de una conversacion. Verdad es que el público será tercero en la nuestra, mas esto no hará que ella varie en lo mas mínimo; siempre he advertido en mí, hablando, mas viveza, mas imaginacion que de costumbre, cuando he adivinado algun curioso indiscreto de pié, y con el oido aplicado detrás de la puerta.

Queda un solo punto, señora. Vos huis toda publicidad, y con razon,

porque la publicidad en nuestros días, es muchas veces la injuria. La injuria para los hombres no es mas que un accidente; la injuria entre los hombres se rechaza y se venga. Pero la injuria para la muger es mas que un accidente, es una desgracia, porque aun deshonrando á aquel que la dirige, mancha siempre á aquella á quien vá dirigida. Cuanto mas blanco es un traje, mas visible es en él la menor salpicadura del lodo de las calles.

Voy pues á haceros una proposicion; hay en esa hermosa Italia que tanto amais, tres mugeres benditas, que tres divinos poetas han hecho célebres. Llamánse estas mugeres, Beatriz, Laura y Fiametta. Escoged cualquiera de estos tres nombres, y no temais que por esto vaya yo á creerme Dante, Petrarca ó Boccacio; vos podeis tener como Beatriz una

estrella en la frente, como Laura una aureola que rodee vuestra cabeza, ó como Fiametta una llama en el seno; pero estad tranquila, mi orgullo no sufrirá creciente alteracion por eso.

En vuestra próxima carta, me hareis conocer el nombre; no es así? bajo el que quereis que os escriba?...

Tengo aun alguna cosa del mismo género que deciros? no, creo que no.

Ahora bien, ya escrito el prefacio, permitid que os manifieste con qué condiciones parto, con qué motivo os dejo, y con qué intenciones volveré probablemente.

Hay un hombre de alta inteligencia, cuyo talento ha resistido diez años de academia, cuya urbanidad ha sobrellevado quince de debates parlamentarios y cuya benevolencia en fin, no ha desaparecido ante cinco ó



seis carteras ministeriales. Este hombre político ha comenzado por ser literato y, cosa rara entre los hombres políticos, no se ha vuelto, á fuerza de no hacer mas que leyes, envidioso, enemigo de los que todavía hacen libros. Siempre que uno de aquellos pensamientos que sobre el árbol eterno del arte hacen que abra su cáliz una flor, ó que madure un fruto, le ha sido propuesto, se ha apresurado á ponerlo en práctica, cediendo á un primer movimiento, al contrario de aquel hombre político; que jamás cedía á él; sabeis por qué? porque era bueno ese primer movimiento.

Este hombre tuvo un dia la idea de ver por sus propios ojos esa tierra abrasada del Africa, que tanta sangre fecundiza, que tantos grandes hechos hacen inmortal, que tantos opuestos intereses atacan y defienden. Partió,

y á su vuelta, como hombre que me tiene en alguna estima, quiso, asombrado de la grandeza del espectáculo que acababa de ver, que yo á mi vez viese y admirase lo que él habia visto y admirado.

Y por qué lo quiso? os preguntará vuestro banquero.

Porque, en ciertas almas, y estas almas son las que mas fuerte, sincera y profundamente sienten, existe una invencible necesidad de hacer participar á los otros de las impresiones que ellas han recibido. Les parece que seria un egoismo estrecho y vulgar, guardar para sí únicamente aquellos grandes asombros del pensamiento, aquellos sublimes saltos del corazon que toda organizacion superior siente ante las maravillas del poder de Dios ó las maravillas del poder del hombre. Buckingham dejó caer un diamante magnífico en la pla-

za en que Ana de Austria le habia confesado que le amaba. Querria que otro fuese dichoso en el lugar mismo en que él lo habia sido.

Una mañana, pues, recibí del ministro viajero, del ministro académico, del ministro literato, una invitacion para que fuese á almorzar con él; haria dos años que yo no le habia visto; esto no habia consistido en otra cosa sino en que ambos estábamos continuamente ocupados; sin este motivo, á riesgo de lo que pudiesen decir mis amigos, los republicanos, los liberales, los progresistas, los furreristas y los humanitarios, declaro que le veria con mucha frecuencia.

Aquella invitacion, no era sino un medio, un pretesto para que nos hallásemos frente á frente en una mesa, que no fue tan pronto seguramente convertida en bufete. En cuan-

to al objeto de ella, este no era otro que proponerme dos cosas, la primera asistir al matrimonio del duque de Montpensier en España; la segunda, visitar el reino de Argel.

Con reconocimiento hubiera aceptado cualquiera de las dos cosas, cuánto mas las dos juntas.

Acepté pues, vuestro banquero os dirá que esta era una especulacion bien poco razonable, porque dejaba á *Bálsamo* á medio publicar y á medio edificar mi teatro.

Qué quereis, señora?... yo soy así, y vuestro banquero mismo con dificultad podria corregirme. Es muy cierto que yo doy á luz la idea que se desarrolla en mi cabeza; pero tambien lo es que á penas se desarrolla, esta hija ambiciosa de mi pensamiento, en vez de salir de él como Minerva, se establece, toma asiento en él, se aferra allí, se apodera de

todo mi ánimo, de mi corazón; de mi alma, de toda mi persona, en fin, y de esclava dócil que debiera ser, transformándose en señora absoluta, me obliga á hacer alguno de esos graciosos desatinos que los sábios critican, que los locos aplauden, y que las mugeres suelen compensar.

Tomé luego mi resolucíon; abandoné á *Bálsamo* y momentáneamente al menos, mi teatro.

No sin intencion, señora, como vos habreis ya advertido, hago que vaya precedido el sustantivo *teatro*, del pronombre posesivo *mío*.

En buena lógica, hubiera debido decir *nuestro*, lo sé; mas, qué queris? yo soy como aquellos imbéciles padres que no pueden perder la costumbre de decir *mi hijo*, aunque el niño haya sido criado por una nodriza y educado por un profesor.

Y á propósito de esto, permitidme

hacer una ligera digresion con respecto á este pobre teatro, acerca del que se han dicho tantas necedades, las cuales, espero que no perjudicarán á las que nuevamente se digan. Lo que voy á contaros, nadie lo ha sabido á fondo hasta hoy; es el secreto de su nacimiento, el misterio de su encarnacion; escuchadme pues algunos momentos; en seguida volveremos á Bayona, y esta noche sin falta, á menos que la Mala se rompa, partiremos para Madrid. Os acordais, señora, de la primera representacion de los *Mosqueteros*, no de los *Mosqueteros de la reina*, que jamás ha tenido tales mosqueteros, sino de los mosqueteros del rey? En el teatro del Ambigú tenia lugar, y S. A. el duque de Montpensier asistia á ella;

Al contrario de mis hermanos los autores dramáticos que en el momento supremo se hacen juzgar por con-

tuencia, ocultándose detrás de los hastidores, ó detrás del telon de embocadura, y que ni aun se atreven á asomar un poco la cabeza, ora un aplauso los solicite, ora un silbido los inquiete, yo hago frente en el salon mismo á los silbidos y á los aplausos, y esto, no diré precisamente con indiferencia, mas con una calma tan perfecta que me ha sucedido, habiendo dado hospitalidad en mi palco á algun viajero desconocido extraviado en los corredores, dejar á este desconocido viajero al fin del espectáculo, ó mas bien dejarme él, sin sospchar siquiera que habia pasado la noche con el autor mismo de la pieza que habia aplaudido ó silbado.

Hallábame yo en un palco en frente de su alteza, á quien jamás habia tenido el honor de hablar, y me divertia en seguir, cosa bien permitida á un autor, en seguir en el jóven

rostro régio, todavía sometido á las impresiones rápidas de la juventud, las diferentes emociones buenas ó malas que hacian asomar la sonrisa á sus labios, ó pasar una nube por su frente.

Habéis, señora, estado alguna vez, preocupándoos de un solo objeto, sin fijaros en ninguno de los que le rodean, sepultada en una contemplacion tal, que vuestros ojos cesan de ver, vuestros oídos de oír, hasta el punto de desaparecer cuanto os rodea, escepto el objeto privilegiado de vuestras miradas? Sí!..... sin duda; comprendereis como la vista de aquel régio mancebo, al despertar en mí todo un mundo de recuerdos, me sumergia en semejante contemplacion.

Ha existido. Ah! ya ha pasado largo tiempo! un hombre á quien yo amaba, como puede uno amar á la vez á su padre y á su hijo, es decir, con

:



el mas respetuoso y el mas profundo de los amores. Cómo este hombre habia adquirido casi en el momento tan suprema influencia sobre mí? Lo ignoro; hubiese dado mi vida por salvar la suya, hé aquí todo lo que sé.

El tambien me amaba algún tanto, estoy seguro de ello; sin este afecto, me hubiese concedido todo lo que yo le pedia. Es verdad que yo no le pedia sino aquellas cosas que hacen que el que concede quede obligado del que ruega.

Dios solo sabe cuantas limosnas misteriosas y santas he hecho á nombre suyo. Hay en este instante, un corazón que late y que estaria helado, una boca que reza y que estaria muda, si nosotros no nos hubiésemos encontrado en el mismo camino y si, solo, yo no hubiese gritado perdón cuando todos gritaban justicia.

Hay desgraciados que no creen en nada, hombres enervados que dudan eternamente de la fuerza! cunucos de corazon que buscan la razon de los sentimientos viriles, y que calumnian todo sentimiento viril que no comprenden. Estos hombres han descubierto, unos que la persona de quien hablo me pasaba una pension de doscientos francos, otros que me habia de una sola vez hecho don de cincuenta mil escudos! y, Dios me perdone, ellos han escrito esto en alguna parte, yo no sé en dónde! lo que de él he recibido durante su vida ay! demasiado corta, señora, os lo voy á decir: he recibido una figura de bronce, la noche de la representacion de *Calígula* y el dia despues de sus bodas un paquete de plumas.

Es verdad que esta figura de bronce era un original de Barye, y que con este paquete de plumas he

escrito mi *Gabriela de Belle-Isle*.

Hamlet tenia razon en decir:

—*Man delights not me!*

Si merecen el nombre de hombres los que semejantes infamias escriben, no me agrada el hombre.

Hé aquí que recuerdos se agitaban en mí, fijaban mis ojos sobre el príncipe. Este otro príncipe, era su hermano.

De repente, ví al duque de Montpensier palidecer, ví que retrocedia... quise conocer la causa de la sensacion penosa que acababa de experimentar; aparté la vista del palco, la fijé en el teatro, y una sola mirada bastó para que todo lo comprendiese.

El artista que egecutaba el papel de Athos, en vez de la gota de sangre que debia, en el momento en que cae la cabeza de Carlos I, filtrar á través de los tablones del cadalso y salpicar su frente, mostraba al público

una mancha sangrienta que le cubría la mitad del rostro.

Esta era la causa del movimiento de repulsion que yo habia advertido en el jóven príncipe.

Imposible me seria deciros, señora, cuán penosa impresion sentí al ver aquel movimiento que S. A. no habia podido reprimir. Las muestras de desaprobacion mas unánimes, seguramente me hubieran preocupado menos.

Lancéme fuera de mi palco; corrí al suyo; pregunté por el doctor Pasquier, que estaba junto á él, salió: «Pasquier, le dije, anunciad al príncipe que mañana el cuadro del cadalso habrá desaparecido.»

Qué os diré, ó mas bien qué diré á esas gentes de que há poco os hablaba? Hay en las organizaciones menos comunes una simpática, una instintiva inteligencia que les hace alzar en alto la cadena entera de un pensa-

miento, de manera que la estremidad del último eslabon quede rozando su frente. El príncipe, que jamás me habia visto en las Tullerias, donde yo solo una vez habia entrado, el 29 de julio de 1830, el príncipe recordó entonces la manera desinteresada con que yo amaba á su hermano. Comprendió mi sentimiento al ver rotas con una muerte fatal y prematura aquellas relaciones que yo hubiera podido enlazar quizás á algunas de aquellas que le sobrevivieron; habia oido el grito de dolor y el adios que yo le habia dado con toda la Francia; despues me habia visto alejar, renunciar á toda influencia, entrar, pronto á luchar de nuevo, en este reino del arte, donde mi ambicion es tambien la de ser príncipe.

Deseó conocerme; el doctor Pasquier fué nuestro intermediario; ocho dias despues, me encontraba en

Vincennes, hablando con el duque de Montpensier y olvidando, por primera vez, durante algunos minutos, que el duque de Orleans, aquel príncipe tan eminentemente artista, ya no existía.

El resultado de esta conversacion, fué un privilegio de teatro prometido por el conde Duchâtel á la persona que yo señalase.

Durante las representaciones de los *Mosqueteros*, habia yo hecho relaciones con Mr. Hostein. Habia podido apreciar sus facultades administrativas, sus estudios literarios, y sobre todo su ambicion de llevar al centro de las clases populares, una literatura que pudiese instruirlas y moralizarlas.

Propuse á Mr. Hostein tomase á su cargo la direccion del nuevo teatro que debia luego edificarse. Mr. Hostein aceptó.

Lo demás, lo sabéis, señora. Habéis visto venir á tierra el Hôtel Foulon, y pronto vereis, bajo el hábit cínzel de Klagmann, salir de aquellas ruinas la elegante fachada que reasumirá en piedra mi inmutable pensamiento. El edificio está fundado sobre el arte antiguo, la tragedia y la comedia, es decir, sobre Eschilo y Aristófanes. Estos dos genios primitivos sostienen á Shakspeare, Corneille, Moliere, Racine, Calderon. Goethe y Schiller. Ofelia, Hamlet, Fausto y Margarita, representan en medio de la fachada, el arte cristiano, como las dos cariátidas de abajo representan el arte antiguo. Y el genio del espíritu humano señala con el dedo el cielo al hombre, cuyo rostro sublime, segun Ovidio, se hizo para mirar al cielo.

Esta fachada explica todos nuestros proyectos literarios, señora; nuestro

teatro , que ciertas conveniencias han hecho nombrar: *teatro histórico* , seria con mas justicia nombrado *teatro europeo*. Porque no solamente la Francia reinará en él como soberana, sino que toda la Europa estará, como los antiguos señores feudales, que venian á rendir homenaje á la torre del Louvre, obligada á ser su tributaria. A falta de aquellos grandes maestros, Corneille, Racine, Molière que duermen en su tumba régia de la calle de Richelieu, tendremos aquellos poderosos genios, Shakspeare, Calderon, Schiller! y *Hamlet*, *Otelo*, *Ricardo III*, *el médico de su honra*, *Fausto*, *Voetz de Berlichingen*, *don Cárlos* y los *Piccolomini*, nos ayudarán, escollados de las obras contemporáneas, á consolarnos de la forzosa ausencia del Cid, de Andrómaca, y del *Misántropo*.

Hé aquí nuestro prospecto de gra-



nito, señora; si alguno miente aquí, ciertamente no soy yo.

Ahora, señora, permitid que me traslade, no á Bayona, sino á San German. Abandonando la antigua ciudad hospitalaria, para ir á casa del ministro, yo no sabia aun el dia en que debia partir. A mi vuelta, mi partida habia quedado aplazada para el dia siguiente. No habia tiempo que perder.

Veinticuatro horas, en todas las posiciones, y sobre todo en aquella en que me hallaba entonces, son una demasiado corta introduccion para un viaje de tres ó cuatro meses.

Por otra parte, yo contaba partir en buena compañía.

—El viaje solo, á pié, con el baston en la mano, es bueno para el estudiante descuidado, para el poeta soñador; desgraciadamente ya he pasado de esa edad en que el huésped

de las universidades mezcla en un camino real sus cantos alegres con los gñseros votos de los pasajeros; y si soy poeta, soy poeta activo, hombre de lucha y combate al principio, sin ilusiones hasta despues de conseguida la victoria.

Seis meses haria que la idea de un viaje á España, bullia en mi cabeza. Una noche, en que estábamos reunidos Giraud, Boulanger, Maquet mi hijo y yo, en el espacio comprendido al extremo de mi jardin; entre mi gabinete destinado al trabajo en el verano y la habitacion que ocupan mis monos en invierno, dejábamos perderse nuestra mirada en ese inmenso horizonte que abraza desde Lucien-nes hasta Montmœrency, seis leguas del mas encantador pais que bay en el mundo; y como está tan en el natural del hombre, desear siempre lo contrario de lo que posee, nuestro

pensamiento comenzó á vagar, no ya por aquel fresco valle, á las orillas de aquel anchuroso río que corre tan crecido, por aquellos collados cubiertos de verdes y umbrosos árboles, sino por las sierras pedregosas de España, á las orillas de sus ríos agotados, y por sus llanuras áridas y arenosas. Entonces, en un momento de entusiasmo, hicimos, animándonos á imitación de los horacios de Mr. David, el juramento de ir á España juntos los seis.

Después, naturalmente, los sucesos se habían precipitado, contrariando nuestro propósito, y yo había completamente olvidado el juramento y casi la España, cuando una mañana, tres meses después de aquella noche, llamaron á mi puerta para preguntarme si estaba pronto, Giraud y Desbarolles, en traje de viaje. Encontraronme rodando aquella roca de

Sísifo que todos los días impelida por mí, vuelve á caer sobre mí mismo; levanté la vista del papel, dejé un instante la pluma sobre mi bufete, los ofrecí algunas recomendaciones, los abracé suspirando envidiando esa libertad de mis primeros días que ellos han conservado y que yo he perdido. Por fin, los acompañé hasta la puerta, los seguí con la vista hasta que doblaron la calle, y volví á subir pensativo, insensible á las caricias de mi perro, sordo á los gritos de mi papagayo; aproximé mi sillón á la mesa eterna á que estoy encadenado, tomé mi pluma, fijé otra vez en el papel mis ojos; poco despues las ideas volvieron á bullir en mi cabeza, la mano recobró su actividad y *José Bálsamo*, empezado hacia ocho días, continuó en su obra de regeneracion; sin contar que el teatro salido de entre la tierra con asombro del

pueblo parisiense , que habia recibido no sé por donde , la noticia de su muerte casi al mismo tiempo que yo se las habia dado de su nacimiento, comenzaba á brotar como un inmenso hongo en medio de los escombros del Hôtel Foulon.

Y ved como , gracias á uno de esos caprichos que han hecho por medio de opuestos elementos del acaso un Dios casi tan poderoso como el destino , un suceso inesperado me hace abandonar mi novela y mi teatro para arrojarme á esa España deseada, ya elevada por mí al rango de esos paises fantásticos que uno no visita mas que cuando se llama Giraud ó Gulliver , Desbarolles ó Aroun-al-Raschild.

Vos me conoceis, señora; sabeis que soy hombre de prontas resoluciones. Las decisiones mas importantes de mi vida , jamás me han tenido

vacilante diez minutos. Al subir la escalera de San German, habia encontrado á mi hijo, y le habia propuesto partir conmigo, lo que él habia aceptado. Así que volví á casa, escribí á Maquet y á Boulanger para hacerles la misma proposicion.

Un criado llevó ambas cartas á su destino; la una á Chatou, la otra á la calle del Oeste. Debo confesar que les habia dado la forma de una circular; no habia tenido tiempo ni aun para variar las frases. Además, iban dirigidas á dos hombres que ocupan un mismo lugar en mi memoria y en mi corazon.

Estaban concebidas en estos términos, y no ofrecian mas variacion, que la que el lector notará á primera vista, sin que yo me tome el trabajo de indicársela.

•Querido amigo, mañana por la noche parto para el reino de Argel y  
I. 3

para España ; <sup>quieres</sup> venir conmigo ? <sup>queréis</sup>

«En caso de decir que sí, no <sup>tenes</sup> <sup>teneis</sup> mas que <sup>proveerte</sup> <sup>proveeros</sup> de un baul de camino, lo demás queda á mi cargo.

DUMAS.»

Mi criado encontró á Maquet en la isleta de Chaton, sentado sobre la yerba de Mr. Aligre y pescándole sus peces al gobierno. Escribía y pescaba á un tiempo, y como en aquel momento, componia una de esas bellas páginas que vos conoceis, se habia completamente olvidado de los tres ó cuatro aparejos de destrucción de que se hallaba rodeado, de modo que en vez de atraer sus sedales á las carpas á la orilla, las carpas eran las que se los llevaban por entre las aguas á su capricho.

Pablo llegó á tiempo ; mas adelante os daré la biografía de Pablo, señora ; Pablo llegó á tiempo para impedir que una soberbia caña que iba des-

cendiendo al río con la rapidez de una flecha, descendiese en efecto, arrastrada por una carpa, que tenía sin duda urgentes negocios que evacuar en el Havre.

Maquet volvió á componer su malparada caña, cerró su chistera, abrió la carta y juntamente los ojos, leyó y relejó las seis líneas que la componían, recogió sus avíos y tomó el camino de Chaton para ocuparse inmediatamente en buscar un baul para sus efectos. Había aceptado.

Probablemente antes que Maquet llegase al extremo de la isla, la carpa estaría ya en Meulan; tan de prisa la harían caminar sus asuntos; había almorzado al paso el trigo que le había ofrecido Maquet, y probablemente el anzuelo, que á título de digestivo, se había apropiado.

Pablo tomó por el camino de hierro, abandonado un momento por su

;



escursion pedestre á lo interior, y llegó á la calle del Oeste, número 16. Allí encontró á Boulanger, delirando delante de una ancha tela blanca; era su cuadro de esposicion para el año de gracia 1847, debia representar la adoracion de los reyes magos.

De repente Boulanger vió una forma negra pintarse sobre aquella tela blanca; al momento, creyó que era el rey etiope Melchor, que tenia la atencion de ir á colocarse en su cuadro él mismo en persona.

No era Melchor, era Pablo.

Pero Pablo llevaba una carta mia, y así fué tan bien recibido como si en su cabeza llevase la corona de Sabá.

Boulanger dejó en un lado su paleta, colocó en su boca el pincel, vírgen todavía por aquella vez, tomó la carta de manos de Pablo, la abrió, se frotó los ojos para saber si estaba despierto, interrogó á Melchor, se

aseguró de que la proposición era seria y se dejó caer, para reflexionar sobre el sillón en donde había dejado su paleta.

Al cabo de cinco minutos, dió fin á sus reflexiones y púsose á buscar con la vista, por todo el cuarto, una maleta, un baul de camino, que pudiera muy bien estar oculto detrás de alguna tela olvidada.

Al día siguiente, todos estábamos en el patio de las diligencias de Laffitte y Caillard.

Sabéis el cuadro que presenta el patio de diligencias á las seis de la noche?... no es así?... Desaugiers compuso una copla acerca de él, que vos no conocéis, porque acababais de nacer cuando ya el pobre Desaugiers había muerto.

Cada uno de nosotros tenía que dar algún adiós. Palabras apenas articuladas se perdían en el aire, como

aquellas del primer corro del infierno de que habla Dante; multitud de brazos se veían asomar por las ventanillas de los coches, cruzábanse nuevos adioses cada vez que á la voz del impaciente conductor, uno de nosotros se acercaba á la diligencia. Cada cual daba sus recomendaciones, que eran seguidas de infinitas protestas y promesas. En medio de aquel movimiento, las seis sonaron, los brazos mas obstinados tuvieron que desenlazar-se; las lágrimas, los suspiros se aumentaron; yo di el ejemplo lanzándome en lo interior, Boulanger me siguió, despues Alejandro y por último Maquet, recomendando que se le escribiese á Burgos, á Madrid, á Granada, á Córdoba, á Sevilla y Cádiz; para el resto del viaje, él daría mas adelante las intrucciones necesarias.

Pablo, como no tenia adioses que

dar ni recibir , se habia instalado hacia largo tiempo junto al conductor.

Un cuarto de hora despues, una máquina fuerte hábilmente organizada, nos hacia levantar blandamente sobre el asiento que ocupábamos, y nos volvía á dejar caer sobre él sin violencia.

Inmediatamente, la locomotiva dejó oír su agria respiracion, la inmensa máquina se conmovió, se oyó la rechinante trepidacion del hierro; las linternas pasaron á nuestra izquierda y derecha rápidamente como las antorchas que llevan los brujos la noche del sábado, y dejando sobre nuestro camino una luenga huella de fuego, rodábamos hacia Orleans.

---

---

Bayona 5 de octubre de 1846.



s tanto lo que os he hablado de mí en mi última carta, que á penas he podido dedicar en ella algunas líneas á mis compañeros. Permitidme, pues, deciros dos palabras de ellos. Giraud os lo dará á conocer bajo el aspecto físico; la parte moral la conoceréis mas adelante.

Luis Boulanger es ese admirable pintor que conoceis, siempre accesi-

ble á lo bello, bajo cualquier punto de vista que se presente, admirando casi en un grado igual, la forma con Rafael, el color con Rubens, la fantasía con Goya. Para él todo lo grande es grande, y al contrario de esos pobres espíritus, cuyo oficio estéril es humillarse sin cesar, él se deja tomar sin combate, se inclina ante las obras de los hombres, se arrodilla ante las obras de Dios, admira ó adora. Hombre de estudios, educado en su taller, habiendo pasado su vida en el culto del arte, no tiene ninguno de los hábitos violentos necesarios á un viajero. Nunca ha montado á caballo, jamás ha tocado un arma de fuego; y no obstante, señora, estoy seguro de que le vereis si se presenta ocasion en el curso de este viaje, montar como un *picador* y disparar el fusil como un *escopetero*.

Respecto de Maquet, mi amigo y

colaborador, le conoceis menos, señora, siendo Maquet, á mi entender, el hombre que acaso trabaja mas en el mundo; sale pocas veces, se manifiesta poco y habla poco; tiene á la par un talento severo y pintoresco, en el cual al estudio de las lenguas antiguas, se ha juntado la ciencia, sin perjudicar á la originalidad. En él la voluntad es suprema, y todos los movimientos instintivos de su persona, despues de haberse anunciado por un primer resplandor, se replegan, casi avergonzados de lo que él cree, una debilidad indigna del hombre, á la prision de su corazon, como esos pobres niños á quienes el maestro sorprende haciendo novillos, y á quienes hace desapiadadamente entrar en la clase, con la palmeta en la mano. Ese estoicismo le comunica una especie de severidad moral y fisica que, unida á las ideas exageradas de leal-

tad, constituyen los dos únicos defectos que le conozco. Por lo demás, está familiarizado con todos los ejercicios de cuerpo, y es apto para todo aquello que necesita perseverancia, sangre fría y valor.

¿Qué os diré de mi hijo, á quien vuestro cariño echa á perder tan obstinadamente, y quien si no os llama su hermana os llamaria madre? El nació á esa hora dudosa en que no es de dia ni de noche: así es que, para mí, el conjunto de antitesis que forman su carácter estravagante, es un compuesto de luz y de sombra, es perezoso y activo, gloton y sóbrio, pródigo y económico, desconfiado y crédulo, malicioso y cándido, indolente y generoso, es corto de lengua y largo de manos, se hurta de mí con toda su alma, y me ama de todo corazón. Por último, siempre está pronto á robarme mi bolsillo, como Va-



lerio, ó á batirse por mí como el Cid.

Ademas, posee el entusiasmo mas loco, mas estraordinario, y mas obstinado que he visto en un jóven de veinti un años, y que, semejante á una llama mal contenida, resplandece incesantemente en el delirio como en la agitacion, en la calma como en el peligro, en la risa como en las lágrimas.

Por lo demas, monta diestramente á caballo, tira bien la espada, el fusil y la pistola, y ejecuta perfectamente cuantos bailes se han introducido en Francia despues de la muerte de la inglesa y de la agonía de la gavota.

De vez en cuando reñimos, y, como el hijo pródigo, toma su legítima y abandona la casa paterna; siempre que esto sucede compro una ternera y la engordo, seguro de que antes de

**un mes volverá él á comer su parte.**

**Verdad es, que malas lenguas dicen que es por la ternera y no por mí por lo que vuelve, pero yo bien sé lo que hay en esto.**

**Pasemos ahora á hablar de Pablo. Puesto que quereis no solo seguirnos en la carta, sino tambien vernos donde vamos y como estamos, con los ojos de la memoria, preciso, es pues, que os hable de Pablo.**

**Pablo es un ser á parte, señora, y que merece una mencion muy particular. En primer lugar, Pablo no se llama Pablo, se llama Pedro; miento, no se llama Pedro, sino Agua de Benjuí; esta triple denominacion designa á un solo individuo, negro de piel, abysino de nacimiento, cosmopolita de vocacion.**

**¿Cómo esta gota de olor, puede haber nacido en la pendiente de los montes Samea, entre las orillas del**

brada, Agua de Benjuí entró en su habitacion; el inglés se habia ahorcado con el cordon de la campanilla. Hé aquí porque la campanilla no habia sonado.

Agua de Benjuí hubiera podido hacer economias mientras sirvió á su inglés, porque su inglés era generoso. Pero Agua de Benjuí no es económico. Verdadero hijo de Ecuador, ama todo lo que brilla al sol. Estopa ó diamante, vidrio ó esmeralda, cobre ú oro, poco le importa. Gastó, pues, mientras tuvo dinero, mezclando con sus compras algunos sorbos de ron, porque Agua de Benjuí es muy aficionado al ron, y si nunca vuelve al pié de los montes Samen, sobre las riberas del lago de Embea, cerca de las fuentes del rio Azul, es capaz de vender á su hijo al mismo precio que su padre le vendió á él.

Cuando Agua de Benjuí se des-  
prendió de su último escudo, com-  
prendió que era tiempo de buscar  
un nuevo acomodo. Lo buscó, y, co-  
mo tiene buen ojo, la sonrisa cándi-  
da y los dientes blancos, no estuvo  
mucho en la calle.

Su nuevo amo fue un coronel  
francés que le llevó á Argelia, donde  
Agua de Benjuí, estaba, por decir-  
lo así, entre su familia. Los árabes  
de Africa, cuya lengua habla con to-  
da la pureza de las razas primitivas,  
le miraron como un hermano de co-  
lor algo mas subido, y nada mas.  
Agua de Benjuí pasó en Argelia cin-  
co años dichosos, durante los cuales  
tocado por la gracia del señor se hizo  
bautizar con el nombre de Pedro,  
para reservarse sin duda la facultad  
de negar tres veces á Dios, como  
hizo su santo patron.

Desgraciadamente para Agua de  
I. 4

Benjuí, se dió de baja á su coronel, el cual pasó á Francia para reclamar contra esta medida; mas, á pesar de sus reclamaciones, se cumplió la ordenanza, y se vió reducido al medio sueldo. Esta reduccion produjo otra en su criado, y Pablo se encontró en la calle.

No hay para que decir que no habia ahorrado mas con el coronel, que con su inglés; pero habia hecho un buen conocimiento. Este conocimiento era Chevet. Chevet me le recomendó como un preciosa ayuda de cámara, que hablaba cuatro lenguas, sin contar la suya, que es tan bueno á pié como á caballo, y que no tenia mas que un defecto, que era perder cuanto se le confiaba.

Tratábase solamente de no confiarle nada, y entonces era la perla de los criados. En cuanto á su decidida afición al ron, no me dijo Chevet ni

una palabra, adivinando sin duda que pronto lo echaria yo de ver.

Pero se equivocaba Chevet. Yo veia de vez en cuando que los ojos saltones de Agua de Benjuí eran amarillos en lugar de ser blancos, yo observaba claramente que apoyaba de un modo mas notable su dedo meñique en la costura de su pantalon, y que mezclaba confusamente el inglés, el francés, el español y el italiano; pero sé que los negros tienen un temperamento muy bilioso; esta pausa enteramente militar parecia un último homenaje rendido á su coronel; yo comprendia, en fin, que cuando se habla cuatro lenguas, sin contar la nativa, nada tiene de extraño decir *yes* por *si* y *no* por *non*; y continué en no confiar nada á Agua de Benjuí, sino la llave de la bodega, que, contra su costumbre, nunca habia perdido.

:

Sin embargo, una vez que salí á una cacería, en la que debia pasar una semana, y de la cual volví al día siguiente, entré sin ser esperado, y como de costumbre cuando entré llamé á Pablo.

Ah! es necesario, deciros, puesto que ya sabeis como Agua de Benjuí se habia llamado Pedro, el modo como ahora se llamaba Pablo.

Tenia yo en la casa un jardinero llamado Pedro, que rabiaba de ver que un negrilla llevaba su mismo nombre. Propúsele que se llamase de otro modo, ofreciéndole en cambio de un nombre las sílabas mas enfónicas del calendario. Pero lo rehusó obstinadamente, invocando su antigüedad en la casa, y la superioridad que debia darle naturalmente sobre el nuevo criado, su título de hombre de piel blanca. Referí el caso delante de Pablo, quien contestó que habien-

do cambiado ya una vez de nombre, le importaba poco cambiarlo la segunda, deseando únicamente no perder en el cambio, y rogándome que eligiese en la gerarquía celeste, un patron tan distinguido como el que él mismo habia escogido. Yo no sabia que hubiera un apóstol igual al otro; y parecióme que el cuchillo valia tanto, como la llave, y que San Pablo no era inferior á San Pedro; por lo cual prepuse á Agua de Benjuí que se llamase Pablo, proposicion que aceptó.

Mediante esta concesion, se restableció la paz entre Pedro y Pablo.

Al entrar en casa, de vuelta de la cacería, llamé, pues, á Pablo.

Pablo no respondió.

Abrí la puerta de su habitacion, temiendo encontrarle ahorcado, como su antiguo amo.

Pero pronto me aseguré. Pablo ha-



**bia adoptado no la posicion perpendicular, sino la horizontal.**

**Estaba tendido en su cama, tan inmóvil como un leño. Creí al principio que estaba muerto, no de suicidio, sino de muerte natural. Le llamé y no contestó; le tiré de un brazo y no se movió; le levanté por las espaldas como Pierrot levanta á Arlequin, y ninguna articulacion se encogió; le puse de pié y vacilaron sus piernas; le apoyé contra la pared y se mantuvo en esta posicion.**

**Sin embargo, durante esta última prueba, habia yo notado que Pablo hacia esfuerzos para hablar, y esto, me aseguró de que vivia. En efecto, poco á poco fue abriendo sus grandes ojos, movió los lábios y dijo:**

**¿Por qué se me levanta?**

**Y sosteniendo á Pablo llamé á Pedro.**

**Pedro entró.**

—Está loco Pablo? le pregunté.

—No, señor, está borracho.

Y se marchó.

Yo sabia que Pedro guardaba algun rencor á Pablo desde que le hice la fatal proposicion de variar de nombre, por lo cual rara vez hacia caso de los frecuentes chismes que contra él inventaba. Pero ahora la acusacion me pareció tan probable que iluminó mi espíritu. No obstante, acordándome de que hay cierto pais en que no se castiga al acusado sin la confesion del culpable, me volví hácia Pablo, y sosteniéndole siempre contra la pared:

—Pablo, le pregunté; es cierto que estais borracho?

Pero Pablo habia cerrado ya la boca y los ojos. Pablo no contestó, se habia dormido.

Esta soñolencia me pareció mas convincente que todas las confesiones

del mundo. Llámase al cochero, le dije que echase á Pablo en su cama y que me avisara cuando Pablo despertase.

Veinticuatro horas despues, entró el cochero en mi habitacion y me anunció que Pablo acababa de abrir los ojos.

Bajé la escalera, procurando dar á mi semblante el aire mas severo, y anuncié á Pablo que ya no estaba á mi servicio.

Pasados diez minutos, oí espantosos gritos.

Pablo, cuya sensibilidad se habia sobre escitado con esta noticia, Pablo tenia ataques de nervios, Pablo gritaba con todas sus fuerzas que él no habia dejado á su primer amo, sino porque se habia ahorcado, y al segundo porque le habian dado de baja; que no conocia mas que dos casos que fuesen de restitueion, y que mientras

yo no estuviese dado de baja ó ahordado, no me abandonaría jamás.

No hay nadie que se rinda mas pronto que yo á las buenas razones, y aquellas me parecieron excelentes. Hice jurar á Pablo que no bebería ya, le exigí la restitution de la llave de la bodega, y todo volvió al orden acostumbrado.

No hay necesidad de decir que Pablo quebranta de vez en cuando su juramento; pero como sé las causas de su letargo, no me inquieto ya; y como detesto los ataques de nervios no me atrevo á despedirle.

Ya comprendereis, señora, que en el momento de partir para el Africa, me di el parabien por mi conducta. Sí, en la confusion de lenguas que yo habia notado con tanta frecuencia, Pablo no hubiera olvidado la suya, iba á serme sumamente útil como intérprete.

Hé ahí, pues, porque Pablo, y no otro había sido elegido para acompañarnos. No era ya al neófito Pablo ó Pedro, el que iba conmigo, sino el árabe Agua de Benjuí.

Vos nos dejasteis, señora, experimentando las primeras dilaciones del camino de hierro, el 3 de octubre, á eso de las seis y media de la noche, justamente en el momento en que nuestros aposentadores Giraud y Desbarrolles, que habían partido hacia tres meses, habiendo recorrido el principado de Cataluña, la Mancha, y la Andalucía, llamarían según todas las probabilidades, postrados de fatiga y sofocados de sudor, á la puerta de alguna venta de Castilla la Vieja, que se guardarían muy bien de abrirles.

Cuando se vá, por un camino de hierro, muy blando, cuando es de noche, cuando esta noche está huérfana

de luna y de estrellas, y finalmente cuando está uno amenazado de otras cinco noches de diligencia, lo mejor que puede hacerse es dormir. Por consecuencia, nos dormimos.

De repente, la falta completa de movimiento nos despertó.

Cuando un carruage que sigue los carriles de un camino de hierro deja de rodar, pueden suponerse dos cosas; ó que el carruage ha llegado á una estacion ó que en el carruage ha ocurrido algun accidente. Sacamos nuestras cuatro cabezas por las dos portezuelas, y no vimos ninguna estacion ni á derecha ni á izquierda; por lo cual sospechamos algun accidente.

En todo caso, era un accidente de poca monta, puesto que no se oia ningun grito, ni se sentia ningun movimiento; solo se oia abrir los coches, y se principiaba á entrever una infini-

dad de sombras que se agitaban en la oscuridad.

Estas sombras eran, no las de los viajeros, como hubiera podido suceder en el valle de Fleury ó en Fampoux, sino los viajeros mismos, que se aprovechaban de tan feliz accidente para desentumecerse las piernas en los dos lados del carril-way.

Nosotros bajamos tambien y nos informamos del sitio en que nos hallábamos, y de las causas de este alto, olvidado en el programa.

Estábamos un poco mas allá de Beaugency; la caldera se habia soltado, el agua habia apagado el fuego, y la locomotiva se habia muerto de hidropesía.

Era preciso esperar la que no podia faltar de Blois, en cuanto se viese en Blois que no llegábamos.

Esperamos cerca de dos horas, al cabo de las cuales observamos un pun-

lo rogizo que avanzaba arrojando llamas como el ojo de un cíclope, y que crecía á medida que se acercaba á nosotros. Bien pronto vimos la respiración anhelante del mónstruo, vimos el surco de fuego que dejaba tras sí, pasando delante de nosotros rápido y rugiente como el leon de la escritura, y deteniéndose dócil y sumiso al presentar su freno de hierro.

Subimos al coche, se ató en la traserá de nuestro carruage la locomotiva muerta y seguimos nuestro camino. A las seis de la mañana estábamos en Tours.

A eso de las tres de la tarde atravesamos á Chatellerault. Dios os libre de Chatellerault, señora, si es que no sois aficionada á corta-plumas; verdad es que si lo sois, en cinco minutos podeis hacer de ellos la colección mas completa del mundo. Desgraciadamente, hay que detenerse ca-



si un cuarto de hora en Chatellerault. Bloqueados en nuestra diligencia por toda una poblacion de mugeres, de las cuales la mas jóven podia tener siete años y la mas vieja ochenta, y que nos asaltaban, en todos los tonos del diapason, con sus mercancías, tuvimos que llamar al conductor para que nos ayudase á salir, esperando ganar las puertas de la ciudad por una lucha. Pero sea que nuestro plan estuviese mal concebido, sea que este temerario proyecto fuese impracticable realmente, á penas echamos pié á tierra cuando nos vimos dispersados, perseguidos, rodeados, vencidos; y despues de una defensa mas ó menos heróica tuvimos que rendirnos á discrecion. En vez de reunirnos en masa al salir de la ciudad, como habiamos acordado, la diligencia nos recogió esparcidos acá y allá, ni mas ni menos que hace una chalupa

de socorro con los infelices náufragos; cada cual llevaba, para vergüenza suya, el uno un par de navajas de afeitar, el otro una podadera, este un par de tijeras, aquel un bisturí.

Alejandro especialmente habia comprado un cuchillo, puñal de mango de nacar con guarnicion de cobre, imitando plata, de la longitud mas gigantesca. Le habian pedido un luis, y creyendo él aceptar al punto ofreció cinco francos, y se le dieron.

Acordaos de esta circunstancia, señora, si pasais alguna vez por Chateillerault, porque no es indiferente.

En cuanto á nosotros, pensamos que, ó los habitantes de Chatellerault tenian furiosas disposiciones para el comercio, ó que era la Providencia quien, bajo la figura de una cuchillera, nos enviaba á vil precio los cuchillos, arma destinada sin duda, á cumplir milagros, semejantes á los

que ilustraron Joyense, Balisardo y Durandale.

Difícil me sería, señora particularizarme con nada de lo que vimos en el camino de Chatellerault á Angulema. Todo lo que sé es que subimos de noche las escaleras de esta última ciudad, cuya posicion en lo interior de las tierras, ha hecho que se la elija, escluyendo á Brest, á Cherburg ó á Marsella, para establecer en ella una escuela de marina. De la escuela de Angulema, es de donde probablemente salia el capitan de la *Salamanca*.

No sé absolutamente á que hora llegamos á Burdeos; lo que puedo deciros es que habiamos perdido cuatro horas en Beaugency, resultando de aquí que el último coche que partió para Bayona salia de Burdeos por una puerta, mientras que nosotros entrábamos por otra.

Habia un retraso de veinticuatro horas, porque no salía ningún carruaje antes del día siguiente. Estábamos ya en el 5; el casamiento del príncipe se verificaba el diez: la frontera distaba aun cincuenta leguas, y no había que perder un minuto si queríamos llegar.

Yo compré por mil y cien francos, un coche de camino que bien valdria cinco; al contrario de Alejandro que se había hecho por cinco francos, con un cuchillo que valdria veinticuatro. Verdad es que el cochero me esplicó que yo hacia una magnífica especulación, atendiendo á que los coches franceses eran muy estimados en España, á que yo revenderia indudablemente el mio en Madrid, por tres veces mas de lo que me había costado.

Yo tengo poca confianza, no en lo que me dicen los señores cocheros,

sino en mi genio para la especulacion. Sin embargo, no habia que vacilar; la posta era el único medio de locomocion que pudiera trasportarme en veinticuatro horas de Burdeos á Bayona, y llegando á Bayona al otro dia de madrugada, habia una probabilidad de encontrar asiento en la Mala de Madrid, hice pues, enganchar y partimos.

Eran las cuatro de la tarde: no me quedaba, pues, mas que una hora de dia para estudiar el cambio del paisaje. España, me habian dicho, principiaba al salir de Burdeos, y, en efecto, vimos ponerse el sol, sobre vastas llanuras, que se parecen mucho á las de la Mancha de que habla Cervantes, en esa Iliada cómica, que ha quedado como la de Homero, sin igual, y que se llama *don Quijote*.

En efecto, cuando despertamos hacia Roquefort, nos hallábamos en

un país completamente nuevo. Si las Landas en vez de estar en Francia estuviesen á dos mil leguas de la Francia, tendríamos cincuenta descripciones de las Landas, y serian conocidas como las llamas de las Pampas, como el valle del Nilo, como las riberas del Bósforo. Desgraciadamente, las Landas están entre Burdeos y Mont-de-Marsan, lo cual hace que se pase todos los dias por ellas sin visitarlas nunca.

Al salir el sol, las Landas presentaban un espectáculo maravilloso. Teníamos á derecha é izquierda inmensas llanuras, salpicadas de arbustos leonados como la piel de un tigre gigantesco: en el horizonte oriental todo era blanco, la luz caía resplandeciente; en el horizonte occidental, por el contrario, la oscuridad recogia sus últimas sombras y se retiraba lentamente, dejando tras de sí los

:

pliegues sombríos de su manto salpicado aun de algunas estrellas.

En frente de nosotros, esto es, al mediodía, estaba limitada la vista por una elevacion firme y nerviosa: eran los montes Pirineos que destacaban su argentado perfil en el azul del cielo español.

Todo esto, llanura arenosa, arbustos leonados, horizontes, sombríos ó ardientes, todo esto tornaba á la vida, tan jóven, tan lozano como en el primer día de la creacion. Las alondras subian perpendicularmente al cielo, y cantaban en su ascension. Rebaños de carneros marchaban conducidos por pastores que levantaban bandadas de perdices rojas, las cuales, despues de un vuelo ruidoso y azorado, iban á caer á quinientos pasos del sitio de donde habian partido. En fin, la codorniz invisible y obstinadamente oculta en la yerba, hacia

oir su voz estridente y clara, de la cual el chirrido metálico de las cigarras parecia formar el bajo continuo.

En el relevo de Roquesfort, notamos que el tiro tambien habia variado de naturaleza. A los tercios y relinchantes caballos blancos del Perche, á los perezosos caballos normandos, cruzados con daneses, habian sustituido pequeños caballos flacos de cola y de crin flotante, poniendo en el coche, para el cual no han sido hechos, los restos de esa sangre árabe que sus padres derramaron en sus venas, cuando los moros que bajaron de los Pirineos, atravesaban la Guicena para conquistar la Francia, como habian conquistado la España. Gana- mos en este cambio diez minutos por legua. Con razon se dice, que la raza se conoce siempre, en cualquier parte que esté, y por poco tiempo que sea.



No he visto nada tan encantador, señora, como la salida de Mont-de-Marsan. Yo creo que los últimos grandes árboles de Francia, están allí. Dadles un adios si alguna vez pasais bajo su sombra, porque no encontrareis otros semejantes, ni en España, ni en Argelia. A los dos lados de un camino unido como un tapete de villar, se tocan por la copa y forman un hermoso arco de verdura; á derecha é izquierda del camino, se estienden inmensos bosques de pinos, de los cuales cada tronco herido por el hielro, como los árboles del bosque encantado del Taso, derrama, no arroyos de sangre, sino una fuente plateada que no es otra cosa que su sangre; pero la sangre de los pinos, sabeis ya que es la resina, y el árbol herido, como el hombre, muere á veces por tener sus fuerzas agotadas.

Despues de los grandes árboles de Mont-de-Marsan, os recomiendo el puente de San Andrés de Cubzac. Saludad tambien al Dordoña, que en este sitio tiene cosa de un cuarto de legua de ancho. Vereis aun un buen número de rios, con piedras, arena, lentiscos, mirtos, adelfas aun en su lecho, pero apenas los encontrareis cuando llevan agua.

En cuanto á puentes vereis de mas; verdad es que si deseais no caer con ellos al agua, tendreis que pasar por otro lado.

Llegamos á Bayona á eso del mediodia. La manera encantadora de que habiamos hecho el viaje de Burdeos, nos habia decidido, mucho mas que las doradas promesas de mi cochero, á continuar nuestro camino en posta. Corrí, pues, así que me apeé á casa de Mr. Leroy, vuestro cónsul en Bayona, á fin de rogarle viese nuestro

pasaporte, y nos ayudase por todos los medios posibles á partir sin retraso. Encontré en él un hombre excelente, dispuesto á hacernos toda clase de servicios, pero que me dijo dos cosas que destruían nuestro hermoso proyecto: la primera, que todo carruaje francés pagaba mil ochocientos francos de entrada en España, y la segunda, que, á causa del tránsito de los príncipes, no encontraríamos caballos de posta.

No habia pues, que pensar ya en este modo de locomoción. Corrí á la Mala: cuatro asientos quedaban en el interior, que, por lo demás, no contenia mas que cuatro asientos. Los pagué, y volví al hôtel á anunciar á mis compañeros estas nuevas disposiciones de viaje.

La dificultad estaba en echar todo nuestro equipage en un carruaje destinado á trasportar solamente cartas,

y en el cual las personas son ya un suplemento. Nada llevábamos de mas, sino las escopetas y cuchillos de caza, que el peso admitido en Francia á cada viajero. Pero, por fortuna, los correos españoles son de mejor compostura que los correos franceses, y despues de diez minutos de conversacion, acompañada de gestos animados y espresivos, se arregló el negocio á satisfaccion de todo el mundo.

Tres cosas me obligan ahora á terminar mi carta, señora. La primera su estension; la segunda la hora de la posta, y la tercera los gritos de mi correo, que llama á su viajero.

Tendré el honor de escribiros luego que me sea posible; probablemente no será hasta mi llegada á Madrid.

---

---

Madrid 9 de octubre de 1846.



**ALIENDO** de Burgos, suponiendo que querais salir de Burgos, tendreis que pasar un puente, tendido, señora, no sé sobre que rio, porque, no habiendo visto rio alguno, mal pudiera preguntarle su nombre; el caso es que atravesareis un puente, yo no puedo deciros mas.

Al llegar á la mitad de este puente,

volved la cabeza, y fijad los ojos en la reina de Castilla la Vieja. Vereis su mas hermosa puerta monumento del renacimiento, edificado en honor de Carlos V, que os ofrecerá á la vista las estátuas de Nuño Rasura, de Lain Calvo, de Fernan Gonzalez, de Carlos I, del Cid y de Diego Porcellos.

En seguida, vereis á vuestra derecha, y á la de la puerta, elevarse como dos saetas de piedra las torres de esa admirable catedral que parece colocada en el camino del viajero para iniciarle en las maravillas que vá á visitar.

Por último, abrazareis de un solo golpe de vista la ciudad colocada como un anfiteatro y sepultando una postrer mirada en las llanuras y florecientes valles que acabais de atravesar, dareis un adios á los arroyos saltadores, á las frescas sombras, á

las montañas pintorescas de Guipuzcoa; porque vais á atravesar los rojizos arenales, los pardos matorrales y los horizontes sin fin de Castilla la Vieja, donde os hará lanzar una exclamacion de alegría ó de asombro, la encina raquítica ó el olmo achaparrado que por casualidad encontrareis á vuestro paso.

La primer cosa notable que hallamos en nuestro camino fué el castillo de Lerma, donde murió desterrado el famoso duque de este nombre, célebre por el favor de que gozaba en la Corte de Felipe III y por la profunda desgracia que le persiguió.

Los bienes, y por consecuencia el castillo que se vé en el camino y que formaba parte de sus bienes, fueron embargados despues de su muerte por una suma de ciento catorce mil escudos; desde entonces nadie ha vuelto á ocuparse de esta propiedad.

que poco á poco fué quedando convertida en ruinas. Hoy los techos desplomados yacen á nivel del suelo, y á través de las ventanas sin cristales se vé la inmensidad del cielo.

Mr. Faure, uno de nuestros viajeros, que se habia constituido en nuestro intérprete ó cicerone, nos dió todos estos detalles, añadiendo que cinco años antes, en el mismo lugar en que nos hallábamos habia sido detenido por unos ladrones, que sin respeto hácia los recuerdos que los rodeaban, habian establecido su domicilio en el antiguo castillo de Lerma.

A medida que íbamos avanzando, veíamos, engañados por un efecto óptico, venir hácia nosotros las azuladas cimas de Somo-Sierra, otro paso no menos temible que el famoso de Lerma, en donde habia sido detenido nuestro amigo Faure. Serian las



cinco de la tarde cuando comenzábamos trabajosamente á subir las primeras pendientes.

Una de esas montañas que se elevan á la izquierda del camino que conduce desde Aranda á Madrid, fué tomada, á los ojos de Napoleon, por la caballería polaca. Esta montaña presenta el declive de un tejado ordinario.

Para atravesar este paso, nuestros efectos tuvieron que ser transportados por doce mulas.

Por la mañana, al despertar, vimos en el horizonte de un vasto desierto algunos puntos blancos que se destacaban en una bruma morada; era Madrid.

Una hora despues, entrábamos en la capital de las Españas, por la puerta de Alcalá, la mas hermosa de sus puertas, y echábamos pié á tierra en el patio de la casa de postas.

No bastaba haber llegado, era preciso buscar un alojamiento, y un alojamiento en semejante época y en tal circunstancia, no era cosa fácil de hallar.

Pero, dirá vuestro banquero, quien no prevee el caso, quién no escribe antes?...

—Vos tendreis la bondad de decir á vuestro banquero que nuestra partida fué de un dia para otro, por consecuencia no habiamos tenido tiempo de tomar semejantes precauciones.

Despues añadireis, y de esto se acordará bien él, porque en ello ha consistido el que los fondos hayan bajado tres francos; despues añadireis, repito, que los periódicos habian anunciado que la España entera estaba en revolucion, que los caminos estaban infestados de guerrillas, y que en las mismas calles de Madrid se peleaba de una manera terrible;

por lo cual, raciocinamos del modo siguiente: Si esto pasa, fácilmente encontraremos posada en las casas de los que pelean, pues no puede á un tiempo nadie batirse en la calle y habitar en su casa. Ahora bien, la España disfrutaba de la mas completa paz, habiamos andado ciento cincuenta leguas, desde Bayona á Madrid, sin que ninguna faccion nos saliese al paso, ni un mal ladron siquiera, hémos ya en las calles de Madrid, en su soledad matinal, cubiertos de teatros improvisados que habian sido edificados para las fiestas en que nosotros teniamos que tomar parte; no nos quedaba otro recurso que meternos bajo un tablado.

Esto era tan magnífico como cruel.

Dejamos nuestro bagaje, y partimos; posadas, casas de pupilo, todo lo recorrimos, hasta muchas de las que no lo eran. Todo en vano. A cada

desengaño que recibíamos, nos interrogábamos con la vista, despues con las orejas bajas seguíamos en nuestra investigacion.

Ya habíamos perdido hasta la última esperanza, que solo en el último momento se pierde, cuando por casualidad alcé los ojos y leí sobre una puerta todavía cerrada estas palabras:

Monier, librero francés.

Lancé un grito de alegría. Era imposible que un compatriota nos negase la hospitalidad ó dejase de ayudar nos a buscarla.

Busqué con la vista otra puerta que no fuese la del almacen y hallé una encima de la que se leían estas tres palabras: casa de baños.

Precisamente lo que nos hacía falta.

Abrí una pequeña verja, que hizo resonar una campanilla. Entré; seg-

guí un largo pasillo, á cuyo fin se veía un patio cubierto de cristales. Al rededor de este coarto habia varias puertas que daban á la sala de los baños. Un pequeño entresuelo las dominaba:

Dos mugeres y cinco gatos se calentaban á un brasero.

Pregunté por Mr. Monier; pero sin duda mi aspecto no agradó á los comensales de aquella casa, porque las mugeres se pusieron á gruñir y los gatos á bufar.

A este doble ruido, una ventana del entresuelo se abrió; una cabeza cubierta con un gorro y un tronco adornado con una camisa, aparecieron en una ventana.

—Qué se ofrece? preguntó la cabeza.

Me apresuraré á deciros, señora, que esta cabeza, cuya fisonomía me es tan importante hacer constar abor-

ra, estaba dotada del aspecto mas benévolo.

—Somos yo y mis compañeros, contesté, querido Mr. Monier, que hace dos horas buscamos posada. Si no queréis proporcionárnosla, nos veremos obligados á comprar una tienda á algun general carlista en retirada, y á acamparnos delante de la puerta de Alcalá.

Mr. Monier me oia abriendo los ojos á cada instante mas y mas; indudablemente procuraba reconocerme:

—Perdonad, me dijo, pero habeis pronunciado mi nombre y no os conozco.

—Sin duda que sí, cuando sé como os llamais.

—Ya! mi nombre está sobre mi puerta...

—Tambien el mio.

—Cómo! sobre mi puerta!

—Yo al menos le he leído.

:

—Cómo os llamais?

—Alejandro Dumas.

Mr. Monier dió un grito, se dió un golpe en la frente y desapareció.

Un momento despues, aparecia en calzoncillos en una de las puertas de aquel pequeño patio convertido ahora en recibimiento.

—Cómo! Alejandro Dumas! el nuestro! nuestro Alejandro Dumas! decia:

—Yo no conozco mas que uno, y os respondo de que no solamente es vuestro, sino enteramente vuestro.

Y le tendí la mano.

—Pardiez! dijo estrechándomela cordialmente; y decis que venis á peirme... qué?...

—Hospitalidad.

—Mi casa es vuestra.

—Perdonad, mi querido Mr. Monier, no vengo solo.

—Ah! venis...

—Con mi hijo.

—Bien! dónde hay sitio para uno....

—Es que somos mas de dos.

—Ah! ah!

—Traeis algun amigo?

Hize con la cabeza una señal afirmativa.

—Diablo! exclamó Mr. Monier ras-cándose detrás de la oreja, bien! se procurará que haya tambien para vuestro amigo.

—Es que...

—Qué?... mas todavía?

—Mi amigo... tiene un amigo.

—Entonces,... sois cuatro!

—Y un criado.

Mr. Monier se dejó caer sobre una silla.

—Entonces... no sé cómo...

—Veamos, no teneis por ahí algun cuarto, dónde puedan colocarse dos camas?



—Hay dos.

—Ocupados por quién?

—Por dos franceses.

—Sus nombres?

—MM. Blanchard y Girardet.

—Son dos amigos míos, no tendrán inconveniente...

—Pero su cuarto es reducido..... tanto, que á penas hay lugar para ellos mismos.

—Y no teneis mas habitaciones?

—Una grande al lado.

—Muy grande?

—Oh! inmensa! cabeis los cuatro y aun seis.

—Bravo!

—Sí, pero es su taller...

—Será ahora el nuestro. No creo que sea preciso llamarse Corregia para decir: soy pintor! tambien yo soy pintor! veamos, qué os resta todavía?...

—Poca cosa! algunas piezas abo-

bardilladas, algun tejado y algunas madrigueras de ratones.

—Magnífico! estaremos allí como dentro de unos quesos de Holanda, visitemos las localidades.

Corrí á la puerta, donde con ansiedad era esperado.

—Venid, señores, dije, hemos encontrado un palacio. Fuí seguido inmediatamente entre mil vivas de mis compañeros.

—Silencio, señores, silencio! os lo suplico, estamos en una casa decente; no hagamos porque nos pongan á la puerta antes de entrar.

Alejandro entró saludando como un caballero de Callot, Boulanger le siguió, Maquet venia detrás.

Pablo iba el último, con los dedos metidos entre las costuras del pantalón, lo que indicaba siempre que se habia perdido de vista un instante y que se habia aprovechado de aquel

momento para violar las leyes de su antigua religion.

Yo le miré de soslayo; el sonrió lo mas agradablemente que pudo. Pablo tiene un vino encantador y un ron adorable.

Mr. Monier subió el primero. Encontramos á Blanchard y á Girardet en su taller; estaban trabajando.

Los dos habian sido enviados oficialmente con otro compañero, monsieur Gisnain, para pintar las principales escenas del grande acontecimiento que iba á tener lugar.

Cuando me vieron entrar lanzaron gritos de alegría, que se aumentaron cuando distinguieron detrás de mí á Boulanger, á mi hijo, y á Maquet.

—Veis bien? dije á Mr. Monier volviendo la cabeza.

La proposicion hecha por mí en el piso bajo, se renovó en el principal donde se recibió con entusiasmo.

Blanchard y Girardet tomaron un pedazo de blanco de España y tiraron una línea equivalente al tercio de la librería.

En este tercio de su taller estaba su gabinete al cual daba la puerta de su habitación, que como se veía, era muy cómoda.

Los otros dos tercios, nos estaban designados.

En el mismo instante se quitaron los muebles.

Una gran mesa de abeto rojo y dos sillas, se trasladaron mas allá de su línea blanca; siendo al punto de propiedad de los antiguos habitantes.

Mr. Monier nos prometió darnos dos mesas y cuatro sillas iguales á las que se habían sacado de nuestro cuarto.

Un gran campapé de paja y una cómoda de nogal se hicieron propiedad común, conviniéndose en que ya

juntos, ya separados, todos nos serviríamos de ella con la mayor armonía.

Terminado este primer arreglo, pasamos de la habitación común á las particulares; encargando á Agua de Benjuí fuese á buscar las maletas y los cajones, é hiciese llevar al taller los objetos que estaban destinados, juntamente con las dos mesas de abeto y las dos sillas de paja prometidas para adornarle.

Después de un cuarto de hora, la visita estaba hecha, y nos hallábamos instalados. Maquet y yo habíamos descubierto una habitación, en latitudes bastante aproximadas á la habitación común. Boulanger y mi hijo, habían descubierto otra, bajo un meridiano mas distante.

Estas habitaciones, adornadas solamente de cuatro paredes blancas, pintadas de cal, debían, por el cui-

dado de Mr. Monier, amueblarse antes de dos horas con una cama, una mesa y cuatro sillas.

Mientras se tomabau estas disposiciones, nuestro escolente huesped se volvía loco de alegría; francés era feliz con recibir en su casa toda una colonia francesa; ¡y qué colonial dos pintores oficiales, y un convidado al casamiento real.

Evacuados estos diversos puntos, hecho un reconocimiento de los diferentes corredores y de las diversas puertas que conducían al centro común, nos acordamos de la inscripción colocada encima de la puerta de la entrada: *Casa de Baños*, y nos precipitamos hácia el pequeño *atrium*, donde habia tenido lugar la escena que acabo de contaros.

No hay cosa mejor que un baño cuando se acaba de andar sesenta leguas por un camino de hierro, cien-

to cuarenta en diligencia, y doscientas en silla de posta, y cuando se puede, por las cuatro puertas de las cuatro habitaciones abiertas, dar gracias unidos al Señor por el bienestar y el reposo que nos proporciona.

Habíamos deseado detener á monsieur Monier para que respondiese á las mil preguntas que teníamos en la lengua. Pero Mr. Monier habia desaparecido, y andaba recorriendo los almacenes de muebles de Madrid, así que tuvimos que contentarnos con nuestra conversacion que, debemos decirlo, señora, no por esto fue menos animada.

En efecto, todo era nuevo para nosotros. Esas poblaciones graves y silenciosas, que nos veian pasar con la inmovilidad de un cortejo de sombras; esas mugeres bellas bajo sus harapos; esos hombres arrogantes bajo sus andrajos; esos niños envueltos

ya en esos trapos caídos de la capa paternal, todo nos indicaba no solamente otro pueblo sino también otro siglo.

Boulanger estaba admirado; él había encontrado desde Bayona á cada paso modelos que aposentaban gratis, lo cual era una economía de tiempo y de dinero á la vez; de tiempo, porque había necesidad de buscarlos; de dinero, porque no se les pagaba nada.

Mr. Monier entró, al salir nosotros del baño.

—Todo está corriente, dijo fro-tándose las manos.

—Cómo?

—Sí, ya podeis subir. Las mesas son de plomo como que tienen tres piés por lo menos, las camas son cubiertas, ó poco menos, y las sillas resistirán si teneis la atencion de sentaros solos en cada una de ellas.



— Sois un grande homme, monsieur Monier.

Mr. Monier se inclinó modestamente.

Subimos. Nuestra primera mirada fue para el taller. ¡Cosa admirable! El mismo Agua de Benjuí estaba atascado. Abrió las cajas, y descargó las escopetas; sacándoles las balas; los brazos se me cayeron.

— Está bien, dejad eso, le dije; cuidad de las maletas.

— Las maletas están en las habitaciones de esos señores.

— Bien, dadme las llaves.

— Están abiertas.

Yo no sabía como explicar esta actividad. Esta actividad me inquietaba siempre en Pablo; cuando él se entregaba á este esceso de prevenciones, generalmente habia cometido alguna falta que queria él le perdonase.

Sospeché que faltaba alguna cosa en el total de los equipages, y que lo hacia con el fin de disimular la desaparicion de algún objeto por lo que Pablo habia diseminado las maletas, los sacos de noche, los portacapas y los cajones.

Yo tenia una lista. Pablo me vió meter la mano en el bolsillo y sacar esta lista; redobló la actividad, acercándose, siempre ocupado en su arreglo, á la puerta del corredor.

—Pablo, le dije; vamos á hacer el inventario de los equipages.

Pablo, hablando en términos de pintura, tiene tres tonos muy distintos; su tono ordinario es la tinta de China, pero segun las circunstancias, se pone encendido ó pálido; cuando se pone encendido, su color pasa al bronce fiorentino; cuando pálido pasa al gris de raton.

Agua de Benjuí pasó al gris de ra-

lon de lo cual conocí que la pérdida era importante.

Esta era una razón mas para hacer el inventario. Persistí en ello obstinadamente, aunque Pablo hizo todo lo posible para quitármelo de la cabeza.

Faltaba el cajón de los cartuchos.

Esto era muy grave. Poseíamos en todo siete escopetas, entre las cuales habia una carabina de dos cañones; solo dos de estas escopetas eran de sistema ordinario; las otras cuatro eran escopetas Lefauchaux, esto es, se cargaban con dos cartuchos y por la culata.

Fuera de unos sesenta cartuchos que habian quedado por casualidad en los huecos de las cajas de los fusiles, la Santa-Bárbara estaba, pues, completamente vacía.

Verdad es, que se nos habia dicho que quedaban muy pocos ladrones en

España; cincuenta ó sesenta á lo mas.

¡Dichoso pais en que se sabe el número de ladrones!

Pero quedaban en Africa gran cantidad de perdices, chacales, hienas y aun algunas panteras, y nosotros contábamos con salir á cazar todo esto.

En cuanto á los leones, á penas habrá en toda la Argelia tantos como ladrones en España. Gerard los ha destruido todos.

Agua de Benjuí recibió la órden de hacer las diligencias mas activas. Agua de Benjuí fingió hacerlas. A los dos ó tres dias, cuando él vea subir en nosotros el barómetro de la tempestad al bello fijo, nos confesará con una sonrisa esmaltada de treinta y dos dientes que el cajon de los cartuchos se ha olvidado en la aduana de Irun ó de Bayona, y que se acuerda de ello perfectamente.

I.

7

Mientras que Pablo buscaba los cartuchos; nosotros tomamos posesion y organizamos este admirable desórden, del cual el gabinete de un literato y el taller de un pintor dan la idea mas completa.

Terminada esta primera é importante parte de la instalacion, tratamos de la comida.

No os admireis, señora, de verme hablar de vez en cuando, de este punto del cual es preciso que hablen, al menos una vez, al dia los hombres mas materiales ó los mas espirituales.

Vos que habitais en Paris, señora, y que al traves de los cristales de vuestro coche, veis, cuando salis, á los dos lados de vuestro camino, cafés con mas pinturas, *restaurants* con succulentas muestras que escitan vuestro apetito, os admirareis cuando sepais que hay un pais en que se le inquieta á uno sobre el modo

de comer; y os direis: entrad en casa de un restaurador, ó mandad por un ave trufada, una empanada de hígado gordo y una langosta á casa de un comerciante de comestibles; en rigor con esto hay bastante para comer.

Oh! sí, señora, se come con esto y muy bien; pero desgraciadamente, las empanadas de hígado gordo, vienen de Strashurgo, las langostas de Brest; y las aves trufadas de Perigord, resultando de estas diferentes distancias, que tengo el honor de indicaros, que cuando estos comestibles, enteramente franceses, llegan á Madrid, ya están algo deteriorados; lo cual hace que haya que mezclarlo con otra especie de alimentos.

Pasadas dos ó tres horas de investigaciones, hé aquí el modo como arreglamos nuestras comidas.

En Madrid, el cocinero y la coci-

:

nera, esceptuando en las grandes casas, se suele suprimir. No habia, pues, que pensar en buscar cocinero ni cocinera.

En Madrid, los que quieren comer entiéndase los extranjeros, van al mercado ó mandan á él á sus criados, despues ellos guisan ó asan por sí y ante sí los objetos, que han comprado para su consumo.

Afortunadamente, desde mi infancia soy cazador, como sabeis, señora, y aun debo añadir que cazador bastante hábil. A la edad de diez ó doce años me escapaba á veces de la casa, paterna iba á decir... pero ¡ay de mí! yo no he tenido jamás casa paterna, puesto que mi padre murió tres años despues de mi nacimiento; sea pues, la casa materna, de la cual, como iba diciendo, me escapaba para cazar furtivamente en medio de esos grandes bosques, bajo cuya

sombra había nacido. Entonces, durante uno, dos, ocho días algunas veces, andaba errante de aldea en aldea sin otro recurso que mi fusil, persiguiendo alguna liebre, algún conejo, algún perdigon, el vino y el pan; después con este pan y este vino comía otra parte de mi casa; la tercera parte se destinaba invariablemente á mi madre y la ponía á sus piés, como Hipólito ponía la suya á los piés de Theseo para templar su cólera.

Esta semejanza de mi destino con el del hijo de Antiope ha perjudicado tal vez á mi educación intelectual, pero ha perfeccionado singularmente mi educación culinaria. De aquí resulta, señora, que muchas personas después de haber leído mis libros han disputado el valor de ellos, y que ningún gloton después de haber probado mis salsas ha puesto en duda el valor de mis salsas.





Fuí, pues, elegido por unanimidad, cocinero de la embajada francesa en Madrid, y Pablo elevado al grado de proveedor.

La sociedad debía comprar un gran cesto á fin de que Pablo perdiese los menos huevos, zanahorias, costillas y jamones posibles.

Estas precauciones se tomaron en favor del desayuno.

El desayuno debía componerse siempre de dos ó tres platos, calientes ó frios, y de cuatro jícara de chocolate por cabeza.

Bueno es deciros, señora, que los españoles toman chocolate en dedales de coser.

En cuanto á la comida, Mr. Monier nos habia indicado un restaurador italiano llamado Lardy, en cuya casa debíamos encontrar una comida honorable.

En Italia, donde se come mal, los



buenos restauradores son franceses: en España, donde no se come mal del todo, los buenos restauradores son italianos.

Adios, señora, preciso es terminar esta carta para ir al mercado y á la embajada de Francia.



---

Madrid 10 de octubre de 1846.



**DIVINAIS**, señora , lo que he referido de mi doble excursion al mercado y á la embajada?

He vuelto á anudar relaciones con Giraud y Desbarolles!

A la mitad de la calle Mayor, en el momento en que yo soñaba, no quiero deciros con quien, señora, pero, en fin, en el momento de mi sueño encantador, sentí que mi co-

ché se detenía de repente y por una sacudida.

Al mismo tiempo ví aparecer por cada una de las portezuelas dos cabezas atezadas y barbudas.

Cuando yo sueño, sueño bien, es decir, olvido completamente la realidad en provecho del sueño. Desperté pues, sobresaltado, y á la vista de estas dos cabezas formidables, clavadas en dos cuerpos vestidos á la española, me creí en medio de algun bosque espeso ó de alguna profunda garganta, detenido por bandidos.

Busqué instintivamente mis pistolas. Yo tengo magníficas pistolas de seis tiros, señora; pero no había creído deber llevarlas para ir al mercado y á la embajada. No las encontré, pues.

Aprestábame en consecuencia á rechazar la agresion, con las simples fuerzas corporales que Dios me

ha dado, cuando vi una de aquellas cabezas que, riendo, me enseñaba treinta y dos dientes blancos, y la otra dos dientes amarillos.

Entonces les miré con mas intencion.

—Giraud! Desbarolles! grité.

Perdóneme mi amigo Giraud; pero le habia reconocido, sobre todo, por sus treinta dientes ausentes y por los dos presentes.

En efecto, además de la capa de hollin estendida sobre el rostro de los dos viajeros, á causa del sol de Cataluña y Andalucia, se habia verificado un gran cambio en su aspecto; un cambio singular.

Giraud, que habia partido sin cabellos, volvía con una melena de leon. Desbarolles, que habia partido con magníficos cabellos, volvía casi calvo.

El viaje habia obrado en sentido

**inverso sobre el cuero cabelludo de los dos viajeros. Entrego el hecho á la ciencia de los médicos y á la investigación de los perfumistas y vendedores de pomada.**

**Lancé un grito de alegría, abrí la portezuela, y dos segundos despues, Giraud y Desbarolles estaban instalados en el coche.**

**Venian de hacer un maravilloso viaje, á pié siempre; un viaje de artista, en toda la estension de la palabra, con el carton en bandolera, el lápiz en la mano y la escopeta terciada á la espalda, durmiendo donde podian, comiendo como podian, pero riendo, cantando por todo el camino. En Sevilla habian tenido noticia de las bodas y las fiestas, hacia doce dias. Al punto habian salido con direccion á Madrid, y andando en doce dias ciento cuarenta leguas francesas, acababan de llegar.**

Antes de partir para Sevilla, habían comprado un infeliz galgo. Durante los tres primeros días los precedió el galgo; el cuarto y el quinto marchó al lado de ellos, y, en fin, el sexto se quedó detrás.

El galgo estaba desfallecido.

Al día siguiente, en el momento de salir el pobre animal intentó enderezarse sobre sus patas huesosas; pero esto era superior á sus fuerzas.

Entonces Giraud le tomó en sus brazos y le llevó así durante seis horas; seis horas y tres minutos después de la salida, el galgo espiraba sobre el pecho de Giraud.

Enterráronle en un barranco. Aquel día Giraud y Desbarolles no anduvieron mas que doce leguas; pero se desquitaron al siguiente andando diez y ocho.

En breve llegaron, y á su llegada supieron que yo también estaba en

**Madrid.** Salieron al punto en busca mia, y por una afortunada casualidad, habian venido á dar de narices en mi coche.

Mis primeras palabras despues de abrazarles, fueron: venis á Argelia conmigo, es cierto?

Los dos se miraron. Hacia ya un mes que debian estar en Francia.

Desbarolles exhaló un suspiro.

Giraud levantó las manos al cielo, murmurando:

—Pobre familia mia!

Preciso es deciros que Giraud tiene una buena, encantadora y excelente esposa que le ha dado ese adorable niño rubio que habeis admirado en la esposicion, jugando con un perro, con otro galgo, muerto tambien, pero no de fatiga, sino de indigestion.

Esplora las islas Marquesas con un jóven hermano de veinticuatro años



y una anciana madre de setenta, los tres seres privilegiados de su corazón; que componen la familia de Giraud.

Es, pues, muy natural que de vez en cuando piense Giraud en su familia. Solamente que las emociones que hace nacer en él este pensamiento se manifiestan de un modo diverso, según la hora en que este pensamiento le ocurre, y las circunstancias en que se encuentre.

Así, por la mañana Giraud no se acuerda de su familia de la misma manera que por la tarde; esto depende de que por la mañana está en ayunas, y de que por la tarde ha comido.

Porque, como todo el mundo sabe, nada hace variar mas el aspecto de las cosas que el verlas con un estómago vacío ó con un estómago lleno.

Giraud está, pues, abatido cuando

piensa en su familia por la mañana, y adorable cuando piensa en su familia por la tarde.

En cuanto á Desbarolles, yo no sé si tiene familia, si piensa en su familia, y si este pensamiento le distrae; pero lo que sé, es que la distraccion del otro que se mordía el dedo por la revanada, no se parecia en nada á la distraccion de Desbarolles.

Esta digresion sobre Giraud y Desbarolles me ha impedido deciros, señora, que despues que el uno hubo lanzado su suspiro y el otro acabado su frase, ambos aceptaron la proposicion que les hice.

Nuestra gente estaba reunida, como lo habiamos pensado, ó mas bien *soñado* el dia de aquel famoso juramento de que en mi primera os hablé, y precisamente nos encontrábamnos en España á tiempo todavía para recorrer juntos la mitad de ella.

Ahora, me voy en la precision de trazaros el retrato de Giraud y de Desbarolles, como lo he hecho con Boulanger, Maquet y mi hijo.

Giraud es el autor del *Permiso por diez horas*, como Delacroix es el autor del *Giavur*, y Scheffer de la *Francisca de Rimini*. Además del *Permiso por diez horas*, que vos habeis visto en grabado, en litografia, en las cajas de tabaco, en el teatro mismo, Giraud ha hecho mil cosas excelentes, cuadros de historia, retratos etc. Giraud no es un pintor, es la pintura misma. Cuando dibuja no tiene necesidad de tal ó cual objeto para tal uso destinado; falta el lápiz, pues bien, dibuja con un carbon, con cualquier cosa. Lo que sobre todo le distingue es un espíritu *caricaturesco*, que con facilidad halla el lado ridículo de los objetos. Su mirada es como esos espejos que

exageran y hacen deformes todas las fisonomías. Giraud haria la caricatura del Apolo de Belvedere y de la Venus de Médicis. Si Narciso viviese en los tiempos de Giraud, ó Giraud en los de Narciso, en vez de morir este de languidez contemplándose, hubiera muerto de risa mirando su caricatura.

Eu cuanto á Desbarolles, es mas difícil trazar su retrato, aunque forme mas tipo que el de Giraud. Desbarolles es un misto de artista, de viajero, pero de artista y de viajero parisien.

El maneja las armas, el lápiz, la pluma... es, señora, un hombre universal.

Es distraído además, muy distraído. Si está de pié, no oye lo que se le dice, y si lo oye lo olvida. Si sentado, la cosa es ya mas grave: Desbarolles, esté donde quiera, vá poco

á poco entregándose en brazos del sueño. Ello sí, Desbarolles ha estudiado el modo de dar á su sueño, siempre silencioso y tranquilo, una cierta dignidad, hagámosle esta justicia, que hace que, escepto Giraud, los demás respeten su sueño; porque Giraud, señora, no parece sino que tiene en sí algo que se despierta cuando Desbarolles se duerme. Así que esto último sucede, Giraud se aproxima, le pone el pulgar sobre la nariz y apoya hasta que la nariz desaparece, enteramente sepultada entre el mostacho. Ordinariamente cuando la nariz ha llegado á este punto de compresion, Desbarolles despierta, pronto á reñir con el insolente que se toma tales libertades con un órgano á quien él constantemente ha prohibido el tabaco para conservarle su elegancia nativa. Mas así que reconoce á Giraud, sonrie con aquella buena y

angelical sonrisa que no he visto en otros lábios que los suyos, veinte años hace que se tratan ambos; Giraud habrá hecho un millon de veces la consabida operacion, un millon de veces tambien se ha sonreido Desbarolles de la manera bondadosa que os he dicho.

Cuando los encontré, ambos habian adoptado el traje español, ó lo que es lo mismo, sombrero calañés, chaquetilla bordada con alamares, faja encarnada, calzon corto, botin y capa andaluza. Pero le habian adoptado, no por el entusiasmo que les inspirase este traje nacional, sino por circunstancias particulares que es oportuno mencionar aqui.

A su partida de Francia, Giraud y Desbarolles habian traído en su baul dos levitas, dos pantalones y dos sombreros gibus. Los pantalones y las levitas, habian conservado su for-

:

ma y todavía honraban á su sastre francés, á pesar de no hallarse ya en muy buen estado; pero los sombreros, esos productos mal seguros de nuestra civilizacion moderna, no habian podido soportar el sol africano de Barcelona y Murcia, y se habian completamente desviado de la línea derecha para inclinarse hácia adelante. En Francia hubiese sido evitado al momento este mal, corregido este vicio, pero los sombrereros españoles habian en vano agotado sus recursos, sus fuerzas para hacer variar de situacion á aquellos sombreros rebeldes. De manera que cuando salian Giraud y Desbarolles juntos parecian dos granaderos rusos, marchando á la carga.

Un dia Desbarolles tuvo una idea, que era; puesto que los sombrereros nada alcanzaban, los sombreros podian llevarse á casa de un relojero.

**Esta idea obtuvo un éxito completo. El relojero enderezó con la ayuda de un resorte de péndola el gibus, y Desbarolles con gran asombro de Giraud, volvió á casa con un sombrero perpendicular. Este estado de cosas duró tres dias en la disposicion mas satisfactoria, pero al tercero, mientras Desbarolles dormia, el resorte se dilató con el mismo ruido que hace un cuclillo cuando se dispone á cantar. Desbarolles se encontraba por consiguiente con un sombrero de escape.**

**Estas diferentes vicisitudes de sus vestidos y sombreros, determinaron á ambos amigos á adoptar el traje andaluz, en que habian aparecido á mis ojos, y, subsidiariamente á los de la colonia francesa.**

**Cuando esta hubo manifestado á los recién-venidos la satisfaccion que experimentaba, viéndose reunida á**



ellos, pidióles noticias acerca del mercado y la embajada.

Pablo respondió á la primera pregunta, enseñando su cesta y mostrando, curiosamente colocados sobre una alfombra de hojas de lechuga, una docena de huevos, seis perdices, dos liebres y un jamon de Granada.

Preciso es ya deciros, señora, que si en España no se come ó si se come mal, es porque se quiere y nada mas. La tierra, esta madre fecunda casi por todas partes, es prodigiosa en España; las mas bellas legumbres arrojan aquí, sin cultivo los frutos mas sabrosos. En todos tiempos, no hay mas que bajarse para coger fresas, perdidas entre las flores, y durante seis meses, con solo alzarse sobre la punta de los piés, pueden cogerse naranjas, que balancean por cima de las cabezas de los que pasan, despidiendo rico perfume, granadas

que rebentándose, hacen llover sobre la frente del viajero una granizada de rubies.

Para los cazadores, España es la tierra prometida. Estas vastas llanuras, estos arenales áridos ofrecen un inviolable asilo á las perdices, cuyos huevos no destruye el segador de prados, y á las liebres cuyos hijos perdona el labrador. La caza mayor, tal como el ciervo, el gamo, el javalí, que deserta de día en día de nuestros bosques, encuentra un refugio seguro en las sierras que salpican la España en todos sentidos, y donde vive bajo la protección de los bandidos, propietarios naturales de todas las sierras.

Aquí las liebres, principal ornamento de nuestras comidas, están proscritas de la mayor parte de las mesas; la razón no es otra sino que han dado en decir que minan las tuma-

bas y se comen los cadáveres. De manera que en España las liebres mueren de vejez, mirando á los españoles como devoran conejos.

No es esto solo: yo no sé que tributo pagan las perdices á los cocineros para haber obtenido de ellos que en vez de servir las asadas, á la tartara ó en salmorejo, se les eche esa abominable salsa de vinagre, que no tiene otro objeto que hacer ver al hombre inexperienced en la cocina, que la perdiz, que disputa el reino de la pitanza al faisán, es un animal un poco menos comestible todavía que el mochuelo y el cuervo.

Viendo estos grandes errores, había yo creído que una gran empresa me estaba encomendada; la de rehabilitar á la liebre y á la perdiz.

La colonia francesa estaba decidida, muy decidida, á ayudarme en esta obra de justicia y humanidad, porque

parecia demasiado satisfecha del mercado.

Una sola inquietud le quedaba, que era respecto á la embajada. Yo la hice desaparecer por fin: aunque abrumado de preocupaciones políticas como embajador, y de deberes de etiqueta como huésped, Mr. Bresson, que habia sido prevenido de mi llegada por el conde de Salvandy, habia dado órdenes para que fuese yo conducido á su presencia luego que me presentase en el hôtel.

La orden fué egecutada.

Yo no conocia á Mr. Bresson. Es un hombre alto, de fisonomía grave y fria, de cabeza erguida, como se gusta siempre de ver en todos aquellos que habiéndose hecho lo que son, tienen derecho para llevarla así.

La firmeza de Mr. Bresson en el negocio del matrimonio, habia sido admirable. Ni las amenazas de lord

Palmerston, ni la prediccion de los periódicos, ni la venta mobiliaria de Mr. Bulwer pudieron intimidarle.

Debo deciros, señora, que Mr. Bulwer, cuya intencion era cambiar de habitacion, y hacerse con muebles nuevos, vendia los viejos para hacer creer que se mudaba, no de una calle á otra, sino de uno á otro reino.

Mr. Bresson me recibió de una manera sumamente satisfactoria; repitiéndome las palabras del príncipe, y tuvo la bondad de asegurarme desde un principio que tenia en verme un placer grande, pues lo habia deseado mucho. Invitóme para que fuese á comer con S. A. aquel mismo dia; mis amigos fueron tambien invitados para que asistiesen á la reunion de la noche.

Despidiéndome de Mr. Bresson, á quien dejé encantado, lo confieso, y satisfecho de su modo de recibirme,

de una de esas buenas acogidas de que yo sabia que él era poco pródigo, pregunté por la habitacion de Blucksberg, de Talleyrand y de Guittaut.

Habia abandonado á Paris tan pronto que no habia tenido tiempo de pedir al señor duque de Cazes, uno de mis primeros patronos literarios, jamás lo olvidaré; digo que no habia tenido tiempo de pedir al señor duque de Cazes sus encargos para su hijo. Yo habia conocido á Glucksberg muy niño, justamente en la época en que Boulanger hacia su retrato, y tenia deseos de volverle á ver para hablar con él de su padre, á quien él mismo no habia visto hacia mucho tiempo. Vos lo sabeis mejor que nadie, señora, pocas veces tengo lugar para visitar á las personas á quienes amo, pero cuando esto sucede no pueden ya hacerme salir de

su casa. Estuve, pues, una hora en la de Glucksberg.

En cuanto á Talleyrand, tenia tambien grandes deseos de verle, aunque no hacia tanto tiempo que le habia visitado como á Glucksberg. Yo habia conocido á Talleyrand en Italia, donde él estaba agregado á la embajada de Florencia. Os le presenté en uno de los pasages de París, y vos sabeis, señora, si nunca ha animado un espíritu tan encantador, una figura tan espiritual. Talleyrand, es un verdadero agregado de embajada, y especialmente de embajada española. Así que, quede entre nosotros, Talleyrand es bien recibido en Madrid por su modo particular de representar á la Francia. Resulta de esta gran representacion individual una palidez, que contrasta admirablemente con los ojos azules y los cabellos rubios del joven diplomático. Glucksberg re-

presenta la parte seria, y Talleyrand la parte interesante.

Guitaut es el cuñado de madama Bresson y desciende de aquel bravo y buen Guitaut tan amante de la reina Ana de Austria. Guitaut, hablo del antiguo Gitaut, fué el *brazo de hierro* elegido para tirar por la valona á ese príncipe de Condè, que hacia temblar á toda la pequeña corte del Palais-Royal. Guitaut, en fin, fué quien, en nombre de la reina, fué á buscar á Luis XIII á casa de mademoiselle de Lafayette, al convento de las señoras de la Visitacion, y que le llevó á dormir al Louvre, justamente nueve meses antes del nacimiento de Luis XIV. Guitaut, segun me ha asegurado un dia un augusto personaje que está muy al corriente de las anécdotas de la monarquía, habia dejado memorias que la familia quemó á instancias de Luis XVIII. Si la fa-



milia de Guitaut no hubiese quemado estas memorias, tal vez hubiéramos sabido un secreto muchísimo mas importante que el de la máscara de hierro.

Guitaut, el jóven, es un hermoso y arrogante mozo de veinte y dos años, que conoce el valor del nombre que lleva, y que está dispuesto á dedicarse tambien á una reina, estoy seguro de ello, si una reina necesitase de sus servicios.

Aviso á las jóvenes reinas de Europa.

Yo volvia, pues, encantado de mi espedicion, habia visto un mercado bien surtido, una embajada como no existe en ninguna parte, y en el camino habia recogido á dos amigos á quienes daba al otro extremo de la Península.

Olvidábaseme decir que además de mi convite particular para comer, y

del convite general para la noche, llevaba billetes para todas las *funciones reales*, y tenia un balcon para la gran corrida de toros, que debia verificarse por espacio de tres ó cuatro dias en la plaza Mayor.

Contarónsenos maravillas de esta corrida que debia presentar todas las condiciones de esplendor y de originalidad que solo se ven en los nacimientos y bodas de los infantes. Hacía diez y seis años que no habia en Madrid una corrida igual. Sin embargo, los aficionados sacuden la cabeza y hacen gestos de duda. Como soy bastante curioso, me he informado de lo que queria decir esta noble denegacion, y he sabido que les parecia demasiado grande el espacio de la plaza Mayor.

En efecto, señora, parece que cuanto mas grande es la plaza de toros, menos encarnizada es la lucha

puesto que quedá un gran espacio para la huida. Estamos, pues, amenazados de no ver matar en los cuatro dias que estas funciones deben durar, mas que dos ó trescientos caballos, y herir mas que á diez ó doce hombres. En un circo ordinario, se podia contar con el doble.

Ahora comprendereis los gestos y movimientos desdeñosos de cabeza, de los verdaderos aficionados á la tauromaquia.

Por lo demas, ya sabemos en que divertirnos mañana; mañana hay corrida fuera de la puerta de Alcalá, esto es, en el circo ordinario, y todo Madrid siente con anterioridad una impaciencia febril.

Y si me permitís deciróslo, señora, nosotros la sentimos tambien como si fuésemos verdaderos madrileños.

Mientras tanto hemos visitado el puente de Toledo; peregrinacion que

habíamos votado, oyendo cantar á Alejandro en el camino.

Cuando pasa mi manola  
por el puente de Toledo  
con su mantilla cruzada  
y su rumbo sandunguero,  
ni la reina que la iguale  
en lo airroso ni en lo bello.

Ay! señora; el puente de Toledo siempre está allí; pero no está allí Sabina, y en vano hemos buscado á la bella manola, que habia enloquecido al pobre Castibelza.

Hay otra cosa además que tampoco hemos encontrado y es el Manzanares: con todo no seria malo que se le oyese una vez siquiera como hacen los rios. Entre nosotros, cuando se egercen funciones públicas, no se sale de casa sin decir á donde se vá.

Yo, que egerzo funciones públicas, señora, doy el e ejemplo, y os anuncio en alta voz, á fin de que

I.

9

**vuestro huesped lo oiga , que os dejó para ir á comer á la embajada.**


**Todos nuestros compañeros van á comer á casa de Lardi, dirigidos por Théophilo Gautier , á quien han encontrado errante por estas calles , y que ha pretendido conocer mejor la España que los mismos españoles.**

**En consecuencia , - les ha pronosticado que comerán muy mal.**



---

Madrid 11, por la mañana.

 OR fin, señora, ya ha pasado la terrible emoción que nos había prometido la corrida de toros. Uno de nosotros ha palidecido, otro se ha puesto malo á su vista; los otros cuatro han permanecido firmes y como pegados á sus asientos como aquellos antiguos romanos que, los galos vencedores, tomaron por los dioses del capitolio.

Allí he visto á nuestro jóven príncipe; ha estado afectuoso como siempre, y no ha cesado de dirigir á todas palabras llenas de amabilidad. Mis amigos se admiraban de que un príncipe tan jóven tuviese ya esa encantadora flexibilidad de palabras, que halla luego lo que á cada uno conviene decir. Solo la felicidad inspira tan temprano ese tino, ese particular talento, y el duque de Montpensier, me parecia ayer tarde el príncipe mas dichoso del mundo.

Yo os describiria de buena gana estas fiestas, señora, si algunos periódicos no hubiesen anunciado que yo partia como historiógrafo oficial de S. A. Podeis leer todas esas bellas cosas en una carta que mi amigo A-chard acaba de comunicar á la *Epo-ca*. Porque debo deciros, señora, que en España hay tantos parisienses como españoles; además, salis aquí

en un hermoso día, y al ver tantas mantillas, tantos ojos negros como nunca habreis visto indudablemente, al oír ese leve silbido de los abanicos que agita eternamente el aire de Castilla, creciais hallaros en Francia.

Después de mi visita á la embajada, mis dos primeras visitas fueron á dos buenos amigos míos que vos conocéis de nombre. El uno de ellos es el cortés Roca de Togores, que será ministro algún día (1); el otro el duque de Osuna, que lo hubiera sido ya probablemente si hubiera querido serlo.

Roca de Togores es uno de los primeros poetas y de los hombres más espirituales de España. La España tiene el buen gusto de creer que sus poetas no son buenos solamente por escribir poesías, y que sus hombres

---

(1) Esta profecía se ha cumplido ya.



de talento no lo son solo por decir palabras escogidas y elegantes. Roca de Togores ha correspondido á esta confianza, haciéndose uno de los hombres mas populares de España.

El duque de Osuna es uno de esos pocos señores que quedan ya en las sociedades modernas. Trece ó catorce veces grande de España, adornado con mas condecoraciones de las que puede soportar su pecho, es el último de su raza y representa las tres casas gigantescas que han venido á unirse en la suya; Lerma, Benavente é Infantado. Sus abuelos, en ciento cinco años no han cesado de seguir las huellas del trono, y algunas veces se han sentado sobre el mismo trono. Como el Ruy Gomez de Silva del *Hernani*, tiene á sus piés á todos los duques, y toca con la frente á todos los reyes, sus rentas son inmensas, tanto que dicen que

ignora el número á que ascienden. Sus propiedades cubren la España y Flandes. Tiene en los Países-Bajos los mas bellos castillos, y en España fortalezas donde, suponiéndole rebelde, como es estimado y respetado, podría durante un año con solo armar á sus criados, hacer frente á todos los ejércitos españoles. Por último, es señor de infinitad de llanuras, de cadenas de montañas, de bosques; y en estos bosques, escuchad bien esto; es señor, lo creereis? señor de bandidos, porque de siete bandidos es propietario, digámoslo así, no capitan como vos habreis creido.

Hé aquí como Osuna ha adquirido esta singular propiedad.

Cuando, hace tres ó cuatro años, quedó destruido el robo en España, unos sesenta ladrones escaparon de la destruccion; treinta ó cuarenta se refugiaron en las gargantas impene-

trables de la *Sierra*, ocho ó diez entre Castro de Rio y Alandete, y el resto entre los bosques de la *Alamina*, pertenecientes al duque de *Osuna*.

Por algun tiempo, los guardas de *Osuna*, estuvieron atormentando á los bandidos, y estos, gente poco sufrida, á los guardas; hubo tiros, balas perdidas entre los árboles, pero tambien se hallaron otras en el pecho de los cadáveres. Este estado era intolerable; sobrevino un armisticio, que quedó establecido bajo las bases siguientes.

—Habrá treguas entre los ladrones y los guardas.

—Los guardas no inquietaron á los ladrones; estos por su parte no detendrán á ningun viajero, notoriamente conocido como pariente, amigo ó portero del señor duque de *Osuna*.

—El cura de la aldea situada en medio del bosque, tendrá la misión de confesar, administrar y enterrar á aquellos ladrones que naturalmente ó por accidente, pasasen á la otra vida.

En virtud de este convenio, el cura confesó, administró y enterró de buen grado á los ladrones que, de diez que eran, quedaron reducidos definitivamente á siete.

Un día, ó mas bien una noche, estando los ladrones en acecho vieron venir hácia ellos á la marquesa de Santa C...

Permitidme que os diga de paso, señora, que la marquesa de Santa C... es una de las mugeres mas hermosas de Madrid, y cuando se dice que es una de las mugeres mas hermosas de Madrid, se entiende que es una de las mugeres mas hermosas del mundo.

La marquesa de Santa C..... iba pues, en su coche, caminando al trote largo de su tiro, y sin sospechar nada, cuando de repente se presentaron siete escopetas á la espantada vista del cochero y del lacayo. El coche se paró.

La marquesa sacó la cabeza por la portezuela, vió de lo que se trataba y entró en cuidado.

Los ladrones se aprovecharon de su aturdimiento para robarla; pero esto se hizo con tales miramientos, que se conocia fácilmente que los ladrones procuraban mostrarse dignos, enteramente, del patrocinio que se les habia concedido.

Terminada la operacion, los ladrones dijeron por señas al cochero que continuase su camino.

La marquesa volvió en sí, al sentir rodar el coche.

Estaba sana y salva; pero los la-

drones la habían robado todo, hasta su último real, hasta su última joya.

La marquesa, llegando á Madrid, corrió á anunciar á Osuna el acontecimiento de que acababa de ser víctima.

—Les dijisteis, señora, que yo tenía el honor de ser vuestro primo? preguntó Osuna.

—No pude decirles nada; estaba desmayada, respondió la marquesa.

—Muy bien.

—Cómo muy bien?

—Sí, yo me entiendo; volved á vuestra casa, marquesa, y esperad allí noticias mías.

Ocho días pasaron sin que las noticias prometidas por Osuna llegasen á la señora de Santa C....

El noveno día, recibió ella el recado de pasar á casa de su primo.

Osuna la esperaba en su gabinete con un hombre desconocido.

—Querida marquesa, dijo Osuna precediéndola y conduciéndola cerca de una mesa, sobre la cual habia un saco de dinero y un monton de alhajas: quereis decirme que suma llevabais cuando os robaron en vuestro coche?

—Cuatro mil reales.

—Contad, dijo Osuna presentándola el saco; ó mas bien yo mismo voy á contar. Vuestras manos son demasiado lindas para que las mancheis tocando una moneda tan grosera.

Osuna contó el dinero contenido en el saco, y no faltaba en él un solo maravedí.

—Ahora, querida marquesa, continuó, examidad esas joyas, y ved si está completa la cuenta.

La marquesa examinó brazaletes, cadenas, relojes, sortijas, broches, collares, y no echó de menos ni un alfiler.

—Pero quién os ha devuelto estas cosas? preguntó la marquesa.

—El señor, respondió Osuna mostrándola al hombre desconocido.

—Y quién es ese caballero?

—Ese caballero es el gefe de los bandidos que os detuvieron. Me he quejado á él; le he dicho que erais prima mia, y se ha desesperado porque no se lo digisteis vos misma, pues á haber sido así, en lugar de detener á usted, la hubiera, por el contrario, proporcionado una escolta, si usted la hubiera necesitado. El la ofrece á usted las mas sinceras y respetuosas excusas.

El bandido se inclinó.

—Vamos, continuó Osuna, haya misericordia, perdónele usted.

—Oh! con todo mi corazon, dijo la marquesa, pero con una condicion.

—Cuál es? preguntó el duque.



El bandido fijó en la marquesa, su ojo inquieto é inteligente.

—Con la condicion, continuó la marquesa separando de entre las joyas un simple anillo de oro, con la condicion de que esceptuando esta pequeña sortija que tomo para mí, porque perteneció á mi madre, el señor volverá á llevarse todo lo que ha traído.

El bandido quiso poner algun reparo.

—Solo á este precio perdono, continuó la marquesa.

—Amigo, dijo el duque; mi prima es muy tenaz, pasad por todo lo que ella quiera, yo se lo aconsejo.

El bandido sin responder una sola palabra, recogió el dinero y las joyas, hizo un saludo y salió.

Cuando la marquesa entró en su palacio, se la dijo que habia ido un

hombre á él y habia dejado un paquete dirigido á ella.

La marquesa abrió el paquete; contenia las joyas y el dinero.

No habia medio de perseguir al bandido en los bosques de la Alami-na, y la marquesa tuvo que tomar á la fuerza lo que la pertenecia.

Desde este dia no se ha cometido ninguna falta de este género, y el duque de Osuna no tiene ninguna cosa que echar en cara á los ladrones.

Ahí teneis lo que es un gran señor de España, señora; ya veis que se parecen muy poco á nuestros pequeños señores de Francia.

Antes de dejarme, el duque me ha convidado á almorzar con él mañana. Segun me ha dicho, me prepara una sorpresa.

Tranquilizaos, señora, pues si, como no dudo, esta sorpresa vale la pena, os daré parte de ella.

Esta mañana ha despertado Madrid como en un día festivo. Todos los teatros y todas las plazas que habíamos visto desiertas ayer, llegando á las seis de la mañana, estaban, los unos llenos de actores, las otras de espectadores.

Dependia esto de que en cada teatro alternaba á su vez la danza nacional de cada una de las catorce grandes provincias de España: Cataluña, Valencia, Aragon, Andalucía, Castilla la Vieja, Castilla la Nueva, Leon, Galicia, Asturias, Navarra, Mancha y Vizcaya.

Todos los danzantes, hombres y mugeres, con las castañuelas en las manos, llevaban trages nacionales, que en España, como en todas partes van desapareciendo de día en día; pero que, por esta circunstancia, reaparecian en toda su pureza nativa.

Cada grupo de danzantes era realmente del país que representaba.

Allí hubiérais podido admirar ese extraño sentimiento de color que la naturaleza ha puesto en el ojo armonioso de esos hijos del sol. ¿Habeis notado una cosa, señora, y es que cuanto mas se camina del mediodia al norte, tanto mas pierden de su valor los tonos de los trages, hasta que, en fin, bajo latitudes elevadas, se degradan enteramente? Rubens, ese pintor de nombre y corazon de fuego debió ser muy dichoso, cuando enviado á España como embajador, vió desplegarse á sus ojos el magnífico arco-iris que forma la poblacion variada de Madrid. Allí, cada traje parece una paleta cargada de los tonos mas atrevidos, sin ocultarse jamás. Si se pudiese ver las calles de Madrid, pasando á vuelo de pájaro á un cuarto de legua por en-

cima de ellas, estoy seguro de que se las tomaria por un inmenso *parterre* estrellado de flores.

Como no hay en Madrid bastantes danzarines para bailar en todos los tablados á la vez, cuando un grupo ha hecho en una calle ó en una plaza el número de figuras que debe ejecutar, echa á andar, con la música á la cabeza, en busca de otro teatro y de otros espectadores.

Entonces; por todo su camino, las ventanas y balcones se guarnecian de cabezas de mugeres escotadas, de cabellos lisos y brillantes como las alas del cuervo; sobre sus cabellos, de un negro azulado, resaltaba alguna rosa encendida, alguna camelia color guinda ó algun clavel carmesí. Una mantilla cubria todo esto sin ocultar nada, y en sus manos llevaban abanicos que formaban un leve ruido, y abriéndolos ó cerrándolos sin

cesár entre los dedos afilados, que los movían con una increíble destreza, y una adorable coquetería.

Sin embargo, el teatro abandonado no permanece desierto por mucho tiempo; á las danzas suceden los combates; moros cubiertos con turbantes y armados de cimitarras; caballeros con capotas azules, bonetes con plumas y espadas de cruz, como se llevaban hace veinte años en la *Alegria* y en el *Ambigu* figurando los unos, soldados del rey Boabdil, los otros los cruzados del rey Fernando, se apoderan de los tablados y representan mal ó bien la toma de Granada y las hazañas del gran capitán. Para animarlos, una música compuesta de tambores y de trompetas resuena incesantemente chillona y bárbara, de modo que crees uno asistir á la toma de Jericó mas bien que al sitio de Granada.

En otros estrados, vimos chinos con sombreros como pagodas, sus ojos remangados, sus largos mostachos y sus vestidos delicados y llenos de cascabeles. Pero diré en obsequio de la verdad que los honores de la fiesta, pertenecían en general á los moros y á los danzantes. Los chinos, sin estar del todo abandonados, me parecieron un poco viejos, aun en España.

Por medio de esta poblacion fibrosa, cruzada á cada instante por carruages que parecían sacados de las caballerizas del rey Luis XIV y que pasaban ruidosos, tirados por mulas ó caballos empenachados, llegamos á la iglesia de Atocha, donde ordinariamente se celebran los casamientos de los infantes é infantas de España.

Nunca creo se habrá visto tanta gente en tan pequeño espacio, ni ha

brillado tanta riqueza en los trages de córte.

En medio de este lujo que recordaba á los antiguos dueños de la India y del Perú, nuestros dos jóvenes príncipes se hacian notar por una sencillez enteramente militar. Llevaban ambos el uniforme de mariscales de campo, calzon blanco, botas á lo escudero, gran cordon rojo en aspa; y el toison de oro al cuello.

La de S. A. el duque de Montpensier era de diamantes.

La reina estaba graciosamente encantadora; la infanta resplandeciente de belleza.

Os habia dicho que no os contaria nada de todas estas maravillas, señora, y en vez de cumplir la condicion que me habia impuesto yo propio, me dejo llevar sin conocerlo á hacer descripciones sin fin.

Me contentaré, pues, con deciros



que á las dos, el patriarca de las Indias pronunció y echó la bendicion nupcial.

Salimos del templo, despues que le hubo abandonado la multitud no menos numerosa que á la entrada. Agua de Benjuí, con su trage de Says, llamaba especialmente la atencion general.

Esta admiracion hizo que nos retrasásemos algo á nuestra vuelta, porque teniamos prisa para cambiar de trages é ir á ver la corrida. La corrida era á las dos y media, y este es acaso el único espectáculo en que jamás se hace esperar al público, ni aun por la reina.

Mandé al cochero que saliese del Prado, todo lleno de preparativos de iluminaciones y de fuegos artificiales, y que tirase por las calles menos frecuentadas. Teniamos que vestirnó, ó mas bien que desvestirnó.

A los dos y cuarto, llegamos á casa de Monier, á las dos y media estábamos prontos á subir al coche, cuando una disputa con nuestro cochero, que no quiso nunca permitir á cinco en su vehículo, vino á complicar nuestra situacion, dejándonos en la calle.

Seria necesario ir á pié hasta la puerta de Alcalá, y desde la casa de Monier hasta la puerta de Alcalá hay un buen cuarto de legua: habia aunque se fuese corriendo, lo menos diez minutos de camino.

Presenta Madrid un espectáculo verdaderamente curioso, señora, un dia de corrida de toros. Con razon pudiera decirse que es un rio desbordado rodando por una pendiente. Aquellas almas que vió Dante, despues de haber traspasado el umbral desesperado del infierno, y que el viento impelia delante de él como un

torbellino de hojas , no cruzaban el espacio mas velozmente que esta multitud á quien tantos espectáculos podian divertir , y que sin embargo corria á disfrutar de su espectáculo favorito. Toda la calle de Alcalá , ancha , y terminada por una puerta casi tan gigantesca como nuestro arco triunfal de la Estrella , parecia un campo de hombres y de mugeres , apiñados como las espigas y encorvados todos hácia el lado á donde les empujaba el viento de la curiosidad.

Para este gran dia , habian salido de sus cocheras brillantes carruages y modestos calesines en tal número como en ninguna parte se vé. Entre las hileras de los coches , entre las olas del pueblo , cruzaban sin causar daño alguno los paisanos de las cercanías de Madrid á caballo , con la carabina en el arzon de la silla , y de

tan mal aspecto, como si tratasen de conquistar y no de pagar el lugar que iban á buscar en el circo. En medio de todo este conflicto de pisotones y codazos, de coches macizos, de cale-sines de inmensas ruedas, de caballeros en sus jacos andaluces, el ómnibus pasaba con singular rapidez cargado de tantos curiosos como podia contener no solo su interior, sino su imperial, surcando aquellas olas humanas como Léviathan hace con el mar.

Nosotros detuvimos un coche que pasaba y que no llevaba aun mas que cuatro personas. Arrojamós dos duros al cochero que queria oponerse á nuestra invasion, ignorando hasta que punto esta invasion le seria provechosa, y que encantado de nuestra generosidad nos introdujo en su vehículo como pudiera hacer un panadero con seis panes, gritando á los

**primeros viajeros: estrecharse! estrecharse!**

**Llegamos á la puerta de Alcalá. Nuestra locomotiva se detuvo delante de un vasto monumento que se asemeja á un pastel bajo de forma, saltamos á tierra y el último estaba todavía en el aire cuando el coche habia ya partido rápidamente en busca de otros curiosos.**

**Apresuramos el paso; yo hubiera deseado ver antes de entrar en el circo, la capilla donde se dice la misa mortuoria, la enfermeria con sus dos médicos, la sacristia con su sacerdote, los unos prontos á socorrer á los enfermos, los otros á confesar á los moribundos; pero no tuvimos tiempo; oímos los timbales que anuncian que el alguacil acaba de dar al mozo del circo la llave del toril y corrimos á dentro inmediatamente. Entregamos nuestros billetes; entramos por**

una ancha puerta y con una de esas emociones que se experimentan siempre que uno vá á ver una cosa desconocida y terrible , subimos la escalera que conducia á nuestra galeria.

Acaban de decirme que son las siete; es preciso que me vista de ceremonia. El señor duque de Rianzares ha tenido la bondad de convidarme ayer á la ceremonia que debe tener lugar en la capilla real y he recibido esta mañana una carta que renueva esta invitacion.

Mañana, ó esta noche, señora, podré describiros la corrida de toros.



---

Madrid , 12 por la noche.



**V**IVIMOS, señora, en medio de un torbellino tal, que han pasado cuarenta y ocho horas sin tener un momento para escribiros. Preciso es deciros tambien que estas cuarenta y ocho horas han pasado como un *mirage* perpétuo, durante el cual no diré que he visto, pero he creído ver fiestas, iluminaciones, corridas de toros, danzas: todo esto desapareciendo con

la rapidez de esas decoracionss que aparecen y se mudan al tocar el silbato el maquinista.

Nos dejasteis, señora, apretándonos, empujándonos, estrujándonos en uno de los corredores sombríos y ascendientes de esta moderna torre de Babel que se llama plaza de toros.

Al extremo de este corredor encontramos la luz.

Nos detuvimos, desvanecidos, ciegos, vacilantes, deslumbrados.

Y esto porque el que no ha visto la ardiente España no sabe lo que es sol; el que no ha oído el rumor de un circo, no sabe lo que es ruido.

Figuraos, señora, un anfiteatro parecido al Hipodrómo, pero conteniendo veinte mil almas, en vez de quince mil, colocadas en graderías, que cuestan mas ó menos, segun que los billetes sean de sombra, de sol y sombra, ó solo de sol.



Los espectadores que tienen billetes de sol, son aquellos que, como ya comprendereis, deben estar espuestos al calor de un sol ardiente, durante el espectáculo.

Los que tienen billetes de sol y sombra, son aquellos á quienes el movimiento diurno de la tierra debe proteger por espacio de cierto tiempo, contra la accion del sol.

En fin, los que tienen billetes de sombra, son aquellos que, desde el principio de la funcion hasta el fin, deben permanecer á cubierto del sol.

Nosotros llevábamos billetes de sombra.

Nuestro primer movimiento, entrando en este círculo de fuego, fué retroceder un paso, espantados. Nunca habíamos oído tantos gritos, ni visto agitarse tantos parasoles, tantas sombrillas, tantos abanicos, tantos pañuelos.

Hé aquí el aspecto que presentaba la arena cuando llegamos.

Estábamos justamente en frente de la puerta del toril. El volante del circo, que acababa de recibir de manos del alguacil la llave de esta puerta, toda llena de cintas, corría hácia ella; á la izquierda del toro que iba á salir, estaban montados en sus sillas árabes, con la pica en ristre, los tres picadores. El resto de la cuadrilla, esto es, los chulos, los banderilleros y el torero, estaban á la derecha, dispersos en la arena, como peones en batalla en el juego de agedrez.

Digamos en primer lugar lo que son el picador, el chulo, el banderillero 'y el torero, pues trataremos de hacer comprender á nuestros lectores el teatro en que van á representar.

El picador, á nuestro modo de ver es el que de todos corre mas peligro, es el hombre á caballo, que, con una

lanza ó pica en la mano, espera la embestida del toro. Esta lanza no es un arma, sino solamente un aguijon. El hierro de la punta, no tiene mas que la longitud necesaria para herir la piel del animal, esto es, para que la herida que hace el picador no pueda nunca tener otro resultado que doblar la cólera del toro, y esponer al hombre y al caballo á un ataque tanto mas vivo cuanto mas violento ha sido el dolor.

El picador corre dos peligros: el de ser ensartado por el toro, y el de ser arrojado por su caballo.

Hemos hablado de la lanza, que es su arma ofensiva: no tiene por armas defensivas mas que piernas de hierro, que suben hasta la mitad del muslo, y cubiertas de un calzon de ante.

Los chulos son los que, con una capa verde, amarilla ó azul en la mano, andan cerca de los picadores,

agitando esta capa á los ojos del toro, cuya cólera está pronta á satisfacerse en un caballo derribado ó en un picador desmontado.

El oficio de los banderilleros es hacer que no se resfrie la cólera del toro. En el momento en que el toro fugitivo, desvanecido ó fatigado, vuelve sobre sí mismo, le plantan aquellos en los costados banderillas, compuestas de varillas cubiertas de papel de colores, picado, como el que los muchachos ponen en la cola de una cometa. Estas banderillas penetran por medio de una punta de hierro que hace la figura de un anzuelo.

El torero es el rey de la escena: á él es á quien pertenece el circo, es el general que dirige toda la batalla, el gefe á cuyas órdenes todos obedecen sin chistar; el toro mismo, sin duda, está sometido á su poderosa influencia; el torero le lleva donde

quiere, con ayuda de los chulos, y cuando llega la hora del último duelo entre él y el toro, este viene á caer á sus piés herido por el terrible estoque sobre el terreno que aquel ha elegido, reservándose todas las ventajas de la sombra y del sol.

Si la querida de un torero está en el circo, siempre vá á morir el toro en el sitio de la arena mas próximo á ella.

Hay en cada corrida, dos ó tres picadores de refresco, para el caso en que salga herido alguno de los que hay en plaza, lo mismo sucede con los chulos é igualmente con los banderilleros.

No es fijo el número de toreros, en esta corrida habia tres: Cúchares, Lucas Blanco y el Salamanquino.

Cúchares es el de mas fama de los tres.

Todos, picadores, chulos, bande-

rilleros, toreros, estaban vestidos con maravilloso lujo. Las chaquetillas eran de color, unas verdes, otras azules, otras encarnadas, y todas bordadas de oro y plata. Los chalecos, bordados como las chaquetillas, y de brillantes colores, acompañaban armoniosamente al resto del traje. Los calzones eran de punto, la media de seda y el zapato de raso.

Una faja de vivos colores los ceñía, y una elegante moña adornaba su cabeza cubierta con una montera negricamente bordada.

Ahora, pasemos de los actores al teatro.

Al rededor de la arena, magestuosa como un circo del tiempo de Tito ó de Vespasiano, se levanta una cerca de madera de seis piés de altura, que forma el círculo en que están encerrados todos los personajes que acabamos de describir.

Esta cerca, que se llama el olivo, está pintada de encarnado en su parte superior, de negro en la inferior. Ambas partes desiguales en la estension están separadas por un madero horizontalmente colocado, que sirve de estribo á los chulos, banderilleros y toreros, que se ven perseguidos por el toro. Colocan allí un pié, y con ayuda de las manos, saltan la barrera. Esto se llama *tomar el olivo*; muy raro es que el torero recurra á este último medio; procurará librarse de él sin duda, pero consideraria como una vergüenza huirle.

Del lado de allá hay otra barrera; ambas cercas forman una especie de corredor, al que saltan los chulos y banderilleros, cuando llega el caso, y en donde están el alguacil, los picadores sobresalientes, el cachetero y los aficionados que tienen entrada allí.

**Digamos algo acerca del cachetero.**

El cachetero es un verdugo de los toros y su oficio es casi infamante. Cuando el toro ha caído bajo la espada del torero, y sin embargo, brama y echa espumarajo todavía, el cachetero salta á la plaza, se desliza tortuosamente como el gato y el chacal hácia el rendido animal, y traídoramente le hiere. El golpe se dá con un puñal de forma de corazón; separa ordinariamente la segunda vértebra del cuello de la tercera, y el toro cae como herido de un rayo.

Cumplida la ejecución, el cachetero vuelve á cruzar con su paso oblicuo, salta la barrera y desaparece.

Esta primera barrera no es siempre un refugio seguro. Hay toros saltadores que con la misma facilidad con que uno de nuestros caballos de carrera salta un vallado, salva la bar-



rera; yo he visto en estas fiestas reales saltar á un toro tres veces la barrera.

Cuando esto sucede, con la misma agilidad con que han saltado antes de la arena á la barrera, saltan de la barrera á la arena; el mozo del circo abre entonces una puerta, y el toro que dá vueltas furioso por aquel breve espacio, sale viendo el camino que se le abre, y entra de nuevo en la liza, donde le esperan sus enemigos.

Tambien, algunas veces la arena se divide en dos. Esto sucede cuando la plaza es grande, como por ejemplo la plaza Mayor donde ha habido á la vez dos corridas, aconteciendo un dia que los dos toros saltaron á la vez la barrera, corrieron uno sobre otro, se encontraron por fin y se mataron.

Esta barrera tiene cuatro puertas, situadas en los cuatro puntos cardina-

les; dos de ellas dan entrada á los toros vivos, las otras dos á los muertos.

Detrás de la segunda barrera se eleva el anfiteatro, cargado de gradas y estas de espectadores; la música está colocada encima del toril; el toril es el encierro de los toros.

Los toros que deben correrse, tienen generalmente sus pastos en los lugares mas solitarios, son traídos durante la noche á Madrid, y conducidos al toril donde cada uno halla su establo particular.

Además, para irritarlos, ningun alimento se les dá, en las diez ó doce horas que llevan de prision.

En el momento de salir, para irritar mas al toro, le introducen rapidamente un hierro, con una divisa donde se ven los colores de su propietario ó propietarios.

Esta divisa es el objeto de la ambi-

cion de los picadores y chulos, dar á una querida una divisa, es hacerla un gran presente.

Despues de lo que acabais de leer, señora, permitid que vuelva al espectáculo.

Estábamos, como tuve el honor de deciros, justamente frente al toril. A nuestra derecha teníamos el palco de la reina, á nuestra izquierda el ayuntamiento.

Nosotros todos mirábamos lo que nos rodeaba con la angustia de la espera y con el rostro pálido y vista confusa.

Yo tenia á mi izquierda á Roca de Togores, ese amable poeta de que ya os he hablado; á mi derecha á Alejandro, á Maquet y á Boulanger.

Giraud y Desbarolles, en completo traje andaluz, estaban de pié.

Por fin, apareció el toro, anduvo

unos diez pasos y se detuvo como cortado, desvanecido por la luz, aturdido por el ruido.

Era este un toro negro de los colores de Osuna y Veraguas (1).

Su boca estaba blanca de espuma, sus ojos parecían dos rayos de fuego. Confieso por mi parte que el corazón me latía como si fuese á presenciar un duelo.

—Buen toro, mirad! me dijo Roca.

El toro, como si quisiese realizar la profecía de Roca se precipitó hácia el primer picador, alzando en alto su caballo y sepultándole una de sus astas en el corazón.

El picador comprendió que su caballo estaba perdido; asióse con las dos manos á la barrera, abandonando con viveza los estribos.

---

(1) El duque de Veraguas es el último descendiente de Cristóbal Colón.

Al mismo tiempo que su caballo caía, saltaba él la barrera.

El caballo procuraba levantarse, la sangre en tanto corría de su pecho por dos anchos boquetes. Vaciló un instante, en seguida inclinó la cabeza; el toro se cebó entonces en él, haciéndole mil heridas.

—Bueno! me dijo Roca, excelente toro! vamos á ver una corrida magnífica.

Me volví hácia mis compañeros, Boulanger no manifestaba la mayor emoción, pero Alejandro estaba pálido y Maquet enjugaba su frente cubierta de sudor.

El segundo picador, viendo al toro cebarse en la agonía del caballo, se dirigió á él.

Aunque con los ojos bendados, el caballo se encabritó; parecía que instintivamente conocía que su dueño le llevaba á la muerte.

El toro, viendo aquel nuevo antagonista, arremetió con él; lo que pasó entonces fué rápido como el pensamiento; el caballo retrocedió impelido por el toro, y cayó con todo su peso sobre el pecho de su caballero.

Nosotros oímos, si así puede decirse, el crugido de los huesos.

Entonces resonó un hurra universal; veinte mil voces gritaron: bravo toro! bravo toro!

Roca gritaba también, y como soy! que yo mismo me dejé arrastrar del griterio y como Roca: bravo toro! clamé á mi vez.

En efecto, el animal estaba soberbio; su cuerpo negro, la sangre de sus dos adversarios que le corría por todo él, como una mantilla de púrpura; hacían terrible su vista.

—Eh? dijo Roca; no os había dicho yo que era un buen toro?... un toro pegajoso?...

Y así era en efecto; no solo se encarnizaba en el caballo sino que aun debajo de él buscaba al picador.

Cúchares, que era el torero de esta corrida, hizo una señal y toda la tropa de los chulos y banderilleros envolvió al toro. En medio de esta tropa que él dirigia, estaba Lucas Blanco, otro torero que ya he nombrado, jóven de veinticuatro á veinticinco años, buena figura, que mata hace solamente unos dos años.

El se degradaba juntándose á los chulos, pero el entusiasmo lo arrebató hasta aquel punto.

A fuerza de agitar sus capas delante del toro, los chulos consiguieron distrarle. Levantó la cabeza, miró un instante aquel mundo de enemigos, aquellas capas llameantes al sol, y se lanzó sobre Lucas Blanco, que era el mas próximo.

Lucas no hizo mas que ladearse

con una gracia y serenidad infinita: el toro, pues, pasó de largo.

Los chulos perseguidos por él corrieron á la barrera; el último de ellos podia sentir el aliento abrasador del toro, en las espaldas.

Así que treparon, se envolvieron en sus capas azules, rojas y verdes, asemejándose de aquella manera, á una tropa de pájaros con las alas estendidas.

Los cuernos del toro se clavaron en la barrera, y cogiendo en aquel ímpetu la capa del último chulo que saltando del otro lado se la arrojó sobre la cabeza; el animal sacó sus cuernos de la barrera, y quedó un momento cubierto con la capa roja del chulo, que se tiñó luego de sangrientas manchas.

El toro pisoteaba la capa con furia sin poder librarse de ella, pues le habia quedado detenida entre los



cuernos. Un instante se revolvió furioso y la capa voló en pedazos, excepto un barapo que le quedó fijo en el asta derecha como una banderola.

Cuando halló su vista libre, abrazó toda la arena con una rápida y sombría mirada.

Por cima de la barrera, asomaron de nuevo las cabezas de los chulos y de los banderilleros fugitivos, prontos á saltar á la arena así que el toro se hubiese alejado.

Sobre dos puntos paralelos, estaban sentados Blanco y Cúchares, serenos ambos, ambos mirando.

Tres hombres sacaban al picador de debajo del caballo y ensayaban el modo de ponerlo en pié. El picador vacilaba sobre sus gruesas piernas guarnecidas de hierro. Estaba pálido como la muerte, y una espuma sangrienta teñía sus lábios.

De los dos caballos, el uno habia muerto, el otro procuraba rechazar la muerte, á carreras por la plaza.

El tercer picador, el único que quedaba, se mantenía sobre su caballo, inmóvil como una estatua de bronce. Despues de una investigacion de un instante; el toro se fijó en el grupo que conducia al picador herido, púsose á arañar la arena que hizo saltar hasta el anfiteatro, olfateó el surco que acababa de hacer, dió un bufido terrible y se lanzó sobre el grupo.

Los tres hombres, que llevaban al herido, lo abandonaron y corrieron á la barrera. El picador, casi desvanecido, pero conociendo lo inmenso del peligro, dió dos pasos, batió un momento el aire con las manos y cayó haciendo un último esfuerzo.

El toro se dirigia hácia él, pero en

su camino halló un obstáculo. El último picador, el único que quedaba, se había colocado entre el animal furioso y su compañero herido.

El toro, embistiéndole, dobló la pica como si fuera una débil caña, y no dió mas que una rápida cornada al caballo al tiempo de pasar junto á él en la embestida.

El caballo gravemente herido, se levantó sobres los piés traseros y tiró al jinete á la estremidad de la arena.

El toro pareció vacilar entre el caballo, vivo aun, y el picador que se fingia muerto.

Se lanzó sobre el caballo.

Después de haberle corneado profundamente y de haber dejado en una de las nuevas heridas que acababa de hacerle, el pedazo de capa de que hemos hablado, se volvió hacia el hombre á quien Lucas Blanco

ayudaba á levantarse sobre una rodilla.

El circo aplaudia frenéticamente: los gritos de *Bravo, Toro!* no cesaban. Algunas voces mas entusiastas, le llamaban guapo mozo, querido toro.

Lanzóse el toro á Lucas Blanco y al picador. Lucas Blanco se ladeó, echando su capa entre él y el berido; el toro engañado, se arrojó sobre la capa agitada.

No pude menos de mirar á mis compañeros, Boulanger estaba pálido; Alejandro, verde; Maquet como la ninfa Byblis, sumergido literalmente en agua.

Si hubiera yo tenido delante un espejo, os diria como estaba yo mismo. Todo lo que puedo deciros es, que estaba muy conmovido, que no experimentaba absolutamente nada de ese disgusto que me habian anunciado y que (así me salve cuando vea á

I.

12

un cocinero pronto á matar un pollo) no podia separar los ojos de aquel toro que ya habia despachado así á tres caballos y herido á un hombre.

Habíase detenido el toro, no conociendo sin duda el leve obstáculo que se le habia puesto y se disponia á continuar la lucha.

Lucas Blanco fue quien le presentó aun el combate, teniendo su capa de tafetan azul por toda arma ofensiva y defensiva.

El toro se lanzó á Lucas. Lucas dió un paso semejante al primero, y el toro se vió á diez pasos mas lejos que él.

Durante este tiempo, chulos y banderilleros habian vuelto á bajar á la plaza; los volantes del circo habian tornado á buscar al picador, que, apoyado en ellos, ganaba la barrera andando mas facilmente.

Toda la cuadrilla movia sus capas rodeando al toro; pero el toro no tenia ojos mas que para Lucas Blanco. Era una lucha entre él y este hombre, de que ningun otro ataque podia distraerle.

Cuando un toro mira á un hombre de este modo, es muy raro que no sea muerto el hombre.

—Ahora vereis, me dijo Roca tocándome el hombro; ahora vereis.

—Huye, Lucas, huye, gritaron á una sola voz todos los chulos y todos los banderilleros.

—Huye, Lucas! gritó Cúchares.

Lucas miró desdeñosamente al toro.

El toro se fue derecho á él con la cabeza baja.

Lucas puso la punta de su pié entre las astas del toro, saltando por encima de la cabeza de este.

:

Entonces no se oyeron ya aplausos, ni gritos, sino rugidos.

—Bravo, Lucas! bien! gritaron veinte mil voces,

—Viva Lucas! Viva! Viva!

Los hombres arrojaban sus sombreros y sus petacas en la arena, las mugeres sus ramilletes y sus abanicos.

Lucas saluda á la concurrencia sonriéndose, como si hubiera jugado con una cabra.

Nuestros compañeros, aunque estaban pálidos, verdes y amoratados, aplaudían y gritaban como los demás.

Pero ni estos gritos, ni estos aplausos furiosos sacaban al toro de su proyecto de venganza. En medio de todos aquellos hombres, solo era á Lucas á quien miraba, y todas las capas agitándose á sus ojos, no podían hacerle olvidar la capa azul celeste,

la que por dos veces le habia engañado.

Lanzóse de nuevo contra Lucas, pero esta vez, midiendo su arremetida de manera que no se pasase de largo.

Lucas la evitó por medio de una diestra vuelta.

Pero el animal se hallaba á cuatro pasos de él.

Volvió á arremeterle sin darle tiempo para descansar.

Lucas le echó su capa sobre la cabeza y fue retrocediendo hasta la barrera.

Tapado un instante, el toro dejó que su adversario avanzase unos diez pasos; pero la capa se hizo giras y el toro se lanzó de nuevo á su enemigo.

Esta es una cuestion de agilidad. Llegaria Lucas á la barrera antes que el toro? Cogeria el toro á Lucas an-



tes de que este ganase la barrera?

Lucas puso el pié encima de un ramillete, el pié resbaló sobre las flores húmedas, y cayó.

Resonó un gran grito dado por veinte mil voces, al cual sucedió un profundo silencio.

Pasóme como una nube delante de los ojos; en medio de esta nube ví á un hombre lanzado á quince piés de altura.

Y, cosa estraña, en medio de este desvanecimiento, distinguí hasta los adornos mas insignificantes del traje de Lucas. Su chaqueta azulada, bordada de plata, su chaleco de color de rosa con botones de filigrana, su calzon blanco, todo recamado por las costuras.

Lucas volvió á caer. El toro le esperaba, pero otro adversario esperaba al toro.

Era el primer picador; vuelto á

montar en su caballo de refresco, que, entrando en la plaza, puso una vara al animal, en el momento en que bajaba los cuernos hacia Lucas.

El toro, sintiéndose herido, levantó la cabeza; y como si hubiese estado seguro de volver á encontrar á Lucas en el sitio en que le dejaba, se lanzó al picador.

Apenas se hubo separado de Lucas, cuando este se levantó y saludó al público riéndose. Por un milagro los cuernos habian pasado á los dos lados de su cuerpo; solo la frente del animal era la que le habia arrojado al espacio.

Por otro milagro tambien, habia vuelto á caer sin hacerse ningun daño.

Un inmenso rumor de alegría se dejó oír en todo el circo; acababan de recobrar la respiracion veinte mil personas.

Maquet estaba casi desmayado ; Alejandro poco mas ó menos y pedia un vaso de agua.

Se le llevó ; bebió algunas gotas, volviéndole lleno hasta las tres cuartas partes.

— Echad esto al Manzanares , dijo, que no le vendrá mal.

En este momento se oyó un gran rumor : sonaron las trompetas.

Perdon , señora , pero hay dos horas inexorables : la hora del correo y la hora de la muerte. La una me apremia ; soy vuestro hasta la otra.



---

Madrid 13 de octubre.



**EMOS** dejado, si mal no me acuerdo, señora, al pobre Lucas Blanco, milagrosamente vivo, saludando al público en medio de aplausos universales; al toro delante del picador llegado á su socorro, y por último á las trompetas sonando y anunciando algun notable é imprevisto suceso.

Este notable é imprevisto suceso, era la llegada de la reina madre.

La reina madre, esa graciosa y encantadora muger que vos habeis visto en Paris, gusta de las corridas de toros como podria gustar de ellas su- na simple marquesa. Parecia no querer presenciar las demás fiestas, y corria ahora á tomar parte en el terrible espectáculo que nos agitaba.

A penas fue anunciada su llegada, cuando apareció en su palco como por encanto.

Entonces dejó de atenderse al espectáculo, todas las miradas se fijaron en el palco real.

La cuadrilla vino á colocarse en columna en frente de él. Cúchares, el Salamanquino y Lucas Blanco estaban al frente.

Detrás venian los tres picadores; el herido, que habiamos creido muerto, se hizo colocar sobre otro

caballo, y á no haber sido por su extraña palidez, se hubiera creído que nada le habia sucedido.

Detrás de los picadores, venian los cuatro chulos, detrás de estos los banderilleros y últimamente los mozos de la plaza.

El cachetero solamente faltaba en la cuadrilla.

El toro, de espaldas al palco del ayuntamiento, miraba estúpidamente esta procesion, que por otra parte no se inquietaba por él mas que si tal toro no hubiese existido.

La cuadrilla fue avanzando al son de la música, hasta que por último hincó la rodilla en tierra delante de la reina.

La reina los dejó permanecer algun tiempo en aquella posicion, como para dar lugar á manifestar que admitia el homenaje; luego hizo señal de que se levantasen.

Todos entonces se pusieron en pié y saludaron; en seguida á una segunda señal, rompieron filas, los picadores bajando las picas, los chulos sacudiendo las capas, los banderilleros como preparándose á buscar las banderillas.

Durante este tiempo, el toro, por no dejar pasar en valde el tiempo sin duda, habia vuelto á embestir con el pobre caballo, que nosotros creiamos muerto y que él sintió vivo á pesar de todo; le habia levantado entre los cuernos, y le paseaba sobre su cuello.

El caballo, haciendo su último esfuerzo, erguia la cabeza y dejaba percibir una postrera queja, que no tuvo fuerza suficiente para aspirar á los honores de relincho.

Cuando el toro vió que sus enemigos volvian al ataque, sacudió de encima el caballo con presteza y brio.

El caballo cayó, en seguida volvió á ponerse en pié en un desesperado esfuerzo de agonía, y vacilando fue á dejarse caer cerca del toril.

El toro le miró alejarse.

—Oid bien esto, me dijo Roca, y luego me direis si entiendo ó no de tauromaquia. Ese toro ha de ir á morir junto al caballo que acaba de venir á tierra. Os repito que es un verdadero toro pegajoso.

El toro habia muerto tres caballos y herido dos. El alguacil hizo seña á los picadores de que se alejasen.

Los picadores fueron á colocarse en un extremo del circo, en frente del toril, y se apoyaron los tres en el olivo, con la cabeza vuelta hácia la plaza.

Los chulos principiaban á agitar sus capas, el toro se puso en movimiento y las huidas comenzaron. Tres ó cuatro veces los persiguió



hasta la barrera, proporcionándonos un espectáculo vistoso, pues tal le ofrecían aquellos hombres corriendo con las capas estendidas por cima de la cabeza.

Un banderillero apareció con un par de banderillas entonces; sus tres compañeros le seguían del mismo modo.

La suerte de banderillas no está bien hecha sino se colocan aquellas á la vez entre costado y costado; cuanto mas paralelamente quedan colocadas mejor es la suerte.

Los chulos dirigieron al toro con el auxilio de las capas hácia el banderillero, este le puso ambas banderillas, y al mismo tiempo, del vientre de cada una de ellas, salió una bandada de cinco ó seis pájaros. Algunos de ellos aturdidos, no acertaron á tomar vuelo, y fueron á colocarse sobre la arena.

Inmediatamente , y á riesgo de ser hechos pedazos por el toro , cinco ú seis personas se lanzaron de la barreira á cojerlos.

Pero este empezaba visiblemente ya á perder la cabeza , ya no perseguia á los chulos con la tenacidad que antes ; dejábase distraer de un enemigo por otro y sus cornadas eran inseguras y al aire.

Otro banderillero apareció al instante ; á su vista el toro pareció calmarse , pero con el objeto de asegurar su venganza . Sin duda reconoció en las manos del nuevo adversario los crueles instrumentos que acababan de herirle , porque partió embistiendo al banderillero decididamente.

El banderillero le esperó con las terribles saetas en la mano , pero no pudo clavar mas que una en el lomo del animal ; un ligero grito se

oyó al mismo tiempo; la capa del banderillero se tiñó de púrpura, su mano se cubrió de sangre, cada uno de sus dedos goteaban. El cuerno acababa de atravesarle por la parte superior del brazo.

Ganó la barrera, sin permitir que se le sostuviese; pero en el momento en que se preparaba á saltarla, se desmayó. Nosotros le vimos meter entre barreras con la cabeza echada para atrás y sin conocimiento.

Era este bastante desastre para un solo toro; la trompeta tocó á matarle.

Entonces todos se separaron. La lid pertenecía al torero.

El torero era Cúchares.

Cúchares se adelantó; era un hombre de treinta y seis á cuarenta años, de estatura regular, delgado, de piel pecosa y de color atezado; este es, sino uno de los toreros mas hábiles, los

españoles le prefieren á Montes y al Chiclanero, por lo menos uno de los mas atrevidos. Cúchares hace en frente del toro suertes maravillosas de audacia, que denotan un conocimiento profundo del carácter del animal. Un día que toreaba con Montes, que le habia llevado consigo, no sabiendo ya que hacer para reconquistar una parte de los bravos que daban á su dichoso rival, se puso de rodillas delante de un toro furioso.

El toro, sorprendido, le miró por espacio de dos ó tres segundos; después, como espantado de tal atrevimiento, abandonó á Cúchares para perseguir á un chulo.

Cúchares, avanzó, pues, llevando en la mano izquierda su espada cubierta por la muleta.

La muleta, señora, es un pedazo de tela roja sujeta á un pequeño baston; es el escudo del torero.

Cúchares cruzó todo el circo, puso una rodilla en tierra delante del palco real, y, levantando su monterilla con la mano derecha, pidió á la augusta espectadora la vénia para matar al toro.

La vénia le fué concedida con una señal y con una sonrisa.

Cúchares arrojó lejos de él su montera, con un gesto de orgullo, que no pertenece mas que al hombre que vá á luchar con la muerte, y avanzó hácia el toro.

Toda la cuadrilla estaba á sus órdenes y le rodeaba.

Desde este momento no se hace ya mas que la voluntad del torero. El ha elegido su punto de combate, él sabe con anterioridad el sitio en que quiere herir al toro; todos van á maniobrar para conducir al toro al lugar designado.

Este lugar designado por el to-

rero era debajo del palco real.

Pero los chulos tienen también su orgullo en saber conducir allí al toro, y en conseguir su triunfo. Hicieron pues, dar un gran rodeo al toro; le obligaron á pasar delante del palco del ayuntamiento, le llevaron otra vez hácia el toril, y de aquí al sitio donde Cúchares le esperaba con la muleta en una mano y el estoque en la otra.

Al pasar cerca del caballo que había levantado con su cabeza y que esta vez estaba bien muerto, se volvió el toro para darle aun dos ó tres cornadas.

—Mirad, mirad, me dijo Roca.

Cuando Cúchares vió al toro en frente de él, hizo una señal.

Todos se retiraron.

El hombre y el animal se encontraron frente á frente.

El hombre con su pequeño estoque,

:

delgado, largo y agudo como una aguja.

El animal con su fuerza inconmensurable, sus terribles astas, y su jarrete mas rápido que el del mas veloz caballo.

El hombre era, ciertamente, bien poca cosa junto á un mónstruo semejante.

Solamente, el rayo de la inteligencia resplandecia en la mirada del hombre, al paso que el fuego de la ferocidad brillaba solo en la mirada del toro.

Era evidente que toda la ventaja estaba en el hombre, y que en esta lucha desigual, sin embargo, era el mas fuerte el que debia sucumbir y el débil el que debia vencer.

Cúchares hizo flotar su muleta á los ojos del toro.

El toro se lanzó á él. Cúchares giró sobre el talon.

El cuerno izquierdo del animal rozó su pecho.

Esta era una suerte magnífica; todo el circo estalló en aplausos.

Estos aplausos parecieron irritar al toro, que tornó sobre Cúchares; esta vez le esperó Cúchares con el estoque en la mano.

El encuentro fué terrible; se vió la espada doblarse como un mimbre y despues volar al aire.

La punta habia tocado el hueso de la espalda; la espada se habia encorbado, y silbando, se habia escapado de la mano del torero.

Poco faltó para que el toro cogiera á Cúchares, quien con otra vuelta no menos diestra que la primera burló á su enemigo.

Los chulos avanzaron entonces para distraer al toro; pero Cúchares, aunque estaba desarmado, les dijo por señas que no hiciesen nada.



**En efecto, le quedaba la muleta.**

Entonces sucedió una cosa maravillosa, y que indicaba en el hombre ese profundo conocimiento del animal, tan necesario al que le combate por espacio de cinco minutos con aquel simple pedazo de tela de púrpura. Cúchares condujo al toro á donde quiso, provocándole á hacerle perder hasta el instinto. Diez veces le acometió el toro, pasando ya á su derecha, ya á su izquierda, rozándole siempre, pero no hiriéndole nunca.

En fin, Cúchares, colmado de aplausos, cogió una espada, la limpió tranquilamente y se puso en guardia.

Esta vez desapareció la fina hoja en toda su longitud, justamente entre los dos costados del toro.

El animal se detuvo bramando sobre sus cuatro piés; se conocía que, sino el acero, el frío del acero había penetrado hasta su corazón.

Solo el puño se veia encima de la nuca.

Cúchares no se inquietó ya por el toro, y fué á saludar á la reina.

Por su parte, el toro sintiéndose herido de muerte miró á su alrededor, y despues con un trote debilitado por la agonía, se dirigió hácia el caballo.

—Mirad, me dijo Roca, mirad.

En efecto, llegando cerca del cadáver del caballo, el toro cayó sobre sus dos rodillas, lanzó un mugido lastimero, dobló las corvas traseras como habia doblado las de delante, y se tendió, solamente con la cabeza levantada aun.

Entonces salió el cachetero de entre barreras, fuése con precaucion hácia el toro, levantó su puñal, midió el tiempo é hirió.

El rayo no hubiera sido mas pronto. La cabeza volvió á caer sin exa-

lar un solo bramido ; el animal espiró sin una sola queja.

Al punto, resonó la música celebrando la muerte del toro.

Al son de esta música, se abrió una puerta y entraron cuatro mulas arrastrando una especie de bolea de coche.

Estas mulas desaparecian bajo magníficos aparejos resplandecientes de borlas de seda y de brillantes campanillas.

Principióse por atar á su bolea uno despues de otro, los tres caballos muertos, que se llevaron con la velocidad del rayo.

Despues hicieron lo mismo con el toro, que desapareció á su vez por la misma puerta, que era por donde salia la carne muerta.

La puerta se cerró practicada esta operacion.

Cuatro grandes líneas quedaban en

la arena, todas empapadas en sangre; estas líneas eran las trazadas por los caballos y el toro muerto.

En diversos puntos del circo, se veían también algunas otras manchas rojas.

Cuatro mozos entraron, dos con raseras y dos con cestos llenos de arena. En diez segundos desaparecieron todas estas señales de la primera corrida.

Los picadores volvieron á colocarse en su sitio, esto es, cerca del toril; los chulos y los banderilleros á la derecha. Lucas Blanco, que sucedía á Cúchares, se colocó un poco detrás: la música tocó la entrada, abrióse la puerta y apareció el segundo toro.

Una de las cosas mejores de este maravilloso espectáculo, señora, es que nunca tiene entre actos; la muerte misma de un hombre no es mas



que un accidente ordinario que no le interrumpe en nada. Como en nuestros teatros bien organizados, todos los papeles están doble ó triplemente distribuidos.

Hay toros como hombres, señora, los hay flojos y bravos, francos é hipócritas, perseverantes ú olvidadizos.

El toro que entraba era negro como el primero, tenia siete años como el primero, y venia de los montes de Alamina como el primero. A los ojos de todo el mundo era hermano del primero; pero, á pesar de todas estas semejanzas, no pudo engañar á Roca.

—Si teneis que hacer alguna visita me dijo, aprovechaos de esta ocasion.

—Por qué?

—Porque es malo el toro.

—Y quién os lo ha dicho?

—Yo lo sé.

Señora, yo quisiera que Roca de Togores me dijese la buena ventura, y cuidado no me prediga que me amareis algun dia.

El toro era malo.

Como el primero, corrió tras de los tres caballos, pero á cada embestida la lanza del picador bastó para detenerle, ó mas bien para alejarle. Rechazado tres veces, continuó su camino bramando de dolor.

Todo el circo estalló en silbidos.

Los espectadores del circo, señora, son los espectadores mas imparciales que conozco. Silban ó aplauden igualmente, segun sus méritos, á hombres y animales, á hombres y á toros.

Ni una buena cornada, ni una buena vara, ni una buena estocada pasan desapercibidas. Se ha visto á 12,000 espectadores pedir á una vez la vida

de un toro que habia sacado las entrañas á nueve caballos y matado á un picador. Concedióse la gracia, y el toro, cosa inaudita, salió vivo de la plaza.

El nuestro no estaba destinado á salvarse de una manera tan gloriosa. Los picadores le agujonearon perfectamente, los banderilleros la clavarón sus banderillas, pero nada pudo decidirle al combate.

Entonces resonó el grito de perros! perros!

Cuando un toro no se decide á atacar, cuando no le estimula el dolor, cuando no es un toro bravo, en fin, se pide por los espectadores ya fuego, ya perros.

Esta vez se pedían perros. El alguacil miró al palco de la reina, y después dijo por señas que los perros estaban concedidos.

Al punto, se alejaron todos del a-

nimal. Diríase que el toro tenía la peste.

Paróse solo en medio de la arena, mirando en torno suyo y pareciendo admirarse del reposo que se le había concedido. Si hay alguna parte en el sistema cerebral del toro destinada á los recuerdos, sin duda este se acordó de las salvages praderias donde se había criado, y creyó que se le iba á volver al pié de sus peñascosas montañas y á los caminos de sus sombríos bosques.

Si esperaba esto, su ilusion se desvaneció pronto.

Se abrió la puerta; entró un hombre con un perro en los brazos, después entró un segundo, y luego el tercero.

En fin, seis hombres entraron sucesivamente, armados cada uno con un terrible perro.

Al ver al toro, los perros comen-



zaron á ladrar; los ojos se les saltaban de la cabeza, sus bocas se estendieron hasta las orejas; hubieran devorado á sus dueños, si sus dueños no los hubieran soltado. Sus dueños, que no estaban por morir como Jesabel, soltaron los animales que se arrojaron sobre el toro.

Al verlos, el toro habia adivinado lo que iba á suceder, y habia tenido á bien retroceder hasta la barrera.

En un segundo, recorrió ladrando la jauria toda la anchura del circo y principio la lucha.

Contra estos nuevos antagonistas, el toro recobró todo su vigor; diríase que el valor, que le habia abandonado en su lucha con los hombres, le acudía al verse frente á frente de sus enemigos naturales.

En cuanto á los perros, eran de buena raza, alanos de presa uno de ellos de seguro habia nacido en Lon-

dres; este era el mas pequeño y el mas encarnizado de todos. Me recordó á ese pobre Milord, de feliz memoria, que vos habeis conocido, señora, cuyas maravillosas aventuras habeis leído en el *Speronase* y en el *Corricolo*.

Este espectáculo no era nuevo para mí, aunque uno de los actores no fuese el mismo. Muchas veces en nuestros hermosos bosques de Compiègne, de Villers-Cotterets ó de Orleans, he visto el jabalí al abrigo de cualquiera roca ó de cualquier tronco de árbol, teniendo en frente una jauría que cubria la tierra á diez pasos en rededor suyo, como una alfombra movible y animada. De vez en cuando, uno de estos atrevidos combatientes, arrojado por la terrible testuz, saltaba, lanzado á diez ó doce piés de altura, y despues de haber dado en el aire dos ó tres vueltas

sobre sí mismo, caía ensangrentado, despedazado el vientre y con las entrañas arrastrando.

Tal era este nuevo combate; un perro fue arrojado á la arena en medio de los espectadores, otro lanzado casi perpendicularmente, volvió á caer sobre la barrera en cuya caída se reventó.

Los otros se alzaron del suelo pisoteados por el toro. Dos le sujetaron de las orejas, otro, el mas pequeño, le hizo presa en una pata y el cuarto huyó.

Vencido por lo horrible del dolor, el toro hacia los posibles esfuerzos para desembarazarse de los perros; su cabeza parecia la de un animal informe. Dos veces recorrió el circo al rededor, mil se sacudió á derecha é izquierda, dió saltos, se tiró al suelo... inútilmente. Por último inclinó la cabeza y el cuerpo sobre sus rodi-

llas, ya vencido y sin fuerzas.

La gente, lo mismo que antes, habia gritado: «bravo, toro!» bravo, Cúchares, gritaba ahora; bravo, bien por los perros!

Uno de los chulos se llegó al toro con espada en mano.

Un toro entregado á los dientes de los perros, no es digno de la espada del matador; solo merece que se le asesine, que se le mate á traicion.

El chulo le clavó la espada en el lado de que habia caído; tres veces repitió sus heridas, á la tercera el toro rindió la vida instantáneamente.

El cachetero entonces hizo su deber.

Era ya preciso que los amos vienesen á arrancar á los perros del toro, á quien todavía sujetaban.

Vos sabeis, señora, como se hace esta operacion, y por qué medio ho-

meopático se obliga á soltar á los perros de presa.

Nada mas sencillo , no hay mas que morderles el rabo.

Un dia , á poco me llevan en triunfo ; pasaba yo en mi cabriolé por la calle de Santa Ana. Una multitud de gentes que se hallaban paradas en medio de la calle me detuvo. Una vieja marquesa se paseaba seguida de un perrillo y un doméstico ; de pronto un perro de presa de pequeña talla , pero de dientes de hierro , se lanzó sobre él , y le sujetó por una nalga. El perrillo chillaba , la marquesa gritaba , juraba el criado y la gente , preciso es decirlo , señora , por mas que se avergüenzan los vecinos de la calle de Santa Ana , se reia sin duelo.

Algunas almas compasivas , procuraban en vano separar á los dos animales ; la marquesa se desesperaba.

Yo, viendo aquello, saqué la cabeza y:—Traed acá los dos perros, grñé.

—Ah! dijo la marquesa juntando las manos, salvad á mi pobre perro.

—Haremos lo que podamos, contesté yo modestamente.

—Lleváronmelos pues; como yo no tenia relaciones de ninguna especie con el buen perro de presa, le redeé al rabo mi pañuelo y por cima de él le dí un gran mordisco.

El perro, libre ya, dió un salto y corrió hácia su señora.

Pero el de presa, con el dolor, se volvió al momento hácia mí con las mejores intenciones; yo sabia demasiado bien mi oficio; así que no temí daño alguno; le arrojé á diez piés de distancia de un puntapié, y oí en aquel momento que decia una vieja:

—No es milagro! este sábio caballero es al fin académico.

Tres dias despues, que habia descubierta mi verdadera profesion y mi verdadera habilidad, me ofreció su corazon y su mano. Si hubiera admitido, hoy estaria viudo, y con ciento cincuenta mil francos de renta.

Aviso á los jóvenes solteros.

Ahora me permitireis que os abandone. Cierto que la vista de las corridas de toros no cansa, pero no sé yo si sucederá lo mismo con su descripcion.

FIN DEL TOMO PRIMERO.



# **ESPAÑA Y AFRICA.**



---

***Es propiedad de don W. Ayguals de Izco.***

---

# ESPAÑA Y AFRICA.



## CARTAS SELECTAS

escritas en francés por

**ALEJANDRO DUMAS.**

Traducidas al español por varios litera-  
tos, seguidas de un breve análisis por

**DON WENCESLAO AYUALS DE IZCO.**

---

---

**TOMO II.**

---

---



**MADRID—SOCIEDAD LITERARIA—1847.**

*Imprenta de D. Wenceslao Ayguals de Izco.*

## NOTA

*Aunque el segundo título de Cartas Selectas que damos á esta obra, deja entender que estas cartas se han escogido entre otras, prevenimos al lector que el periódico La Presse único de Paris que las publica, lo hace solo de las que juzga de mayor interés, omitiendo las que en su concepto carecen de atractivo, lo cual dá márgen á cierta falta de hilacion casi imperceptible en el órden de la narracion descriptiva, y no siéndonos posible tener á la vista otro original que el del espresado periódico, nos vemos precisados á las mismas omisiones de algunas cartas, que tendrán efectivamente escasa importancia, cuando no las dá á luz un papel, que tanto crédito ha adquirido por las producciones del célebre autor de la presente obra.*

---

Madrid 21 de octubre de 1846



AS fiestas han terminado, señora, y los extranjeros ingratos comienzan ya á abandonar á Madrid como una bandada de pájaros espantados que vuelven á su nido.

Las diligencias cargadas de viajeros, como rayos divergentes, parten de Madrid, centro comun, y vuelan en todas direcciones.

El duque de Aumale ha partido esta noche, el duque de Montpensier parte mañana. Nuestras bellas madrileñas se aterran al considerar cuál vá á quedar Madrid dentro de ocho dias.

Yo parto á Toledo mañana; dos horas hace que he llegado del Escorial.

Permitid que os cuente nuestro viaje al Saint-Denis de los reyes de España.

Para cuando llegue la hora determinada para partir, cada uno sabe ya su papel, es decir, cada uno tiene ya su cargo, conoce las obligaciones que durante el viaje tiene que llenar.

Yo quedo con el título de *amo*, que me ha sido conferido por todos los criados que he tenido despues de mi llegada á Madrid; soy ademas cocinero en jefe.

Desbarolles es intérprete, y está

**encargado de abrir relaciones con los conductores de diligencias, arrieros y posaderos.**

**Maquet guarda su título de economo. En sus ratos desocupados, como tiene un reló de repeticion, el único que anda, nos dirá la hora. Giraud es cajero. Un cinturon de cuero fija al rededor de su cuerpo los fondos de la sociedad.**

**Es además ordenador general de los víveres; tiene obligacion de velar sobre la canasta de las provisiones, que quedará organizada esta tarde.**

**Boulanger corre con la ropa y todo lo perteneciente al traje.**

**Hace tres dias, se decidió que principiases nuestras correrías por el Escorial. En consecuencia, Desbarolles recibió el encargo de ir á buscar un carruage cualquiera, que pudiese conducirnos al palacio favorito**

de Felipe II; volvió algun tiempo despues y: ahí está el coche dijo con aire satisfecho, tomando su carabina.

—Cómo el coche?

—Como que está ahí.

—Bravo! bien, amigo Desbarolles.

—Yo soy siempre así en todas mis cosas.

Y se apoyó sobre su arma; en la posición mas propia para hacer resaltar mas lo garboso de su talle.

Bajamos; el coche estaba efectivamente abajo, con sus cuatro mulas, etc.

Era una berlina de caja amarillenta, y de cubierta verde. Esta alianza de lo amarillo y lo verde hubiera debido espantar á los coloristas, pero es preciso hacer justicia á todos; nadie, ni el mismo Boulanger, hizo alto en ello.

En cambio se echó de ver que la caja era bien poco capaz para ocho personas.

Yo propuse que se trajese un segundo coche; lo que á todos pareció bien; volvió á salir Desbarolles con el encargo de que tardase lo menos posible, pues era ya la una, y el mayoral nos habia exigido siete horas para andar las siete leguas que separan á Madrid del Escorial.

Las leguas en España, y creo habérselo dicho ya, señora, tienen una tercera parte mas que en Francia. Las horas tambien.

De modo que siete leguas, son diez leguas, y así siete horas, son diez horas.

Cincuenta minutos despues de la salida de Desbarolles, Achard que estaba asomado á la ventana, lanzó un grito de asombro y de curiosidad.



—Qué hay? preguntamos nosotros.

—Señores, contestó, vosotros que conoceis todas las especies de carruages que surcan la superficie del globo, desde la berlina hasta la galera, mirad! como Mr. de Lacepède que creia que no habia mas sapos que descubrir y al fin tuvo que reconocer uno mas, humillaos; acabo de descubrir un vehículo nuevo; por la calle Mayor viene, por este mismo lado, venid, señores, acudid pronto.

Corrimos allá y vimos efectivamente avanzar al trote un desventurado cuadrúpedo, cuyas flaquezas ocultaban un mundo de perendengues, de cascabeles y campanillas que constituyen la *toilette* de un caballo español; vimos un coche tambien lo mas fantástico que jamás habiamos visto, aun Giraud y yo que hemos visto algunos.

Era un extravagante vehículo, que soportaban dos enormes ruedas, pintadas, así como las varas, del mas fuerte bermellon. La caja estaba pintada de azul claro con grandes follajes verdes; todo este follaje, estaba habitado por infinidad de pájaros de todos colores que volaban de aquí para allá, en medio habia un papagayo de color de lila, el cual batia las alas mientras se comia una naranja.

En Paris, este carruage se hubiera vendido ciertamente muy caro á cualquier aventurero mercader.

Este carruage, con gran sorpresa nuestra, se paró delante de nuestra puerta, y vimos bajar de él á Desbarolles.

Todos nos echamos á reir.

—Seria tal vez para nosotros este coche?

Desbarolles entró.

—Hé ahí lo que buscabais, dijo.

—Era para nosotros!

Saltamos esta vez al cuello de Desbarolles, á quien por poco no abogamos. El, como los grandes triunfadores, permanecía impassible y tranquilo en medio de su triunfo.

Nadie dudaba de la magnitud de su descubrimiento.

Disputóse á fin de saber á quien pertenecía el honor de subir al Desbarolles; como el objeto no tenia nombre, se le habia bautizado con el de su inventor.

Achard reclamaba, fundándose en que habia sido el primero que le habia visto desde la ventana; pero se le hizo observar que la injusticia hecha á Cristobal Colon por Américo Vesputio, era bastante grande para que se renovase semejante injusticia, sobre todo, en España.

Mientras se disputaba acerca de los derechos de cada uno, yo habia

hecho una seña á Diego para que me siguiese; subimos pues al Desbarolles.

—Al Escorial, dije al zagal.

El zagal saltó á la delantera y partimos.

De repente oímos los gritos feroces de nuestros compañeros, quienes creían que el vehículo se alejaba enteramente vacío. Hice abrir la portezuela y les saludé con la mano.

—Corramos á él, dijo Achard; y tomemos á la fuerza el Desbarolles.

—Un instante, dijo Alejandro; yo me pongo de parte de mi papá.

—Yo, dijo Maquet, me pongo de parte de mi colaborador.

—Yo, dijo Boulanger; me pongo de parte de mi amigo.

—Y yo, dijo Giraud; de parte de Boulanger. Dumas tiene el derecho de elegir el coche que le acomode; es el amo.

Desbarolles no dijo nada, no habia atendido á la discusion y pensaba en otra cosa.

Estas cuatro declaraciones sucesivas, unidas á la neutralidad de Desbarolles, me dieron una mayoría tan imponente, que Achard tuvo que retirar su proposicion.

Por otra parte, yo me hallaba ya al fin de la villa.

Subieron á la berlina amarilla y verde, y corrieron tras de mí. No perdais de vista esta berlina amarilla y verde, señora, porque está destinada á hacer un papel importante en nuestra vida siguiente. Al tratar con nuestro conductor el viaje al Escorial, tratamos al mismo tiempo el de Toledo; de manera que tenemos que pasar cinco ó seis dias en este carriage.

Nuestras mulas nos dieron al principio una alta idea de su ligereza; el

camino, que debe ser malísimo en todo tiempo, estaba entonces abominablemente lleno de atolladeros por las lluvias. Bajamos, pues, y anduvimos á pié por una gran calle de árboles, sombría, la cual nos condujo al campo, haciéndonos atravesar dos ó tres puertas, cuya utilidad buscamos en vano.

Este campo, como el de Roma, presenta, en el momento mismo de entrarse en él, el aspecto de un desierto; con la diferencia de que el campo de Roma produce yerba, y el de Madrid produce piedras.

Madrid, ocultado un instante á nuestros ojos por una elevacion del terreno, volvió á aparecer al llegar á lo alto de la montaña; la villa con sus casas blancas, sus numerosos campanarios, su palacio gigantesco, que se parece, en medio de las casas que le rodean á Leviathan en medio

de los habitantes del mar, presenta un aspecto pintoresco; despues, lo repito, esas grandes llanuras, limitadas por horizontes montañosos, ofrecen una perspectiva austera, que agrada á las grandes imaginaciones.

El camino, al cabo de cuatro horas de marcha, despues de haberse hundido en un valle, despues de haber saltado por encima de un puente, era escarpado en la falda del Guadarrama. Sobre uno de estos grupos elevados, que parecen una manada de búfalos gigantescos, se asienta el Escorial.

El camino, iba pues, subiendo; echamos pié á tierra, no tanto por descargar algo á los animales, cuanto por desentumecernos nosotros, y con la escopeta en la mano nos esparcimos por el puerto.

He visto pocos paisajes que tengan un carácter tan grandioso y tan sal-

vage como el que se ofrecia á nuestra vista; á mil piés debajo de nosotros, y despues de rocas ásperas y precipicios, llenos de espesas sombras, se estendia á la derecha una llanura sin fin, jaspeada, como la piel de un leopardo gigantesco, con anchas pintas leonadas y grandes bandas negras. A la izquierda, la vista era bruscamente detenida por la misma cadena de montañas que atravesábamos, y cuyas cimas estaban cubiertas de nieve; en fin, en el fondo Madrid salpicaba de puntos blanquecinos la bruma de la noche, que caia sobre nosotros como una inundacion de oscuridad.

Giraud y Boulanger estaban entusiasmados, Boulanger, especialmente, menos familiarizado con España que Giraud, no habia visto nunca tan grandes contrastes de luz y de sombra; á cada instante juntaba las manos, exclamando:

II.

2



—Qué hermoso es esto, Dios mio, qué magnífico!

Hay en un viaje como el nuestro, señora, y entre viajeros como nosotros, sensaciones de una dulzura infinita. El hombre reducido á su sola individualidad, es un ser muy incompleto; pero el hombre le completa asimilando á la suya las demás individualidades, con las que la casualidad ó su capricho le ponen en contacto... Así que, entre nosotros, pintores y poetas, el uno le completaba con el otro, y os aseguro, señora, que los bellos y grandes versos de Hugo que Alejandro recitaba en alta voz, se acomodaban admirablemente á esta grande y bella naturaleza á lo Salvator Rosa.

Durante nuestros trasportes de admiración, la noche habia aparecido completamente. Pero, como si el cielo hubiera querido gozar á su vez

del espectáculo qué tanto nos habia entusiasmado, millones de estrellas abrian trémulas sus párpados de oro, y miraban tambien curiosamente á la tierra.

Parece, señora, que recorreremos unos sitios en otros tiempos muy peligrosos. En la época en que España contaba sus ladrones por miles, en vez de contarlos por unidades, este terreno les pertenecia esclusivamente, y apenas se transitaba por él, segun nos aseguró nuestro mayoral, especialmente á la hora en que nosotros pasábamos, sin tener que aflojar el bolsillo y partido con ellos. Dos ó tres cruces, que estendian sus brazos lúgubres, las unas á una vuelta del camino, las otras al pié de una roca, atestiguaban que nada habia de exagerado en la relacion de nuestro mayoral.

Una cosa que vino aun á confirmar

:

su relacion, fué la vista de una luz que apareció de repente á doscientos pasos de nosotros. Preguntamos que significaba aquella luz, y se nos contestó que habia allí un puesto de guardias civiles.

Esta precaucion me hizo dudar algo de la desaparicion total de los ladrones, por cuya razon preparamos las escopetas.

Me apresuro á deciros, señora, que la precaucion fué inútil, y que pasamos el *mal sitio*, como se dice en España, sin el menor accidente.

Teniamos que atravesar una ó dos leguas de llano, y como nos faltaban tres leguas de camino todavía, nuestro mayoral nos invitó á subir al carruage, prometiéndonos, para determinarnos á renunciar á un paseo que nos parecia tan encantador, que haria que sus mulas fuesen al trote, paso que los animales habian resistido obs-

tinadamente adoptar hasta entonces.

Entramos, pues, en nuestros cofres, y como despues de haber subido, el camino, iba bajando, obligándonos el peso del carruage, nuestras mulas tuvieron que tomar por algunos instantes, al menos, el paso que el mayoral nos habia ofrecido en su nombre.

Andubimos dos horas, sin notar, en cuanto lo permitia, sin embargo, la oscura claridad que cae de las estrellas, como dice Corneille, sin notar ningun cambio en el paisaje. Pasadas estas dos horas, nos pareció que atravesábamos una puerta, y que entrábamos en un parque: al mismo tiempo sentimos que nuestra marcha era mas cómoda; andábamos sobre arena.

Marchamos una hora aun, pero subiendo esta vez, y dirigiéndonos hacia algunas luces esparcidas por la

falda de la montaña. Durante una media hora estas luces parecieron huir delante de nosotros como esos fuegos fátuos destinados á estraviar á los viajeros. En fin, oímos resonar un pavimento sólido bajo los piés de las mulas y bajo las ruedas de nuestros carruages. Este ruido fué seguido de un traqueteo que no nos dejó la menor duda. Percibimos á nuestra derecha un grupo de casas silenciosas, sin ventanas, sin puertas y sin techos, presentando, no el aspecto pintoresco de esas ruinas que causa el tiempo, sino el cuadro triste de una obra por concluir. Atravesamos una especie de plaza, tiramos á la derecha, y nos metimos en un callejón sin salida; detuviéronse nuestros carruages, habíamos llegado al término de nuestro viaje.

Al momento nos apeamos, y leímos al resplandor de nuestros faro-

les: *posada de Calisto Burquillos.*

Con gran sorpresa nuestra, todos estaban aun levantados en la posada del susodicho Calisto; de lo cual inferimos que allí pasaba algun gran acontecimiento. No nos equivocamos: dos coches de ingleses habian llegado á la misma posada dos horas antes que nosotros.

Se hacia la cena á los ingleses.

Ah, señora! vos que sois dos veces francesa, puesto que sois parisiense; no os hospedeis en una posada española, cuando se prepara cena á ingleses.

Este preámbulo indica, señora, que fuimos recibidos con mucha frialdad por el señor don Calisto Burquillos, que nos declaró que no habia tiempo para ocuparse ni de nuestra comida, ni del arreglo de nuestros cuartos.

Hay una cosa que yo no admito, y

es, que cuando se escribe sobre una puerta, con el objeto de atraer á los viajeros: *posada de Calisto Burguillos*, se tenga el derecho de poner á la puerta de la calle á los viajeros atraídos por este rótulo.

Me contenté, pues, con inclinarme políticamente ante la impolítica del señor Calisto Burguillos y llamé á Giraud.

—Mi querido amigo, le dije, hay cinco escopetas en el carruaje, contando con la carabina de Desbarolles. Que Desbarolles se arme con su carabina, armaos vosotros con vuestras escopetas, y venid á calentarlas al fuego de la chimenea. Si se os pregunta que por qué haceis eso, responderéis que temeis no se os constipen vuestras escopetas.

—Comprendo, respondió Giraud, encaminándose hácia la puerta y haciendo señas á Alejandro, Maquet,

Desbarolles y Achard para que le siguiesen.

—Ahora, Boulanger, continué; tú que tienes un carácter conciliador, haz que te acompañe don Diego, y vete con ese juez de paz en busca de cuatro dormitorios ó dos grandes.

—Bien, dijo Boulanger, y salió á su vez con don Diego.

El señor Calisto Burguillos había seguido con la vista toda la escena.

—Bueno, ya se van esos franceses, dijo á su muger con una especie de interjeccion.

Esa especie de interjeccion no es muy cortés, señora, pero sea como quiera el caso es que con ella se nos saluda desde que entramos en España. En verdad, ignoro si la reputacion que tenemos en este bello pais nos está bien merecida; pero lo que sí es, que por lo menos es universal.

Don Calisto no me habia visto, no.



culto como yo estaba por la campana de la chimenea. Su muger le indicó aquel sitio.

Dejó su hornillo y vino bácia mí.

—Qué busca usted ahí? me preguntó.

—Busco unas parrillas.

—Para qué?

—Para hacer unas chuletas.

—Tiene usted, pues, chuletas?

—No, pero vos las teneis.

—Dónde?

—Allí.

Y señalé un cuarto de carnero colgado en un rincon de la chimenea.

—Esas chuletas son para los ingleses, y no para usted.

—Os engañais, esas chuletas son para nosotros y no para los ingleses. Acabais de subirles doce chuletas en una fuente y esto es bastante; las chuletas que les habeis subido, son su parte; las que quedan son la nuestra.

—Las que quedan son para su almuerzo de mañana.

—Las que quedan son para cenar nosotros esta noche.

—Sí?

—Sí.

—Já! já! já!

—Mi querido amigo, díje á Giraud que entró con su escopeta en la mano, seguido de Desbarolles, de Maquet, de Achard y de Alejandro armados tambien; mi querido amigo, ahí teneis al señor Calisto Burguillos que ha tenido la bondad de cedernos ese cuarto de carnero. Dáme tu escopeta; pregunta el precio.

—Cuánto es ese cuarto de carnero! preguntó luego Giraud.

—Dos duros, respondió Burguillos, mirando á nuestras escopetas al mismo tiempo que á su cuarto de carnero.

—Dá tres, Giraud.

Giraud sacó tres duros de su bolsillo y al tiempo de sacarlos, dejó caer cinco ó seis onzas.

La señora Calisto Burguillos abrió unos ojos avarientos y terribles.

Giraud guardó las cinco ó seis onzas, y dió los tres duros al posadero.

Este se los entregó á su mujer, que me pareció por cierto que ocupaba en la casa una posicion distinguida.

Giraud cogió el carnero, le destrozó con una agilidad que hacia honor á sus conocimientos anatómicos, salpicó las chuletas con una cantidad suficiente de pimenton y sal, y las colocó delicadamente sobre las parrillas que yo le presentaba; despues puso estas sobre un monton de carbones encendidos, artisticamente preparados por Achard.

Las primeras gotas de grasa alzaron luego su chillido sobre las ascuas.

—Ahora, continué yo, ofrezcad el brazo á la señora Calisto Burguillos, y rogadla que os conduzca al sitio en donde tiene las patatas; si de poso hallais algunos huevos, introducidlos en el morral; por todo el camino, idla preguntando por su padre, por su madre, por sus hijos en fin; esto la lisongeará y os irá proporcionando poco á poco su intimidad.

Desbarolles se aproximó, con el gibus en la mano, á nuestra patrona, que un poco blanda ya por el contacto de los duros, se dignó aceptar su brazo.

Ambos desaparecieron por una puerta que parecia sepultarse en las entrañas de la tierra.

Boulanger y don Diego volvieron á aparecer al mismo tiempo por la puerta opuesta. Habian dirigido sus pasos bácia el polo Austral, en seguida habian encontrado los vientos allí.

sios, que los habian lanzado á un corredor, en el estremo de este habian descubierto una larga habitacion, que podia contener ocho lechos.

Boulanger, como hombre de juicio, habia guardado la llave de esta habitacion en su bolsillo y me la traia.

Las chuletas seguan adelante en tanto; yo pedí una sarten y una cazuela.

Achard se apoderó de la una y Giraud se hizo con la otra.

El señor Calisto Burguillos nos miraba con sorpresa; pero era solo y nosotros ocho, y no tenia mas medio de defensa contra cinco escopetas que un cucharón. Habia tenido un instante la idea de llamar á los ingleses á su socorro, mas era bastante instruido, y se acordaba de que en la guerra de la independencia, los espa-

ñoles habian sufrido mas daños de parte de sus aliados, los ingleses, que de la de los franceses sus enemigos.

Decidióse, pues, á tenerlos por huéspedes únicamente.

Desbarolles volvió luego; traia los bolsillos llenos de patatas y el morral de huevos.

Achard corria con la comision de cascar los huevos y batirlos, Giraud la de limpiar y cortar las patatas.

Desbarolles debia continuar en su semi-matrimonio con la señora Burguillos, hasta que una mesa con ocho cubiertos fuese colocada en un rincón cualquiera del cuarto.

Desbarolles se sacrificó por fin, salió con ella y al cabo de un cuarto de hora entró diciendo:

—Ea, la mesa está puesta.

Diez minutos despues, las chuletas estaban ya, las patatas, la tortilla,

todo; en este momento, señora, la cocina de don Calisto Burguillos, presentaba un curioso espectáculo.

Alejandro Dumas, vuestro servidor, con un abanico en cada mano, animaba por medio de una ventilacion sostenida, el carbon, sobre el cual se elevaban las parrillas que sostenian parte de nuestra cena.

Giraud mondaba una segunda edicion de patatas destinada á suceder á la primera.

Don Diego, hacia como que leia su breviario; Maquet, tenia la sarten del mango, Achard hacia acopio de pimenton; Desbarolles descansaba. Boulanger helado desde su correria á las altas latitudes, se calentaba.

Alejandro, fiel á su especialidad, dormia.

Por último el señor Burguillos se entontecia mas y mas al aspecto de la intervencion francesa, no viendo á su

móger, que hacia señas, á través de los vidrios de su ventana, á Desbarolles, indicándole que faltaba alguna cosa de las mas importantes en la mesa.

Felizmente, yo velaba por el señor Calisto. Envié á Desbarolles á su deber; diez minutos despues, rodeá-bamos todos una mesa sobre la cual humecaban doce chuletas, dos pirámides de patatas, y una inmensa tortilla.

Esta vista nos regocijó de tal manera, señora, que no pudimos menos de echarnos á reir á carcajadas; Burguillos entró al ruido, detrás de él las dos ó tres mariposas de la posada, y últimamente, aparecieron allá en la oscuridad los rostros asombrados de nuestros ingleses.

Yo aproveché la presencia de la señora Burguillos para introducir en la mano de Desbarolles la llave del cuarto.



—Vamos, señor intérprete, le dije; otro sacrificio mas; levantaos de la mesa, haced que nos preparen las camas; se os guardará vuestra parte, y á vuestra vuelta la sociedad, como Roma á Cesar, os votará una corona de laureles.

Una hora despues, estábamos acostados todos sobre el santo suelo; una cama española; es decir, dos banquillos y un colchon encima de las cuatro tablas colocadas sobre ellos, dominaban en medio del dormitorio. La sociedad reconocida cediósela á Desbarolles, sin perjuicio de su corona de laurel.



---

Aranjuez 23 de octubre.



os habeis dejado, señora, dispuestos para la marcha; figuraos á vuestros amigos escalonados en una calle pendiente, rápida; están á la puerta de la fonda de los caballeros; del otro lado de la calle, tienen ante sí el alcázar de los antiguos reyes de Toledo, hoy cuartel, teñido del mas bello color de hoja seca que puede tomar la piedra calentada durante

;

seis siglos por un sol de cuarenta y cinco grados. A la derecha, es decir, en lo alto de la montaña, (la estremidad derecha de nuestra calle, merece este nombre) los muros de este viejo palacio, se pintan en el fondo de un cielo azulado; á la izquierda, y como si quisiera ocultarse á nuestras miradas, ofrece su aspecto la parte inferior de la ciudad, con sus tejados rojizos, sus campanarios agudos; en fin, por detrás de la ciudad, se dilata una llanura roja que vá á perderse en lontananza en un horizonte violeta.

Delante de mí está el mayoral, que me presenta con el sombrero en la mano una cuenta de los ciento cincuenta francos que yo no le debo todavía; pero que le deberé cuando nos haya vuelto *sanos y salvos* á Aranjuez. Esta cuenta, ya procura él que sea lo mas considerable posible,

*atendidos los grandes gastos que ha hecho*, (son sus palabras.)

Saco mi bolsillo que contiene unas veinte onzas, y le doy una.

El coche está ante nuestros ojos, cargado con nuestros baules; Giraud acaba de asegurar con un nuevo cordel la cesta de las provisiones, á la cual está abandonada la imperial entera; Maquet y Boulanger ponen las escopetas en lo interior del carruaje; Desbarolles desea conservar su carabina; don Diego y Achard fuman, Alejandro compra granadas magníficas, y busca sitio en que colocarlas, porque el coche no le dá absolutamente mas que para sus seis viajeros.

El zagal está teniendo las dos mulas de silla.

Un ingles aguarda á que yo concluya con el zagal para despedirse de mí.

—Y quién es él? me preguntareis, señora.

—Es un caballero de cincuenta á cincuenta y cinco años, de hermosa cabeza, de maneras elegantes, que posee en fin, toda la cortesía de los ingleses corteses. Ha venido á España, como se vá á todas partes, con su silla de posta, pero en Madrid se ha visto precisado á abandonarla atendiendo á que en el camino de Toledo, se ha encontrado sin ella. Por lo que yo le he hallado en diligencia.

Mi inglés, señora, habia contado todavía con otra cosa; habia contado con que comeria bien, y se engañaba; como todos los hombres de fina organizacion, era comedor: y hé aquí que despues de entrar en España, cuando ya á penas comia, en el primer almuerzo que tuvimos juntos, probó una de esas ensaladas de huevos duros y limones que yo os decia.

Desde este momento, ha vuelto á la vida; agarróseme como el náufra-  
go á la tabla salvadora.

En Toledo almorzó, comió conmi-  
go; solo á estas horas siente una cosa  
y es tener que separarse de mí.

Por esta precision, me ha pregun-  
tado á que partes me dirijo, para u-  
nírseme en cualquiera de ellas; me  
ha dado sus señas en Lóndres y en  
las Indias Orientales.

Así que todo quedó arreglado,  
partimos. Entonces vimos con la luz  
del dia aquella rambla escarpada,  
que solo de noche habíamos visto, y  
que baja desde el Miradero hasta la  
orilla del Tajo, pasa el puente de  
Alcántara y á través de la rojiza lla-  
nura, se dibuja como un liston de  
polvo, siguiendo por un cuarto de le-  
gua, las mismas sinuosidades del rio.

Todo era pintoresco en torno nues-  
tro; las ruinas de un antiguo moli-

no se levantaban junto á aquel que iba rompiendo sus olas con terrible estruendo en las peñas de su cauce. Las lavanderas con los mas pintorescos trajes, lavaban su ropa bajo el arco del puente, y dos cosas raras en España, el viento y los árboles se habian reunido como para decirnos «adíos.»

Seguimos durante algun tiempo una larga calle de árboles, que alimenta la frescura emanada del Tajo, que disminuye á medida que se aleja del rio, y que acaba por desaparecer, para dar lugar á una llanura en la que, á escepcion de la línea trazada por el Tajo, no se ven mas que algunos chaparros humildes y mezquinos.

Al cabo de una hora de camino, poco mas ó menos, la noche descendió sobre la tierra batiendo sus alas en la inmensidad de ambos horizontes.

Estaba llena de calma y de pureza. Las lluvias que hacia dos dias inundaban á Madrid, habian cesado para no volver mas.

El coche rodaba lentamente por un camino de arena; Giraud y Achard hacian lo posible por adelantarnos, pero sus dos mulas como fieles compañeras, no querian separarse de sus nuevas amigas y mas acostumbradas al tiro que á la silla, venian á colocarse á la cabeza de nuestro carruaje.

Este era por supuesto aquel coche verde y amarillo de que ya os he hablado.

Marchamos así unas dos horas; la noche habia cerrado. El cielo, siempre azul, estaba sembrado todo de brillantes estrellas.

De repente, vimos en el horizonte estinguidas, ó mas bien oscurecidas estas estrellas por una linea sombría, que iba emblanqueciendo á medida



que nos aproximábamos; por fin reconocimos en ella una casa acompañada de una especie de granja.

La granja no tenía techo; sin duda buscándole, le habían encontrado en el suelo.

A través de las ventanas de esta granja, ventanas sin cristales y sin maderas, se veía el cielo como una cortina bordada de oro.

Examinada desde lejos, la granja nos había parecido de buen agüero; nos proporcionaba un abrigo, sino muy caliente, al menos lleno de espacio y de libertad.

Pero de cerca, nuestras esperanzas comenzaron á tornarse temores. No había medio de acostarse entre semejantes ruinas, mas valía dormir al raso, al menos de esta manera se evitaba el peligro inminente de morir víctima de un cascotazo y sobre todo la vecindad de los ratones.

Quedaba todavía la casa , pero parecia demasiado pequeña para ocho viajeros.

Es verdad que esta casa se presentaba á nuestros ojos, bajo las apariencias mas hospitalarias ; salian por las rendijas de las contraventanas y por las aberturas de la puerta , algunos rayos de una luz bastante viva , que provenian de una iluminacion interior cualquiera.

La esperanza engañadora nos decia en voz baja al oido que esta iluminacion era la de la cocina.

A medida que nos aproximábamos, el oido se unia á la vista para calmarnos totalmente. Alegres sonos llegaban hasta nosotros ; eran los de una guitarra á que acompañaban las castañuelas y la pandereta. Habia fiesta en Villa-Mejor.

—Bueno ! dijo Alejandro , no solo vamos á tener cena y cama , sino

danza y diversion. Desbarolles, saltad á tierra, ofreced mis respetos á la señora de la casa, y decidles en el mejor español que os sea posible, que la invito para la primera.

Las mulas se pararon, el coche siguió su ejemplo, y nos acercamos.

La casa, vista mas de cerca, perdía ya su aspecto hospitalario; las puertas estaban cerradas como las de una fortaleza, y la ausencia de todo ser viviente en el umbral, y en las inmediaciones, daba á aquella casa tan poblada, tan alegre, tan llena de ruido por dentro, y tan desierta, tan triste y silenciosa por fuera, un aspecto extraño y desconsolador.

El mayoral recibió orden de llamar á la puerta.

Nadie respondió.

Alejandro cogió una piedra é iba á dispararla contra la puerta, cuando

le detuvo Desbarolles, diciendo:

Tened! conozco las costumbres españolas; primero hareis la puerta pedazos, que logreis que os abran hasta que acabe el fandango. Un español no se mueve por nada mientras baila, duerme ó fuma.

Desbarolles tenia entre nosotros la autoridad de Calchas; Alejandro soltó la piedra; todos esperamos.

Desbarolles tenia profetizado bien: á penas el ruido de las castañuelas cesó, á penas la pandereta dejó de oírse, cuando la puerta se abrió.

Esta puerta daba á un corredor. A la mitad de él habia dos puertas paralelas. La una daba á una cocina, alumbrada por tres ó cuatro lámparas y por una enorme chimenea. La otra, la de la derecha, á un cuarto sombrío y húmedo, alumbrado únicamente por una lamparilla.

El cuarto de la izquierda era el sa-

lon de baile, el de la derecha el de los refrescos.

El hombre que salió á abrirnos, sin inquietarse en manera alguna, volvió á entrar en la sala de baile.

La música volvió á empezar; el baile tambien, con todo ese afán con que los españoles se ponen á bailar.

Entramos; en Francia, á una aparición tan inesperada, todos se hubieran vuelto inmediatamente, vos la primera, señora. En Villa-Mejor no sucedió tal cosa.

Habia, entre espectadores y danzantes, de cuarenta á cincuenta personas en aquella cocina.

Dos ó tres de ellas eran notables entre todas las demas, por cierta elegancia que distinguia su traje, y cierta resolucion impresa en sus facciones; esta resolucion, esta *firmeza de fisonomía*, es la gran belleza de los pueblos del Mediodia.

Uno ú dos de los otros, se apoyaban sobre sus escopetas, y sin buscar de ningun modo la posicion, estaban en una, la mas académica que puede elegir un modelo.

El interés del espectáculo nos llamó desde luego la atencion; era sin duda algo para unos hombres que andaban á caza de cosas pintorescas y caprichosas, ballarse en medio de un desierto, cercados por la noche, en una venta aislada y ruinosa, con una semejante sociedad de danzantes de ambos sexos, todos en trages nacionales. Madrid, la encantadora villa, pero la villa civilizada, ha comenzado á proscribir lo pintoresco como debe hacer toda poblacion civilizada que sabe su estado de capital. Vanamente habiamos allí buscado lo que aquí hallábamos, por consiguiente:

Cuando algun espectador tenia ne-

cesidad de tomar alguna cosa, se separaba de los demás, y pasaba por entre nosotros sin mirarnos siquiera.

—No así nosotros; advertíamos que todos los que salían se iban agrupando al rededor de nuestro mayoral, en el rincón mas sombrío de la sala de los refrescos, y allí parecia que trataban de una importante cuestion.

—El mayoral se llegó á poco á nosotros y nos dijo señores, vamos de aquí; las mulas tienen frio.

—¿Cómo?... vamos á partir?...

—Sí.

—¿No estamos en Villa-Mejor?

—Tambien.

—Pues entonces!

—Desbarolles, amigo mio, esclamé yo, deslizaos por entre esa multitud, acercaos á la dueña de la casa, sentaos junto á ella, sed elocuente como siempre, amable y seductor como en la posada del Escorial...

Desbarolles, con la sonrisa en los labios, atravesó por entre aquella multitud.

Un instante despues, se hallaba de pié apoyado contra la pared delante de la patrona.

La conversacion parecia animarse á cada momento.

Nosotros no podiamos ver el rostro de Desbarolles que nos tornaba la espalda, pero veiamos el de la mujer, que por cierto no nos auguraba nada bueno.

Desbarolles volvió dentro de un rato á unírse nos, y advertimos con espanto que su fisonomía confirmaba nuestros pasados temores.

La sonrisa habia desaparecido de sus labios.

Venia con las orejas bajas.

—Y bien! qué hay? pregunté.

—Hay.... que nos tenemos que marchar.

II.

4.



—Es posible!

—No hay mas remedio.

—No tienen aquí camas ni cena?....

—Sí; pero con el baile este...

—Hé aquí toda una posadera española! dijo Giraud. Oh Cataluña hospitalaria! yo te estoy reconocido!

—Pero..... de veras, vamos á partir?...

—Bien se vé que no lleváis en España mas! que ocho ó diez días!

—Señores, dijo el mayoral, vámonos.

—Pero contábamos con dormir y cenar aquí...

—No habíamos contado con la huéspeda.... ni con los huéspedes.

—Si tú le propusieses á la dueña de la casa hacer su retrato....

Giraud meneó la cabeza.

—Cuando los españoles bailan, dijo, no hay que hacerles proposición alguna.

—De modo...

Yo miraba á Giraud y á Desbarolles.

—De modo... que nos vamos.

—Y á qué distancia estamos de Aranjuez?..... pregunté al mayoral.

—Muy cerca; á dos leguas.

—Cuánto tiempo necesitas para andarlas?

—Tres horas.

—Yo te doy cuatro; pero si dentro de estas cuatro horas no nos hallamos en Aranjuez...

—Bien, señor, contestó el mayoral.

Yo me volví hácia Desbarolles y Girand.

—No podremos ya alcanzar nada?..

—Los posaderos españoles llevan por divisa esta sentencia de Sila: Yo puedo cambiar mis designios; pero mis fallos son como los del destino, no cambian jamás.

—Ea, al coche! insistió el mayoral.

—Mas, qué diablo! que se nos dé al menos un vaso de vino. No dirán que no lo tienen.

—Eso es distinto! dijo el mayoral y entrando de nuevo en la venta, de donde ya todos habíamos salido, volvió á poco con una jarra en una mano y un vaso en la otra.

—A la hospitalidad española! dije yo levantando mi vaso y bebiendo el primero.

Este brindis fue repetido por mis siete compañeros. Yo noté que don Diego le pronunció mas sarcásticamente, con mas hiel que los demás. Desde que estaba en nuestra compañía se habia en él verificado cierto cambio que tenia algo de francés.

—Vamos; señores; volvió á decir el mayoral, al coche!

Boulanger fijó una ppostrer mirada

en la casa, en donde abandonaba tantos sueños, y entró en el coche despues de D. Diego, que creia que entrando antes, estaria despues mejor colocado. Giraud siguió á Boulanger, Desbarolles á Giraud y Maquet á Desbarolles.

Maquet representaba entre nosotros la abnegacion; D. Diego el egoismo.

Achard, Alejandro y yo íbamos en mulas.

Al fin partimos.

Mas veo, señora, que mi carta se vá haciendo demasiado larga, proseguiré en otra y os contaré cosas terribles; preparaos.

---

---

Aranjuez 25 de octubre.



DETRÁS de nosotros el coche se puso en camino, á su vez, iluminado por un solo farol colocado en medio de la imperial, á manera de dije.

Por lo demás la luna creciente, se elevaba poco á poco, arrojando una dulce y encantadora claridad sobre el paisaje.

Este paisaje era casi medroso por lo grande.

A nuestra derecha, se limitaba por

montecillos alfombrados de céspedes espinosos, en medio de los cuales se veían acá y acullá, brillar grandes lagos de arena.

A nuestra izquierda, se extendía desmesuradamente, y la vista no podía sondear la profundidad del horizonte.

Unicamente, á mil pasos de nosotros, una hilera de árboles que resaltaba sobre el paisaje por su sombra mas densa, indicaba el curso del Tajo.

De sitio en sitio, se descubria una parte del rio que, semejante á un espejo, enviaba á la luna los rayos que de ella recibia.

Delante de nosotros, el camino se extendia arenoso y amarillo, como una cinta de cuero.

De vez en cuando, las mulas se separaban del camino para dejar á derecha é izquierda, un precipicio á

flor de tierra, una quebrada impre-  
vista, cuya boca habia quedado abier-  
ta de resultas de algun terremoto ol-  
vidado.

De vez en cuando tambien, vol-  
viamos la cabeza y veiamos á tres-  
cientos, á cuatrocientos y á quinien-  
tos pasos detrás de nosotros, porque  
caminábamos mas á prisa que ella,  
brillar como un fuego fátuo la luz  
del coche, retardado por la arena,  
en la que se hundian hasta el tercio  
sus ruedas.

Pasamos una pequeña colina, y  
perdimos de vista el coche.

Continuamos nuestro camino.

Despues de media hora de marcha,  
la mula de Alejandro hizo un brusco  
movimiento á la derecha. Una grieta,  
continuacion de un precipicio,  
estaba abierta en el camino, del cual  
cogia una tercera parte, poco mas ó  
menos.

Por lo demás, no fijamos mucho la atención en esta grieta y seguimos marchando.

Anduvimos tres cuartos de hora aun, siempre riendo, hablando y no pensando de ningún modo en cosa formal ninguna.

Sin embargo, yo había vuelto la cabeza cinco ó seis veces, sorprendiéndome de no percibir el famoso farol, incrustado como el ojo de un cíclope, en la frente de nuestro coche.

En fin, me paré.

—Señores, dije, preciso es que haya sucedido algún percance, hace tres cuartos de hora que todo me ha desaparecido. Yo creo que sería muy conveniente detenernos.

Detuvimos haciendo encabritarse á las mulas.

La luna estaba admirablemente serena; no se oía ningún ruido en a-



quellas vastas llanuras, sino el lejano ladrido de un perro despierto en algun cortijo aislado.

Las mulas agitaban sus orejas con inquietud, como si oyesen alguna cosa que nosotros no percibíamos.

De repente, el viento llevó á nuestros oídos un rumor imperceptible.

Era como el vago eco de una voz humana perdida en el espacio.

—Qué es esto? pregunté.

Sin haber oído nada claramente, Alejandro y Achard habían, sin embargo, notado alguna cosa parecida á un sonido.

Permanecimos inmóviles y silenciosos, como si esperásemos un acontecimiento imprevisto.

Pasáronse algunos segundos, después llegó el mismo rumor á nosotros; pero esta vez mas distinto y mas perceptible. Era como un grito lastimero.

**Pasemos mas atencion.**

En fin, oimos claramente mi nombre, pronunciado por una voz que se aproximaba siempre.

—Já! já! á vos es á quien llaman: dijo Achard.

—Son nuestros amigos, replicó Alejandro.

—Vereis, dije á mi vez, tratando de reirme aun; como han sido detenidos por los seis bandoleros del duque de Osuna, que los habrán prohibido gritar, y ahí teneis la razon porque nos llaman.

Oyóse un nuevo grito, pero mas distinto aun esta vez que las otras dos.

—No hay duda, á quien llaman es á mí, señores, dije; avancemos hácia el sitio de donde ha salido la voz.

Alejandro y yo picamos nuestras mulas, á fin de hacerlas andar lo mas posible.

Achard nos siguió, sacudiéndolas con un bastón.

A penas habíamos andado diez pasos, cuando oímos la misma voz que nos llamaba, pero esta vez con un acento de dolor que no podía confundirse con otro.

—A prisa, á prisa, dije, tratando de hacer galopar á mi mula; por fuerza ha sucedido alguna cosa; respondámosles, respondámosles.

Pusimos nuestras manos en forma de embudo, y dimos á nuestra vez tres gritos.

Pero nos daba el viento de cara: el viento llevó nuestra voz detrás de nosotros.

Oyóse otra vez aun el mismo grito; interrumpido, trémulo, y lanzado como por una voz estinguida.

Un escalofrío se apoderó de nuestro corazón.

Tratamos de contestar por segun-

da voz, pero comprendimos que seria en vano, siéndonos contrario el viento.

Por otra parte, la misma voz continuaba llamando con el mismo acento quejumbroso y de fatiga; con la circunstancia de que se iba aproximando á nosotros de una manera sensible. Era evidente que la persona que gritaba venia al mismo tiempo hácia nosotros con toda la velocidad de su carrera.

Habia algo de espantoso en aquel grito que se renovaba de diez en diez segundos con el mismo tono.

Arreamos á nuestras mulas.

La voz se acercaba notablemente.

—Es la voz de Giraud; dijo Archard.

Sabíamos que Giraud no se movia fácilmente, y conociendo que efectivamente era él quien nos llamaba de aquella manera, concebimos

una inquietud mayor que si hubiera sido otro.

Corrimos aun unos diez minutos; en fin, al través de la oscuridad trasparente de aquella bella noche, principiamos á distinguir, en lo claro del camino, una sombra que venia hácia nosotros.

Esta sombra, como el divino Mercurio, parecia tener alas en los talones.

Reconocimos bien pronto el perfil de Giraud, así como habíamos conocido su voz.

—Qué hay? exclamamos los tres al mismo tiempo.

—Ah! sois vos! contestó Giraud esforzándose; sois vos, por fin!

Y se acercó á nosotros jadeando, fatigado, pronto á caer rendido, y colocándolo, para sostenerse, una mano en el hombro de Aebard y otra sobre el pescuezo de mi mula.

—¿Qué hay? repetimos.

—Pero nuestro pobre amigo había hecho para reunirse á nosotros tales esfuerzos; que no podía ya hablar.

En fin, pasado un instante:

—Lo que hay, dijo, es que el coche ha volcado.

—¿Dónde?

—En un precipicio.

—Dios mío! No habrá sucedido ninguna desgracia?

—No, por milagro.

Un movimiento de egoismo agitó mi corazón; volví los ojos en torno mio para ver si estaba allí Alejandro.

—Y es eso todo? pregunté, porque otro pensamiento se presentó súbitamente á mi imaginación.

—Eso es lo que no puedo deciros, contestó Giraud; temo que no sea eso todo, por cuya razón he venido corriendo á buscaros.

—Entonces, montad en mi mula, y yo iré á pié, dijo Alejandro.

—No, porque me resfriaría.

—Pues en marcha, en marcha, dije.

Y tomamos el camino por donde habíamos venido, con toda la rapidez de que eran capaces la Carbonera y la Capitana.

Durante esta vuelta, traté de hacer hablar á Giraud; pero se contentaba con responder á todas mis preguntas:

—Ya verás, ya verás.

El *ya verás* no quería decir nada; era evidente que Giraud trataba de sorprendernos con algun efecto.

Anduvimos cosa de media hora; y nos admirabamos de haber caminado tanto.

En fin, vimos al llegar á lo alto del montecillo de que ya he hablado, una luz que se agitaba á doscientos

pasos de nosotros, y al rededor de esta luz, sombras que se agitaban tambien, aunque de diferente manera, que la luz que las iluminaba.

Picamos por última vez á nuestras mulas y llegamos al teatro del accidente.

—Ah! sois vos! exclamaron nuestros amigos: vive Dios que nos hemos escapado de buena!

Lancé una ojeada en torno mio.

—Y Desbarolles, pregunté, y Boulanger, dónde estan?

Los dos sacaron la cabeza por la portezuela del coche, diciendo:

—Aquí, aquí estamos.

Se ocupaban de salvar los equipajes.

Maquet recibia los efectos con sus manos y los colocaba en tierra.

El zagal y el mayoral deseuganchaban las mulas retenidas aun por los tiros.

II.

5



Don Diego estaba sentado al borde de la hondonada, quejándose de tener hundidas una infinidad de costillas.

—Ahora, dijo Giraud, contempla el paisaje.

Y me condujo al borde del precipicio.

Retrocedí un paso, y sentí mi frente bañada de un sudor frío.

—Oh! sí; es un milagro! respondí.

Habían volcado en esta quebrada, que ya nos había indicado la mula de Alejandro, separándose de ella instantivamente.

Una roca que salía de la tierra, como un solo y único diente que ha quedado en una mandíbula gigantesca, les había detenido en su caída.

La imperial del carruaje, completamente trastornada, pesaba sobre la roca.

A no ser por ella, todos hubieran caído precipitados á un abismo de cien piés de profundidad.

Achard y Alejandro se habian, por su parte, aproximado al precipicio, y el mismo vértigo se habia apoderado de ellos que de mí.

—Pero, en fin, pregunté volviéndome hácia Maquet, cómo ha sucedido todo esto?

—Preguntádselo á Giraud; por mi parte no puedo hablar cuatro palabras de seguida; me ahogo.

—Cuando pienso que soy yo quien lo ha arreglado todo! dijo Giraud.

—Cómo tú?

—Yo tenia la cabeza sobre su pecho.

—Sin contar con que don Diego tenia el pié sobre mi cuello, dijo Maquet.

—Pero, en fin, cómo sucedió esto?

:

—Oh! con la mayor facilidad del mundo. Nosotros platicábamos acerca de hechos de guerra y de amor, como dice Mr. Annibal de Coconnas. Desbarolles dormía; don Diego roncaba. Yo me preparaba dulcemente á tocar con un dedo la nariz de Desbarolles, cuando el carruaje se inclina....

—Oye! yo creo que vamos á dar un vuelco, dijo Boulanger.

—Yo creo que volcamos, añade Maquet.

—Yo creo que hemos volcado, digo yo.

En efecto, el carruaje se habia acostado muellemente sobre el costado.

De repente, como si se hallase mal en esta posicion, dió la vuelta del otro lado, en el que la tierra cedia bajo nuestro peso.

Aquí el negocio varió de aspecto;

estábamos cabeza abajo y con los piés arriba, incrustados en medio de los cuchillos de caza, de las escopetas, con Maquet debajo, yo sobre Maquet y don Diego sobre mí.

El todo estaba embutido en Boulanger y Desbarolles.

—Calma, señores, dijo Boulanger; creo que estamos en un precipicio, que yo iba á mirar cuando el carruaje principió su evolucion; cuantos menos movimientos hagamos, tantas mas probabilidades tenemos de salir bien.

El consejo era bueno, y le seguimos. Solamente Maquet dijo con la sangre fria que le caracteriza:

—Haced lo que mas convenga; pero no olvideis que me ahogo, y que si esto dura cinco minutos solo, muero.

Tú comprendes el efecto de la recomendacion. Desbarolles, de re-

mente despertado, y el único que se mantuvo en pié, en verdad; no puede negarse que hay un Dios para los dormilones. Desbarolles llamó á gritos al mayoral diciéndole que abriese.

El mayoral se ocupaba en quitar los tiros á las mulas, por cuyo motivo no se cuidó de nosotros mas que si no existiéramos.

—Abrid, gritó Desbarolles, ó rompo la portezuela.

Al oír un golpe entendió y abrió.

Desbarolles salió el primero, con la carabina en la mano.

Esto nos dió algún tiempo, y don Diego pudo quitar su pié del cuello de Maquet.

Maquet se aprovechó tambien para renovar el aire de sus pulmones.

Una vez fuera Desbarolles tiró por don Diego, quien, despues de mil esfuerzos se halló cerca, y en sal-

vo., al lado de Desbarolles.

Entonces nos apresuramos, y Boulanger principió, á su vez, su ascension.

Tratábase ahora de volvernos á mí y á Maquet que estaba casi sin conocimiento.

Con la ayuda de Boulanger y de Desbarolles, subí; en cuanto á don Diego habia ido á sentarse donde ahora está.

Faltaba Maquet. Maquet era el mas estropeado de todos nosotros, y el que tambien estaba mas furioso; resultando de aquí que lo primero que hizo cuando se vió de pié, fué echarse sobre el mayoral y sacudirle algunos puñetazos.

Bravo, Maquet! exclamé; sois de mi escuela. Veo que os habeis incomodado como si él tuviese culpa!

—Estudiad las localidades, dijo Maquet, y juzgareis por vos mismo.

—En efecto, echando una mirada al camino, el accidente, suponiéndole resultado de la casualidad, era incomprensible.

La grieta atajaba el camino; era imposible que el zagal, que conducia las mulas por la brida, no hubiese visto el precipicio, puesto que lo habia costeadado y puesto que habia debido necesariamente separar á las mulas para que no cayesen en él.

Despues un hecho vino á complicar este accidente. A penas se bajó el mayoral de su asiento, habia quitado el farol y lo habia apagado.

Esto previno á Maquet; cesó de sacudir al mayoral, le cogió por el cuello y le llevó hácia el abismo.

El mayoral creyó llegada su última hora, y se resistía con todas sus fuerzas. Pero Maquet tiene buenos puños y, á pesar de su resistencia, el mayoral á fuerza de culatazos, se en-

contró bien pronto al borde del abismo.

Se puso lívido.

—Si usted quiere matarme, matéme pronto, dijo cerrando los ojos.

Si hubiese resistido mas, se hubiera perdido probablemente. Esta humildad conmovió á Maquet, que le dejó.

—Ahora, dijo soltándole, es necesario avisar á Dumas. Hasta ahora no hemos pasado aun del principio de la funcion. Un hombre de buena voluntad que haya conservado libres sus piernas y sus pulmones, un hombre para buscar á Dumas!

—Yo me ofrezco, dijo Giraud.

Y partió.

Vos sabeis lo demás, ó mas bien no sabeis nada aun, señora, porque el resto descendia en aquel momento de una pequeña montaña, que se destacaba vigorosamente en el horizonte



y que la luna iluminaba con resplandores de plata.

Este horizonte estaba muy cerca de nosotros.

—Mirad, exclamé, un grupo de hombres, y estendí la mano hacia los que venian.

—Tres, cuatro, cinco, seis, siete, contó Giraud.

En aquel momento, el cañon de una carabina reflejó en un rayo de la luna, que despues de haber brillado, desapareció como un relámpago.

—Bueno! vienen armados! esto vá á ser divertido.

—A las escopetas! señores, á las escopetas! dije en voz baja, pero tan inteligible, sin embargo, que en un momento estuvimos todos armados.

Achard, que no tenia escopeta, se apoderó de un cuchillo de caza.

Entonces recordamos que las escopetas no estaban cargadas.

Los hombres se hallaban aun á cien pasos de nosotros, se les podia contar, eran siete.

—Señores, dije, nos quedan tres minutos, esto es, el tiempo necesario para cargar tres veces: calma, y carguemos.

Todos se agruparon al rededor de mí. Desbarolles, el único cuya carabina estaba pronta á hacer fuego, se mantenía á cuatro pasos delante nosotros.

Alejandro estaba á mis piés, buscando cartuchos en su *necessaire* de vestir, y era el único cuya escopeta requería cartucho.

Todas las demás se cargaban con baqueta.

Los hombres estaban á diez pasos de nosotros cuando acabé de cargar.

Al punto hice sonar el resorte del gatillo.

A este ruido, que tan bien se oye

en semejante circunstancia y cuya significacion no es nunca dudosa, se detuvieron.

Alejandro habia hecho ya otro tanto; Maquet, que acabó el tercero, siguió nuestro ejemplo.

Nos encontrábamos con diez tiros para defendernos. Tres de los nuestros eran cazadores y no hubieran seguramente errado el tiro á la distancia en que nos encontrábamos de los hombres aquellos.

—Ahora, dije á Desbarolles, señor intérprete jurado, hacedme el favor de preguntar á esos caballeros que se les ofrece, indicándoles que el primero que avance un paso mas, será hombre muerto.

Entonces, sea inocentemente, sea con malicia, el mayoral á quien habiamos obligado á que encendiese su farol, lo dejó caer á sus piés.

Durante este tiempo, Desbarolles

traducía al español las palabras que le había encargado dirigiese á aquellos señores.

—Perfectamente, dije, cuando hubo concluido y cuando vimos que la traduccion había producido su efecto. Ahora decid al mayoral que queremos ver claro, y por consiguiente no es este el momento de apagar su farol por segunda vez.

El mayoral comprendió sin que hubiese necesidad de traducirle nada y se apresuró á recoger el farol.

Hubo un momento de silencio solemne; estábamos divididos en dos grupos que se unían entre sí por medio de Desbarolles, colocado á cuatro pasos de nosotros y á quince de nuestros adversarios y manteniéndose en la posición de un centinela que reconoce á una patrulla.

El grupo español estaba en la sombra, el nuestro, al contrario, se ha-

llaba iluminado por el trémulo farol. La luz que de él salía, hacia brillar los cañones de las escopetas y la hoja de los cuchillos de monte.

—Ahora, Desbarolles, continué, preguntad á esos señores á que buena fortuna debemos el honor de su visita.

Desbarolles tradujo mi pregunta.

—Venimos para socorrer á ustedes, contestó el que parecia gefe de la banda.

—Oh! esto es encantador! respondí, pero cómo han sabido esos señores que tenemos necesidad de socorros, cuando ni el mayoral ni el zagal se han separado de nosotros?

—Es verdad, dijo Desbarolles.

Y reprodujo mi pregunta, en castellano.

Era difícil responder á ella; así es que nuestros oficiosos batidores nocturnos, no respondieron.

—Papá. dijo Alejandro, tengo una idea. Seria gracioso que robásemos á esos señores !

—Este pequeño Dumas, tiene una soberbia imaginacion, dijo Giraud.

—A fé mia, dijo Achard, en vez de gastar tiempo en valde, seria mejor abrirles en canal.

—Sabeis de lo que se trata? continuó Desbarolles.

Nuestros hombres no contestaron nada; estaban atolondrados.

—Se trata de abriros en canal, si inmediatamente no tomáis el camino.

Esta declaracion produjo cierta turbacion en nuestros adversarios.

—Pero, exclamó el gefe, si no venimos con mala intencion.... todo lo contrario.

—Qué quereis! nosotros tenemos el alma muy mal hecha; y no queremos que nadie nos auxilie sino cuando lo pedimos.

Hicieron un movimiento como de retirada.

—Caballeros, dijo el mayoral, permiten ustedes que esos señores me ayuden á levantar el coche.

—Nada mas justo; pero que esperen á que hayamos partido.

—Dónde?

—Al otro lado de la cuesta.

El mayoral les habló algunas palabras en español.

—Está bien; nos alejamos.

Despues añadieron el sacramental:

—*Vaya usted, con Dios.*

Y desaparecieron detrás de la colina.

—Vamos, dijo Giraud poniendo en tierra su carabina, hé aquí una escena que me servirá para hacer mi primer cuadro.

---

---

Jaén 7 de noviembre de 1846.



parador de la Costuera! ó  
preciosa reunion de Manoe-  
li! ó deseada casa, cuyos  
frios cuartos nos parecieron  
tan dulces, cuyas flacas pollas nos  
parecieron tan tiernas! célebre para-  
dor, á quien yo prometeria una in-  
mortalidad semejante á la que don  
Quijote dió á *La* (1) *Puerto Lapice*, si

---

(1) Vease el original francés.

Cuantas palabras y locuciones castellanas  
copiadas fielmente de este, carezcan de la  
precisa exactitud gramatical, iran en letra  
bastardilla.

II.

6



fuese un Cervantes, parador en quien tambien balló cabida, en su lugar correspondiente por supuesto, nuestro famoso coche verde y amarillo descascarado por las peñas del precipicio de Villa-Mejor.

Que tu memoria quede en la de mis compañeros como ha quedado en la mia!

No creais, señora, que esta es una de esas invocaciones poéticas destinadas á abrir un canto de alguna iliada cómica. No ciertamente: es la expresion de un sentimiento de gratitud, que mi corazon dificilmente podria sofocar. En efecto, así como en ciertos momentos se halla uno atado, por decirlo así, á aquellos sitios que le han visto sufrir, por qué no ha de venerar aquellos otros que le han visto respirar despues del infortunio?

El parador de la Costuera es uno de estos últimos sitios, porque jamás

viajeros entraron allí tan hambrientos, tan cansados, tan asendereados como nosotros. A pesar de aquella famosa escena nocturna con los dos arrieros, á pesar de mi disputa con el mayoral del coche verde y amarillo, disputa en que el digno alcalde hizo valer mi buen derecho con un fallo digno del rey Salomón, á pesar del sol de oro de la fuente del palacio, á pesar de las lavanderas del Tajo y las estatuas del puente, á pesar de todo, señora, es tan singular el hombre! yo, y quizás todo esto había influido en ello, había amado á esa triste villa de Aranjuez, donde habíamos encontrado el parador de la Costanera, es decir: pan, vino, camas y venganza.

Ya os he dicho como habíamos abandonado todo esto, y como nos habíamos acomodado lo mejor posible para dormir, pues nos hallábamos

:

sumamente necesitados de sueño.

Pero ay! compadeceos de nosotros; á pesar de cuantas precauciones oportunas tomamos, estaba escrito! no debíamos dormir.

Nosotros ignorábamos que los carruages en España no se aventuran de noche en los caminos reales, ó mejor dicho, que no se aventuran mas que desde las tres de la mañana hasta las diez de la noche.

Habíamos partido ya para aquel hermoso pais de las mentiras que se llama sueño, cuando se nos despertó anunciándonos que íbamos á ballar lecho y cena en Ocaña.

El nombre me admiró.

Yo recordaba haber visto en mi niñez unas figuras iluminadas por un grosero pincel, y representaban por cierto la batalla de Ocaña, ganada ó perdida, no me acuerdo bien, por su magestad el emperador y rey, ó uno

de sus generales. El emperador ó el general estendia en primer plan un enorme brazo armado de una larga espada, ó sable; su ejército estaba formado todo en una fila, y pintado de una sola pincelada, de negro las gorras de pelo, de azul las casacas y de blanco los pantalones.

Los españoles eran todos amarillos.

En el fondo se veia la ciudad.

Estos recuerdos que me trasladaban á mi primera edad, impidieron que murmurase contra el mayoral que me despertaba.

Con nosotros se apearon tres viajeros cubiertos hasta los ojos por las capas y los sombreros.

—Bueno! dijo Alejandro, hé aquí tres originales! Giraud, saca el lapiz y disponte...

—Deben de ser gentes muy sociales, dijo Boulanger.

En tanto íbamos siguiendo los pasos de los tres, que entraron en una habitacion larga, fria y desnuda, en medio de la cual, ó con mas exactitud, dentro de la cual, una mesa colossal parecia llamar á sí cuando menos á cien viajeros.

Es verdad que sobre esta mesa no habia otra cosa mas que tenedores, cuchillos, garrafas llenas de agua, destinadas sin duda á reflejar la luz de una débil lámpara que ardia en medio de aquella gigantesca plattform.

Así que invadimos la sala, el mozo avisado por el ruido, entró.

Llevaba una especie de casaca de color de tabaco y un pantalon amarillo; sus cabellos eran de un blanco verdoso. Como yo no he visto nunca cabellos semejantes, creí que pertenecian á una peluca fantástica, de capricho. Sus piernas temblaban como

dos juncos bajo el peso de su cuerpo; su cara estaba arrugada como una naranja de un año. Edad..... era imposible aplicar ninguna á esta figura, de que Hoffmann hubiera hecho, á haberla visto alguna vez, uno de sus mas fantásticos personajes.

Hizonos con la mano una graciosa señal, para indicarnos que tomásemos asiento.

—Oh! oh! exclamaron Giraud y Boulanger, á quien, como buen pintor, habia chocado al instante nuestro mozo.

—Ah! ah! exclamó Alejandro.

—Señores, dije yo á media voz, fiel á mi eterno papel de conciliador, hénos ya de lleno en España; no riamos, os suplico, de cosas que nos parecen estrañas á nosotros, y que sin embargo, son muy naturales; yo creo que los primitivos habitantes del mundo, debieron llevar un casa-

quin y unos pantalones amarillos, en nada desemejantes de los del mozo.

En este momento, uno de los españoles alzó la cabeza, y viendo al mozo, soltó la carcajada.

—Hola, Jocrisse, dijo.

—Ah! buenos dias, Brunet, dijo el segundo. Has tomado carta de naturaleza en España, grande hombre?

—Vereis, dijo el tercero, como vamos á ver entrar todavía á Potier, á quien creen muerto, y que habrá dejado su ingrato pais viendo el éxito de los *saltimbanquis*.

Los tres españoles eran:

El primero, un francés de la calle Sainte-Appoline, que venia viajando por una casa de comercio de la calle Montmartre.

El segundo, un italiano naturalizado en Francia.

Y el tercero; un español nacido en

Vaugirard, que hacia su primer viaje á España.

Eramos pues nueve viajeros, siete franceses, una cuarta parte de francés y un francés á medias.

De modo, que en un segundo, de silenciosos nos volvimos alborotadores, de reservados indiscretos.

Preciso es confesarlo, señora, la cena de Ocaña, escusaba esta transición. Componíase de una sopa azafrañada, un poco de vaca, y un pollo tísico, á cuya derecha brillaba uno de esos platos de garbanzos, de los que ya he tenido el honor de hablaros; á cuya izquierda humeaba un plato de coles, de las que no os hablaré ciertamente.

La cena terminaba con una de esas ensaladas imposibles y que nadan en el agua; cuando estos diferentes objetos hubieron desaparecido, yo me volví hácia el mozo.



—Con qué es decir que no hay mas?... pregunté.

—Nada, señores, nada, respondió.

—Y cuánto importa esta excelente cena?...

—Tres pesetas, señor, respondió Jocrisse.

Pagamos pues las tres pesetas.

—De buena gana comeria alguna cosa mas, dijo Alejandro.

—Señores, dijo el francés de la calle Sainte-Appoline: en uno de los bolsos del cupé, traigo un pato que mi patron en Madrid, sugeto bastante avisado, me ha metido en él en el momento en que nos despediamos.

—Y yo, señores, dije, traigo en la imperial de la diligencia una cesta... vamos, Giraud, es inútil que me desaos pisotones por debajo de la mesa, he dicho que traigo una cesta.... que

contiene un jamon de Granada, tres botellas de aceite, una de vinagre y dos de cerveza, sin contar las salchichas, aceitunas y otros comestibles que.... Giraud, amigo mio, tú que eres comisario general de los víveres....

Giraud lanzó un suspiro.

—Sino, irá Desbarolles, añadí:

—No, yo iré; diablo! conozco demasiado á Desbarolles; es tan distraído, que seria capaz de comerse el jamon en el camino.

—Desbarolles no contestó nada á esta acusacion.

—Y yo, dijo el viajero de la calle Sainte-Appoliue, voy á buscar mi pato.

Ambos salieron; un momento despues aparecieron trayendo cada uno lo que le correspondia.

—Oh! exclamamos nosotros á una reparando en el pato, está asado!

—Asado; se nos contestó.

Preciso es deciros, señora, que el asador es un instrumento desconocido en España. En el diccionario se encuentra esta palabra, pero sin que pruebe esto mas que la gran riqueza de la lengua española.

En Madrid, habia recorrido yo, con el diccionario en la mano, todas las tiendas de fierro, pero en ninguna parte habia encontrado asador alguno. Tres ó cuatro de sus dueños mas letrados, conocian la palabra; uno de ellos que habia viajado mas, recordaba haber visto uno en Burdeos.

—Hay aquí algun asador? pregunté.

—No, pero hay una espada, una verdadera daga de Toledo.

—Sea bien venida la espada, como lo ha sido el pato.

En un instante el desgraciado pato

fue destrozado y devorado sin piedad.

Inmediatamente, el jamon, las salchichas, la cerbeza, el aceite y el vinagre, cosas por las que habia Giraud arriesgado tan generosamente su vida cuando la catástrofe de Villa-Mejor, aparecieron sobre la mesa con admiracion del mozo de los pantalones amarillos.

En seguida nos dirigimos á nuestras camas, es decir, á las que con este nombre nos señalaron, para dar al sueño el tiempo que ya era suyo.

Pero en el momento en que íbamos á entregarnos en sus brazos, Jocrisse apareció... Pronto! pronto! señores! dijo.

—Por qué, pronto?

—La diligencia de Granada espera.

Todos nos volvimos hácia Maquet. Vos sabeis, señora, que Maquet u-

nia á sus funciones de ecónomo, plaza esencialmente creada para él, las de reló. Quiero decir que ora como los muezzines, pues estaba encargado de anunciarnos en alta voz la hora siempre que se necesitaba.

Conoció al instante lo que esperábamos de él.

—Bah! acabo de dar cuerda á mi reló y no es mas que la una, dijo.

—*Mira! una hora!* dijo Desbarolles.

—*Una hora y media!* respondió el horrible mozo; pronto, pronto, señores!

—Vamos, levantémonos dije yo tristemente.

—Por mi parte, yo no tengo necesidad de levantarme; dijo Giraud; aun no me habia acostado.

—Pues qué hacias?

—Me estaba peinando.

Giraud, señora, tiene un flaco.

Largo tiempo ha estado sin hacer caso, para nada, de sus cabellos y parecia no tener en llevarlos bien peinados y compuestos ningún orgullo. Pero, al fin ha tenido que arreglárselos, y esto le ha inspirado el único sentimiento de fatuidad que yo le he conocido todavía. Pasa en su *toilette* capilar una hora por la mañana y otra por la tarde, gasta, y no cortas cantidades, en pomadas, y roba todos los peines que encuentra por donde pasa.

Diez minutos despues, los mas tardios, estaban en pié. Yo habia dado el ejemplo. En un viaje, la exactitud es casi una virtud, y puedo decir en mi alabanza que el terrible *pronto* de los españoles, y el inexorable *fissa* de los árabes, jamás me ha encontrado poco dispuesto y tardío.

De repente, vimos venir á Maquet

pálido de cólera, é indignacion. Sus cabellos se habian erizado.

—Qué hay? preguntamos todos sin poder obtener una respuesta.

—Hay, respondió al cabo de algun tiempo, que las mulas no estan todavía prontas, que la diligencia duerme en medio del patio muy santamente, que ni el zagal ni el mayoral están levantados, y que lo que nos sucede no es otra cosa que una pillada de ese pícaro infernal de Jocrisse.

—Voy ahora mismo á cortarle las orejas, dijo magestuosamente Desbarolles, abriendo su navaja.

—Cortáselas, dijo Giraud, cortáselas.

Desbarolles habia contado con que nos echaríamos sobre él para detenerle; pero se engañó. Puesto ya por Giraud en el caso de cumplir, de realizar su venganza, no tuvo mas remedio que salir.

Diez minutos despues, volvió á aparecer sin la navaja, la traia en el bolsillo, y con las manos vírgenes de toda especie de orejas.

En vano habia buscado al mozo; el pícaro viejo debió de meterse en algun agujero invisible á los ojos del viajero. Probablemente en aquel momento dormia ese sueño que los malvados han venido á robar al hombre justo.

Voy á esplicaros, señora, la táctica de los mozos de posada españoles:

Los viajeros se acuestan despues de cenar, á las once.

Deben volver á ponerse en camino á las tres.

Para despertarlos á las tres menos cuarto, notad bien esto, seria preciso que el mozo, bien con pantalon amarillo ó de otro color, bien en calzoncillos, se levantara á las tres menos veinticinco minutos.



No lo creéis así, señora?...

El hace sus haciendas del día siguiente desde las once, hasta la media noche. A media noche despierta á los viajeros; en seguida se retira á su aposento ignorado, donde los remordimientos le esperan quizás, pero donde los viajeros no pueden dar con él.

De esta manera, cuenta con cinco horas de reposo, y además con la que ha ganado haciendo sus quehaceres de por la mañana, por la noche: total, seis horas.

—Estó es muy ingenioso, no es verdad?...

Pero, vos me contestareis, las imprecaciones de los viajeros deben forzosamente despertarle.

No tal, le arrullan. Además, como dice y muy bien Desbarólles, los viajeros en España son por lo general franceses, ingleses ó alemanes. De

modo que vierten sus juramentos en su lengua natal, y el mozo no los comprende.

Nosotros nos arrojamos, vestidos aun, unos sobre las camas, otros sobre las sillas, otros, eran los sibaritas de la tropa, se metieron entre las sábanas.

A mas de las dos y media, subimos á la diligencia y dejamos la posada de Ocaña. Una muchacha nos sirvió el chocolate antes de nuestra partida. Este escasísimo consuelo, nos calentó, pero no nos consoló.

Por fin partimos al galope de ocho mulas.

Esta rapidez hubiera sido una compensacion, sino hubiera tenido tanto de afliccion.

En efecto, la velocidad, este placer del viaje, no es tal en todos los caminos. Para probaros que en España no hay tal placer, debo haceros

una descripción de sus caminos, de los carruajes que los sulcan y de la marcha de estos.

En un radio de diez á quince leguas al rededor de Madrid, apresuremonos á reconocerlo, los caminos son transitables, fuera de aquellos días en que la lluvia ha empapado el suelo ó el sol hendido la tierra reseca, y en fin aquellos en que los canteros han trabajado en su restauración; saliendo ya de Arajúez, hay diez leguas francesas de Aranjuez á Madrid, como es natural que tanto el rey como la reina nunca tengan intención de ir mas allá, el cantero descansa en la indulgencia del celador de caminos.

Ah, señora! el único retiro que pido á Dios allá para mis viejos días, es el que me haga cantero en uno de los caminos de España.

El cantero en España no tiene otra

obligacion que ver pasar á los viajeros, cosa sumamente pintoresca.

En sus ratos perdidos, y cuando no hay viajeros que mirar, recoge un número limitado de piedras de un tamaño limitado tambien, y las va echando en una espuerta para llevarlas á las quebraduras del camino y echarlas allí.

Yo creo que por los estatutos establecidos entre los canteros, el número de las piedras debe ser el de doce y su tamaño el de un huevo.

Pues bien, señora! gracias á la rapidez de la marcha, que no permite que el coche ceda á su inclinacion, rara vez sucede algun accidente. Solamente, hay que sufrir fuertes sacudidas, que le hacen saltar á uno sobre su asiento, lo cual es siempre divertido, por verificarse unas diez veces por legua.

Ciertamente yendo al trote, el ma-



yoral evitaria al viajero todos estos saltos y sobresaltos; pero el postillon español, tiene la fama de conducir siempre por el aire á los viajeros y no quiere perderla, así que los árboles huyen, las casas vuelan, los horizontes corren paralelamente al coche como banderolas fantásticas; tras las llanuras pajizas, vienen las montañas azuladas; tras estas otras llanuras limitadas por montañas blancas, espléndidos tapices de terciopelo violeta, sobre los cuales siembra la nieve grandes manchas de plata.

La Mancha es un pais severo.

En medio de sus áridos páramos, vinimos por fin á despertar. Acuérdomeme ahora de D. Quijote, y no podia menos ya de pensar en él; en primer lugar ayer hemos pasado por Tembleque, cuyos molinos de viento parece que aun están desafiando al amante de la bella Dulcinea, en se-



gundo, nos hemos detenido para almorzar en la venta de Quijada, de la que el héroe de Cervantes lleva el nombre; además, hemos comido en puerto *Lapice*, en aquella célebre posada en que el rey de los caballeros andantes encontró á aquellas dos buenas mozas que él tomó por unas señoritas; y que, Dios me perdone, de todo tenían menos de esto.

Destino sin duda es de esta posada verse bonrada siempre por las mas lindas muchachas: dos adorables rostros nos recibieron sonriendo, y no eran todavía, mas que una débil muestra de la hermosura que nos esperaba.

El ama de la casa tenia once hijas; las dos que primero se ofrecieron á nuestros ojos, se llamaban Concha y Dolores.

*Puerto Lapice* es una garganta no poco pintoresca situada entre dos ca-

denas de montañas. La venta de Quijada, no es otra cosa que una especie de castillo casi arruinado, cuyas dos torres angulares, carcomidas por el tiempo, conservan aun una hilera de troneras.

Yo he contado dos ventanas en esta venta. Ambas anuncian un primer piso; otras tres iluminan la sala de abajo. Otra en fin dá á una pequeña habitacion, que quizás fue la destinada para biblioteca de los libros caballerescos, aquellos que el buen cura quemó!...

Mas, vos direis: creéis por dicha en la existencia de D. Quijote? No pensais como los demás que es solo una idealidad? Quién sabe, señora? Muchos de mis personajes que se creen sueños de mi imaginacion, han hablado, han vivido, y hablan y viven todavía, y Cervantes pudo muy bien conocer á D. Quijote, como yo

he conocido á Antony y á Montecristo.

Mientras almorzábamos, el frío nos hizo acordar de una estensa plaza que alumbraba el sol, y al punto corrimos hácia la puerta con la intención de calentarnos en ella un rato.

Pero el zagal y el mayoral estaban ya prontos, y era preciso subir á la diligencia luego; lo que hicimos cambiando algunas señas de despedida, algun adios accionado, con las once hijas de nuestra patrona, las cuales las recibieron con la dignidad de once princesas de las Mil y una noches.

A medida que avanzábamos, las llanuras nos comenzaban á parecer menos áridas, los horizontes menos abrasados. Cualquiera hubiera dicho que, abajo, por detrás de la montaña, se sentía ya venir á la hermosa y alegre Andalucía, con sus castañuelas



en las manos, y su corona de flores en la cabeza.

¡Bien pronto, divisando en torno siempre un hermoso paisaje, entramos en la encantadora villa de Manzanares.

¡Qué alegre, qué risueña vida la de los pueblos del Mediodía, qué ruido no interrumpido de canciones, qué eterna música de guitarras! cada sala baja de las casas está llena de lindas jóvenes, que deshojando la flor del azafran, arrancan sus pistilos, alfombrando el suelo del color de sus llanuras. Sus cabellos son tan negros que casi parecen azules, sus ojos grandes, de terciopelo, su frente de un blanco mate, sus mejillas vivamente encendidas.

Una hora pasamos viendo aquellas manitas jugar rápidamente con los cálices de las flores, mejor diría, entre ellos.

Durante esta hora, entramos en diez ó doce casas; en cada una y cada vez que el intérprete Desbarolles tomaba la palabra, las risas iban poco á poco haciéndose perceptibles, hasta subir á los tonos mas elevados del diapason. Pero en aquellas risas no habia hiel, malicia... además, se perdona tan fácilmente á una bonita boca que rie, y que riendo nos muestra unos lindos dientes!

A aquellas risas se juntaban los epigramas, las ocurrencias, las andaluzadas, como dicen en el pais. Esto era muy natural. Nosotros eramos franceses; quiero decir, nosotros perteneciamos al desgraciado pueblo que los españoles miran como el mas ridículo de todos los pueblos de la tierra.

Los españoles han encontrado el medio de burlarse de nosotros. Qué quereis, señora? esto prueba que

**nosotros somos menos malignos que ellos; nosotros que á pesar de todo, somos los inventores del Vaudeville.**

**Manzanares nos ha ofrecido otro espectáculo mas, el de la improvisacion, que ha elegido sitio, asiento en que colocarse, en la plaza.**

**Se nos ha presentado bajo el aspecto de una pobre ciega de treinta á treinta y cinco años, que distribuye generosamente los cumplimientos y las flores, que indiferentemente habla en latin y en español, y que, yo no soy voto respecto al segundo, pero por lo que respecta al primero, me atreveria á decir que no es absolutamente inadmisibile.**

**Habiamos perdido, ó mas bien ganado, mucho tiempo mirando á las lindas hijas de Manzanares. El mayoral nos reunió en la plaza en el momento en que Giraud iba á empe-**

zar un dibujo de ella y nos previno que íbamos á partir.

Fué preciso obedecer. Por otra parte la improvisadora que nos perseguía con sus versos latino-castellanos, no dejaba de consolarnos del sentimiento de la partida.

Adios, señora; el mayoral nos anuncia que dormiremos esta noche en Valdepeñas. Tanto mejor! así beberemos ese famoso vino cuyo nombre halaga tan agradablemente los oídos españoles.

---

---

Granada 23 de noviembre de 1846



IN embargo, una cosa nos inquietaba; habíamos sabido, al subir al carruage, que una diligencia que se dirigia á Sevilla iba delante de nosotros. Como nosotros, los que iban en esta diligencia, debían cenar en Valdepeñas, y no es seguramente en España en donde mas puede aplicarse este proverbio pitagórico: donde come uno, comen dos.

No era esto un vano rumor; precedían, en efecto, una diligencia atestada de viajeros. Así que, cuando llegamos al parador, encontramos las mesas guarnecidas, sino de manjares, por lo menos de convidados.

Nos repartimos al punto en el parador, lo cual hizo fruncir las cejas á los doce viajeros. Debíamos explorar todo el establecimiento. Después de la exploración el punto general de reunión era el comedor.

Diez minutos después, estábamos todos juntos excepto Alejandro y Desbarolles.

Habia yo descubierto la cocina, y estaba de inteligencia con el jefe.

Giraud habia descubierto la moza y allá se las compuso con ella para el arreglo de las camas.

Boulanger habia descubierto castañas y llenado los bolsillos.

Maquet habia descubierto el cor-

reo, y sabido que no había en Valdepeñas mas cartas para él, que en Madrid y en Toledo.

Alejandro y Desbarolles llegaron. Abriendo las puertas casualmente, habian descubierto otras cosas no menos encantadoras que las que nosotros habiamos descubierto. No os diré, señora, lo que Alejandro y Desbarolles descubrieron; básteos saber solamente que los dos imprudentes se hubieran trasformado en ciervos como Actéon... si no hubiera pasado el tiempo de las metamorfosis.

Restábanos que descubrir un sitio en la mesa. Los primeros que habian llegado, contentos con vernos reunidos, y asegurados por esta reunion de los descubrimientos que podiamos hacer, se apresuraron á estrecharse y á ofrecernos el sitio que deseábamos.

**Principio de la cena.**

No hay que decir que habíamos perdido Valde-peñas.

El primero que probó el licor que se nos sirvió, le escupió inmediatamente bajo la mesa.

—¿Qué es eso? pregunté á Desbarolles.

—Preciso es decirlo, señora, que Desbarolles nos habia estado volviendo la cabeza hacia quince dias, pintándonos las delicias que reservaba á nuestra sensualidad la provincia que atravesábamos.

Desbarolles hizo una señal de cabeza y llamó al *mozo*. El *mozo* acudió:

—¿No tenéis mejor vino que este? le pregunté.

—Si le quiere usted.

—Venga.

El *mozo* desapareció, y cinco minutos despues volvió á entrar con dos botellas en la mano.



—Es este el mejor? preguntó Desbarolles.

—Sí, señor.

—Gustamos ésta; segunda edición. Era revisada, corregida y aumentada; esto es, peor aun que la primera.

—Comenzamos á d'lover imprecaciones sobre Desbarolles y Giraud, que nos habian prometido nectar, mientras que no nos daban ni aun beces.

—Ea, dijo Giraud, levantándose, no andemos con bromas; nosotros hemos prometido á la sociedad vino de Valde-peñas... dónde está? vamos á buscarlo.

—Vamos, dijo Desbarolles, levantándose á su vez, y tomando su carabina.

Salieron los dos.

Diez minutos despues, volvieron, trayendo cada uno por un asa una enorme olla que contenia de unas dos y media á tres azumbres, de un vino

negro y espeso que se dondameñinme-  
diamente en nuestros vasos. Oh mil  
en. Probamos este, que era el legiti-  
mo Valdepeñas, bon bu áspero y es-  
citante sabor. Oh el de Giraudi y Deshanelles habian ido  
á buscarlo á la taberna. No doy por  
vos estos pormenores, señora; vos  
sabíais como todos sabemos,  
con humedecer vuestros labios en un  
vado de agua, por cuyo medio os re-  
frescáis y aplacáis vuestra sed. Pero  
las cartas que tengo el honor de es-  
cribir os están destinadas á tener cier-  
ta publicidad, y es bueno que las per-  
sonas menos materiales que vos se-  
pan, señora, donde se halla ese  
famoso Valdepeñas desconocida en  
las posadas. Este vino espeso y áspero, que  
para los verdaderos bebedores, tiene  
la ventaja de no apagar la sed, osotó  
en nosotros fácilmente el deseo de

encontrar las mejores camas posibles, á fin de confiarlas por espacio de cuatro ó cinco horas nuestras personas estrujadas y doloridas por los bruscos vaibenes de la diligencia.

Esto entraba en la especialidad de Giraud, que habia descubierto la camarera.

Esta camarera era una muchacha de catorce años, tan alta como lo es en Francia una niña de diez. Llevaba trenzados con tan negligente elegancia sus inmensos cabellos negros, lanzaban sus ojos castaños un fuego tan sábiamente combinado con el de los interlocutores, que á la primera mirada llamaba la atención.

En efecto, esta jóven nos obligó á mirarla con mas curiosidad que hubiera podido hacerlo una muger hermosa ó fea.

Acento, sonrisa, postura, todo en ella estaba diciendo: «soy muger»

admiradme ó amadme; pero sobre todo admiradme.

Esta singular criaturilla, á quien nos contentamos con mirar; nos indicó nuestros charcos, preguntándonos si se nos ofrecía algo. Entonces cada uno abrió su *negacaire*, pidió agua fría ó caliente, y principió su *toilette* nocturna. Ya fuese por inocencia, ya por decoro nada inquietó á nuestra muchacha. Continuó en sus quehaceres, cruzándose entre nosotros como una celebrá, comprendiendo y ejecutando nuestros menores deseos, ya verbales, ya mímicos, con una agilidad, una exactitud y una inteligencia prodigiosa.

Persuadidos de que no la veríamos el día siguiente, la dimos dos monedas y la despedimos. A las once y media noche, como habíamos previsto, nos despertó el mozo. Entonces conocimos que esta era una

cática familiar a todos los mozos del mediodía de España; pero no hicimos ningún caso de ella, llamatal, y nos contentamos con responder á la manera de los mozos de las fondas: —Esta bien. Allá vamos.

Ya se deja conocer que á imitación también de los mozos de fondas, no fuimos.

Sabíamos que el coche era nuestro como Luis XIV sabía que el Estado era de él.

A las tres nos fué á despedir el mayoral en persona. Detrás del mayoral marchaba nuestra pequeña sirviente.

—Oh! señores, dijo ella, con el tono mas lastimero que púldon, la patrona me ha visto recibir las monedas que ustedes me han dado, me las ha cojido y me he quedado sin ninguna.

Y todo esto lo dijo, con las manos

suplicantes, los ojos humedecidos, y los cabellos tendidos sobre sus largas palmas morenas. ¡No creíais una palabra de la historia, y sin embargo, la diosa llamada que pedíamos apropiamos.

¡Pobrecilla! ¡Sólo por una moneda prodigas tantas sonrisas, adorables miradas y troces con tus manecitas, tendrás muchas monedas! Ó mas bien no perderás nada de tiempo, tus amables sonrisas y tus miradas humedadas y magnéticas!

Partimos, pasadas dos horas, y él dio naci6 y naciendo nos envió, con su primer soplo, las mas dulces emanaciones que hubiéramos respirado aun.

Todo esto pasaba en Sierra Morena, en la cual íbamos á entrar. Era un compuesto de aromas que arrojan á la brisa las adelfas, las madroñeras de frutos de púrpura y los arbustos

residuos, que hay en esa magnífica cadena de montañas.

El límite de Andalucía está marcado por una columna, llamada la piedra de la Santa Verónica, probablemente porque sobre esta piedra está gravada la cara de Cristo.

En un encuentro entre los carlistas y los cristinos, fue acribillada de balazos la columna, y milagrosamente ninguna de estas balas tocó la cara de Nuestro Señor.

Echamos pié á tierra en *Despeñaperros*. Nada más suave y maravilloso al mismo tiempo, señoras, que el camino que seguíamos.

Por todas partes, como es he dicho, se veían mirtos, lentiscos, madreñeras, esto es, flores, frutos, perfumes. Después, en medio de este inmenso oasis, de vez en cuando, una pobre casa abandonada desde las guerras de 1809 y que vé pasar á los

viajeros con sus ventanas sin marcos, como veria un muerto con órbitas sin pupilas. Entonces se aproxima uno con curiosidad á este esqueleto vacío y silencioso, y se reconoce que á falta del hombre se ha hecho propiedad de las palomas torcaces y otros huéspedes incompatibles al paísero, pero que se acomodan perfectamente ya en el sótano, ya en los paredones.

No podré deciros, señora, cuanto tiempo tardamos en atravesar esta admirable cadena de montañas, tapada en otra época á causa de los ladrones. Lo que únicamente os diré es que llegamos con un excelente apetito á la Carolina, pequeña villa poblada por Carlos III, en la cual debíamos encontrar, según nos aseguraba nuestra Guía de España, el lenguaje, las costumbres y el rígido uso de Alemania, de donde habia



traído Carlos III. Los primeros estrepitosos  
 Nosotras no encontramos mas que  
 cosas de puerta tan baja que al tras-  
 pones el umbral de la que se nos as-  
 fió como posada, por poco se mata  
 Maquet.  
 Desgraciadamente, detrás de es-  
 tas puertas fatales, no hallamos mas  
 que algunas jicaras de chocolate que  
 se nos hizo pagar seis veces mas de  
 su valor.  
 Despues de la Carolina, pasamos  
 por Bailen, ciudad importante y tris-  
 temente célebre por la capitulacion  
 del general Dupont. Allí se rindi-  
 ron 17,000 franceses á 40,000 es-  
 pañoles. Dejaremos á los historiado-  
 res la resolucion de este problema  
 de vergüenza y primera атака dado á  
 la virginidad de la gloria napoleónica.  
 Os diré tambien, señora, que con

una esquisita del tendón, como a-  
cuero ya que periódicos españoles,  
ha abierto en sus columnas una sus-  
cripción, durante la permanencia de  
los príncipes franceses en Madrid,  
para erijir un monumento al vencedor  
de Bailen.

De este modo, como el vencedor  
de Bailen, tiene ya el gran cordon  
de la legion de honor, se ve á la par  
honrado por los españoles y por los  
franceses.

Por la tarde, á los rayos del sol  
poniente, nos acercamos á Jaén y anti-  
gaa capital del reino del mismo  
nombre. Aproximándonos mas, en-  
contramos por primera vez el Gua-  
dalquivir, Qued el Kibir; es decir  
el gran rio. Los moros admirados de  
ver tanta agua á la vez, saludaron al  
rio con esa exclamacion, de la cual  
sus sucesores han formado el nombre  
Guadalquivir.

Jaca es una inmensa montaña, de color leonado. El sol de vorándola, la ha dado ese color de hollín elard, sobre el cual antiguas contrallas árabes destacan sus caprichosas dibujos. La ciudad africana, construida en lo alto, ha descendido poco á poco hasta la llanura, las calles principian en el primer estribo y van subiendo desde el momento en que se pasa la puerta de Bailen.

Hicimos alto en una posada, en donde no debíamos salir hasta media noche. Mis compañeros se aprovecharon de este intermedio para trepar á lo mas elevado de la montaña. En cuanto á mí, permanecí en la posada; tenia que ocuparme en otra cosa mejor, en escribirlos. Volvieron con ese entusiasmo decisivo de los que quieren inspirar á los otros el entusiasmo de no haber visto lo que ellos.

Vieron, pues, á la luz de los últimos rayos del sol, el magnífico paisaje que acabábamos de recorrer, y, alumbrados con antorchas, la gigantesca catedral que parece querer luchar en masa y elevacion con la montaña que tiene á sus espaldas.

Esta catedral posee entre sus tesoros, los canónigos al menos lo han asegurado así á nuestros compañeros, señora, el lienzo auténtico sobre el cual la Santa Verónica recogió, con el sudor de su pasion, la imagen del rostro de Jesu-Cristo.

A media noche partimos. Parece que la hora de los ladrones varía, según las *Españas*. Vos lo recordareis, señora; en la Mancha salian de media noche á las tres de la madrugada; en Andalucía duermen desde la tres á la media noche.

Por lo demás, se nos dijo que los habia feroces entre Granada y Córdo-

va. No se sabia decirnos el punto fijoen que los encontraríamos, pero cuando nos aproximemos á él lo sabremos. En cuanto á ellos, he prometido que ninguna consideracion nos detendria para robarlos.

Partimos á media noche, sin tener necesidad esta vez de que nos despertase un moso de pantalon amarillo ni una yivaracha camarera, porque no nos acostamos. El mayoral nos ofrecia llegar á Granada el dia siguiente á las siete de la mañana.

El dia siguiente, al abrir los ojos, preguntamos por esa Granada tan prometida, no se la distinguia aun; pero veiamos dibujarse en el horizonte los pintorescos dentellones de Sierra Nevada, la cuya espalda está Granada.

La nieve que cubria estos dentellones, estaba teñida de un admirable color de rosa.

Avanzábamos mas y mas por el seno de una vegetacion africana, dejando á los dos lados del camino gigantescos álces y monstruosos caets. Al lejos, y de cuando en cuando, un palmero de penachos inmóviles, parecia brotar en medio de la llanura como un hijo de otra tierra olvidada por los antiguos conquistadores de Andalucía.

En fin, Granada apareció. Al contrario de las demás ciudades de España, Granada envia algunas de sus casas delante de los viajeros. Una legua antes de llegar á la ciudad. Ni una, se encuentran en el camino, como pages y damas de honor que preceden á su señor, una infinidad de edificios que parecen tomar la llanura misma por jardines; en fin, estas casas se enen, se estrechan, forman una masa compacta, se franquea un cinturón de murallas y se entra en Granada.

Con el bonito nombre de Granada, señora, habéis construido ya en vuestra imaginación una ciudad de la edad media, medio gótica, medio morisca. Ella lanza sus minarets hasta el cielo; ella abre sus puertas en ojivos orientales, y sus rejas treboladas, en calles sombreadas por balcones de brocado. ¡Ay! señora; dad un soplo á ese encantador castillo, y contentaos con la pura y sencilla realidad; la pura y simple verdad es ya bastante bella.

Granada es una ciudad de casas bastante bajas, de calles estrechas y tortuosas; sus ventanas cuadradas y casi siempre sin adornos, están cerradas por balcones de hierro de barras entrecruzadas de tal modo á veces, que costaría trabajo pasar el brazo á través de sus huecos.

Bajo estos balcones suspiran por la noche los enamorados granadinos. De

lo alto de estos balcones oyen las serenatas las bellas andaluzas; porque, no hay que engañarse, nosotros nos hallamos en el corazón de Andalucía, la patria de los Almaviva y de las Rosita, donde todo permanece aun como en tiempos de Figaro y de Suzanne.

Giraud y Desbarolles han cargado con la responsabilidad de nuestro hospedage. Ni uno ni otro creía volver á Granada, así es que han saludado á cada casa con gritos de alegría. El hecho es, señora, que principio á creer que hay una felicidad mayor que la de ver á Granada, la de volverla á ver.

En consecuencia Giraud y Desbarolles nos condujeron á casa de su antiguo huésped, el señor Pepino. Ellos son quienes le han bautizado así. No me preguntéis el por qué, señora; lo ignoro. Este excelente hom-



bre vive en la calle del Silencio. Con compañeros tan alborotadores como nosotros, la calle del Silencio corre mucho peligro de cambiar de nombre.

El señor Pepino tiene *una casa de pupillos*, la cual corresponde á ciertos *hôtels* de los alrededores de la Sorbona, en los cuales se dá de comer y dormir á nuestros estudiantes. Ignoro aun lo que eran los *pupillos* del señor Pepino. Si lo averiguo algun día, señora, tendré el honor de participároslo.

Así que entramos en la casa, pedimos baños. El señor Pepino nos miró con sorpresa, repitiendo: *baños! baños!* como un hombre que no entiende lo que se le quiere decir.

Hemos llevado mas lejos la indiscrecion.

Hemos procedido, en consecuencia, á la instalacion, no pudiendo

proceder á otra cosa. El señor Pepino ha hecho salir á tres ó cuatro *pupillos* y nos ha cedido sus cuartos. Resulta de esta evolucion, que tengo para mí sólo un bonito gabinete desde el cual os escribo. Nuestros compañeros, segun he oido decir, están tambien poco mas ó menos.

Debo deciros señora, que nuestra llegada era conocida. Mr. Monier, creo, que habia escrito con anticipacion. Resulta de aquí que una hora despues de mi llegada, y cuando me preparaba á escribir, he recibido una comision de los redactores del *Capricho*, que me han obsequiado con versos impresos con oro en papel de color. Yo he tomado una simple cuartilla de papel blanco, á falta de otro, y he contestado á su galantería con los diez versos siguientes, que habrán tenido al menos á sus ojos el mérito de la improvisacion, ya que no otro.

## A los Sres. redactores del *Cupricho*.

Pourquoi quand le seigneur eut d'amour et de miel  
Fait Grenade la sœur des deux sieres Castilles,  
A-t-il voulu semer sous ses noires mantilles  
La moitié des rayons qu'il gardait pour son ciel?

Pourquoi donnant jadis la douce serenade  
Aux anciens troubadours chantant les anciens preux,  
Donne-t-il aujour d'hui les poètes beureux  
Qui parfument encore les jardins de Grenade?  
C'est que Dieu n'a créé Grenade et l'Alhambra  
Que pour le jour où Dieu du ciel se lassera.

Preciso es deciros, señora, que he visto aun poco de Granada y nada de la Alhambra. Pero hablo con confianza, seguro, como estoy anticipadamente, de encontrar maravilloso todo esto.

Con nuestros poetas se hallaba el señor conde de Ahumada, que me parece un buen hidalgo; y estoy convencido de que es uno de esos hombres á quien hubiera sentido no ver mas que de paso.

Despues de nuestros poetas y del señor conde de Ahumada se ha presentado uno de nuestros compañeros,

tan españolizado que yo le he creído un español; es un viajero entusiasta que, pasando por Granada con un daguerreotipo, se ha detenido en ella. Ya hace dos años que habita en Granada y no puede decidirse á dejarla.

Circe detenia por la fuerza de sus encantos; Granada por el solo encanto de su sonrisa.

Conturier se llama nuestro compatriota, señora, y se nos ha ofrecido como *cicerone*. Hemos aceptado, y el primer servicio que le exijo es que me acompañe al correo, donde, en cinco minutos, habré echado esta carta, á la que encargo os haga presentes mis afectos.

En seguida, señora, visitaremos el Generalife y la Alhambra.

---

## NOTA DEL EDITOR.

*Aquí terminan las CARTAS SELE-  
TAS de Alejandro Dumas que ha pu-  
blicado La Presse. El Africa se ha  
quedado en el tintero del escritor.  
¡ Cuánto cabe en el tal tintero ! Se co-  
noce que es tan elástico como la con-  
ciencia de monsieur Dumas.*

**DUMAS Y SUS CARTAS SELECTAS,**

**Ó SEA**

**VINDICACION DE ESPAÑA**

**por**

**D. WENCESLAO AYUALS DE IZCO.**



---

## INTRODUCCION.

Pues donde las dan las toman  
y todo títere chilla  
y mil críticos se asoman,  
soltemos la taravilla  
y con su pan se lo coman.



N hora menguada y maldecida hubo de anunciar al público la *Sociedad Literaria* una traduccion de las selectas epístolas que con pluma de avestruz endilgó el aristocrático romancero; pues que tal polvareda levantó en gracia de Dios, que cual



tímidas avecillas temimos ser devorados por el neblí de la prensa periodística. Se nos prodigaron mil piropos desde la aparición del PROSPECTO, porque como los distinguidos literatos no leen, chillaron á pulmon en gáznate contra el infortunado editor, y hasta al periodiquin camaleón antojósele hombrear, dando á la pública luz cuatro donosos regloncitos, flor y nata de la sal española. Plugo á *La Union* trasladar á sus lectores aquel modelo de elocuencia, y entonces fué cuando se nos vino á las mientes dirigir á madama la atenta comunicacion que sigue:

Sres. redactores de *La Union*.

Muy señores míos: en su apreciable periódico del 9 de este mes, (abril), tuvieron ustedes la humerada de copiar unas cuantas líneas del

*Popular*, en que con la donesura peculiar de este acreditado papel, se censuraba el que la *Sociedad Literaria* diese á luz una traduccion de la última produccion de Dumas. Me ref de las lindezas que se me prodigaban y no las consideré merecedoras de contestacion; pero como veo que ahora se han resuelto ustedes á incurrir en el mismo pecado, esto es, á dar por folletin la misma obra, alegando que *no quieren dejar pasar sin correctivo las injurias que nos regala el autor*, espero de su imparcialidad den á conocer al público, que en esta parte están ustedes perfectamente de acuerdo con la *Sociedad Literaria*, pues dijo esta en su prospecto que á las cartas de Dumas seguirá un análisis en que se refutarán los errores, y se dejará en buen lugar el honor nacional, haciendo que *aparezca la verdad en todo su esplendor*.

Es cierto que en el espresado prospecto se prodigaron elogios á Dumas. Creo que esto no debe estrañarse cuando ustedes mismos le dan el título de *primer novelista francés*.

No quiero aventurar todavía mi pobre opinion sobre el mérito literario y la poca consideracion con que pueda tratar á la nacion española el autor francés, hallándose aun esta obra en sus primeros capítulos; pero crean ustedes que nadie podrá aventajar al que esto escribe en el celo y energía con que procurará rechazar cuanto sea ofensivo á nuestra patria etc.

Si ustedes se dignan insertar en su apreciable periódico estas líneas, les quedará agradecido su atento seguro servidor etc.

Si los literatos leyesen, hubiérase á buen seguro contenido la irascibili-

dad de los caritativos censores que laceraron nuestro amor propio con su satírica péñola; pero les perdonamos esta gracia, en gracia de ser españoles, y nos coligamos todos para zurrar la pámpana al escritor franchute y sus conpinches, y venga el espinche, y pinche que te pinche, hasta que desaparezcan tales chinches, ó ancha roncha se les hinche, que de dolor relinchen, ó se mueran de un berrinche, amen.

---

---

## CAPITULO PRIMERO.

---

DONDE LAS DAN LAS TOMAN.



ECILLOS pues á la mar y  
manos á la obra que no es  
cosa del otro jueves el ni-  
quiscocio, ni somos acá tan  
ponchos que nos dejemos cascar las  
liendres sin luengas tornías, ni con-  
sentimos que ningun *hombre de paja*  
ó monigote nos pise el rabo, señor

marqués de LA PAILLETERIE. Si su merced porque es *Monsieur* y porque es marqués, se ha creído con derecho á zaherir impunemente á la nacion del DOS DE MAYO, se ha equivocado su merced gabacha, de un modo solemne, porque acá no se sufren las pulgas del Sena, y en diciendo ;*á ese!* todo vicho estrangero que se insolenta contra la patria del Cid suele hallar la horma de su zapato....

y ha de escuchar, por mi vida  
 verdades de tomo y lomo,  
 y ha de quedar como *Écce-Homo*  
 con la osamenta molida,  
 sin saber cuando ni como.

El dramaturgo de los puñales y de los venenos ha querido echarla de bufonzuelo, y ha hecho como Lucas-Gomez, con perdon sea dicho. Ha ensartado sandeces sobre gazapas, quedándose como en un pilori á la

pública vergüenza, según espresion del licenciado Palomeque. El tagarote mas tartajoso no hablára con mayor torpeza de nuestras cosas, ni borrajeára con tan raquítrico magín el fárrago de las cartas selectas que acaba de dar á luz el célebre farandulero y dedicar á su hermosa Dulcinea del Toboso. Mi gallina ha puesto un huevo, y ese huero, y sin embargo cacarea que se desgañita.

Antojósele al buen marqués de la *Palleterie*, hacer el retrato de *España y Africa* en un mismo cuadro, como quien dice: «tan bárbaros son los españoles como los africanos» y de este modo ha empezado el transpirináico marqués á insultarnos desde el título de su insípido aborto, como si fuésemos por acá gentualla de toda broza que nos dejásemos macular de cualquiera gatallon de allende.

Magnífico será sin duda un retrato debido á los mágicos pinceles del célebre *Monsieur*; pero es el caso que en nada se parece al original, y se nos ocurre que al autor se le ha trasconejado de la cholla precisamente la idea mas esencial, pues nada hubiérale costado imitar el ejemplo de aquel famoso pintor, que al pié de un gallo que acababa de dibujar puso con letras gordas: *Este es un gallo*, sin duda para que los inteligentes no fuesen á creer que era algun puerco-espin ó camello pardal. Volvamos á *monsieur* Dumas ya que hablamos de camellos: *monsieur* Dumas debia haber puesto al fin de las *cartas selectas* que se refieren á nuestras costumbres: **ESTA ES ESPAÑA**, porque de otro modo creerán los lectores hallarse en un país en que todos son salvages menos el señor don Mariaño Roca de Togores, á quien el se-



ñor marqués rompe la crisma con su incensario hasta hacerle saltar la sangre por las gertas.

Preciso es confesar que tenia *chispa* el buen franchute cuando escribió sus decantadas epístolas... pero ¡qué *chispa*, loado sea Dios!

¡ Sobre que el pícaro nene  
es de escritores ejemplo,  
y se conoce que tiene  
una chispa como un templo!

Por ellas hemos sabido cosas ignoradas del mas lince, como el que Bayona pertenece á España, y otras de extraordinario y universal interés, verbigracia, que un tal *monsieur* Boulanger es mal ginete, que *monsieur* Giraud es un Heliogábalo y que *monsieur* Desbarolles es un manso cordero que se deja aplastar las narices. «Giraud, señora, (Dice Dumas) no parece sino que tiene en sí

algo que se despierta cuando Desbarolles se duerme. Así que esto último sucede, Giraud se aproxima, le pone el pulgar sobre la nariz y apoya hasta que la nariz desaparece, enteramente sepultada entre el mostacho. Ordinariamente cuando la nariz ha llegado á este punto de compresion, Desbarolles despierta, pronto á reñir con el insolente que se toma tales libertades con un órgano á quien él constantemente ha prohibido el tabaco para conservarle su elegancia nativa. Mas así que reconoce á Giraud, sonrie con aquella buena y angelical sonrisa que no he visto en otros lábios que los suyos, veinte años hace que se tratan ambos; Giraud habrá hecho un millon de veces la consabida operacion, un millon de veces tambien se ha sonreido Desbarolles de la manera bondadosa que os he dicho...» Pero si creyó *monsieur Ale-*

:

jandro que los españoles somos de igual pasta, se equivocó torpemente, que acá no permitimos á ningún títere campar de garulla. Vengan en hora buena él y toda la gazapina de sus compinches á enseñar las habilidades de sus monos y sus micos, vengan á que baile el oso al son del organillo. Todo lo que sea hacer el oso les sienta bien á ciertos hijos del Sena; pero de ningún modo toleramos que se nos suban á las barbas los que vienen á mendigar gaza-fia y compasion, á estañar nuestros calderos, á limpiar nuestras chime-neas y á dar lustre á nuestras botas puestos de hinojos á nuestros piés. A buen seguro que no habrá visto en su vida *monsieur* Dumas á ningún español ejercer en Francia tan degradantes oficios. ¿Y esto por qué?

Porque limpios como el sol  
conservamos nuestros fueros,

y no se humilla á estrangeros  
el libre pueblo español.

Qué nos importa á nosotros que Mr. Monier saliese á recibirle en pañetes, esto es, en mangas de camisa y calzoncillos? Si cree el autor de las epístolas grangearse con el relato de estas lindezas el título de escritor jocoso, yerra el camino, porque las vaciedades solo semejan donosuras á los tontos y demás gente de gallarúza.

Añade Mr. Dumas que no se come en Madrid, es decir, que los españoles vivimos del aire como el camaleón, así es que no hay en la corte de España cocineros, y los estrangeros á quienes aprieta la gazuza y que á pesar de sus progresos en la ilustración no han descubierto aun el busilis de vivir sin manducar, tienen que condimentarse el alimento por sus propias manos pecadoras, y si el

señor marqués de la *Pailleterie* no fuese un sábio universal, hubiérase muerto de hambre en España; pero como el célebre romancero sirve lo mismo para escribir una novela que para hacer un fricandó, ó asar una pierna de cabrito con trufas, encasquetóse su gorro de algodón, ciñó su correspondiente mandil y aderezó un gerricote que trascendía.

Empuñando la sarten  
condimentó un rico pisto,  
en menos de un santiamen  
el autor del Monte-Cristo.

Después de haber asegurado el bueno de don Alejandro que los descendientes de Padilla no comen, dice luego que toman chocolate en dedos: solo faltaba para completar su pensamiento sublime, que hubiese añadido: «los sastres se ponen una

gícará en el dedo para coser.» Vive Dios que tienen perendengues los chistes de los gabachos!

Añade *monsieur* Dumas con su piquito de oro y esa gracia y esa sal que por todas partes chorrean sus nunca bien ponderadas epístolas, que los sombreros de sus compañeros de viaje no habian podido soportar *el sol africano de Barcelona y Murcia*, y se habian aplastado; pero como en España se carece de sombrereros lo mismo que de cocineros, añade que Desbarolles tuvo la ocurrencia de llevar el suyo á componer en casa de un relojero. ¡Qué ocurrencias tan felices tienen los franceses! ¡Qué talento! ¡Qué ilustracion!

Animales hay en Flandes;  
pero en Francia son mas grandes.

Para no verse en otro chasco el

marqués de la *Pailleterie* y toda su euchi-panda, tuvieron nada menos que adoptar el traje español, que segun nuestro amable apologista, consiste en sombrero calañés, chaquetilla bordada con alamares, faja encarnada, calzon corto, botin y capa andaluza; por manera que todos los que en España no llevan este traje son rusos ó musulmanes, y cuando se les rompe la levita ó el pantalon, tienen que llevarlo á componer en casa de algun ebanista, así como llevó Mr. Desbarrolles á casa del relojero su sombrero gibus.

Dumas estaria bueno  
con su gigantesca facha!  
No es para gente gabacha  
el traje de macareno.

Tambien tiene alma la otra ocurrencia de afirmar de un modo grave y solemne que el duque de Osuna es

propietario de siete ladrones, con quienes supone Dumas que junta meriendas; pero semejante zangamanga no debe estrañarse en quien temia ser asaltado por los bandidos en medio de las calles de Madrid á las doce del dia.

Dumas y sus satélites soñaban siempre en ladrones para justificar acaso cierto proverbio, que por lo manoseado no queremos repetir. Lo cierto es que por confesion del mismo Dumas, *Giraud que robaba todos los peines que encontraba por donde pasaba* (véase la página 95 de este tomo, línea 11) merecia toda la severidad con que castigan las leyes á los LADRONES DOMÉSTICOS, que son los de peor condicion entre todos los ladrones, ¿Y Alejandrillo el digno hijo de su padre, que todo queria tirar al degüello? A lo menos Desbarrolles contentábase con abrir su na-



vaja y correr á guisa de asesino para cortar las orejas á un prógimo, que tuvo la caridad de avisarles que iba á partir la diligencia; pero Alejandrino aspiraba al título de *estrangulador* cuando menos, después de su inclinacion al robo de las gavetas de su padre, segun confesion del mismo, en la segunda epístola en que dice: *es corto de lengua y largo de manos... se burla de mí.... siempre está pronto á robarme mi bolsillo.* (Véase tomo 1.º página 43 las cuatro últimas líneas). El criadito Pablo es tambien una alhaja, cuyo menor defecto era el emborracharse. (Véase la línea 2.ª del folio 55 tomo primero). Si todos los franceses tuviesen semejantes inclinaciones y tan finos modales como los señores Dumas y comparsa, no hay duda que podrian con razon hacer alarde de marchar al frente de la civilizacion europea, entendiéndola

como Mr. Dumas en razon esclusiva  
y directa con los progresos de la co-  
cina.

Dicen que los franchutes  
son unos bolos;  
mas para asar chuletas  
se pintan solos.

¡ Vivan las plumas.  
con que escribe sandeces  
el señor Dumas !

Y ¡ ay ! jaleo, jaleo, jaleo,  
que cuando escribo la pluma meneo.

Felicísimo está , sobre todo , el  
bueno del marqués de nuevo cuño  
y luce de lo lindo su inagotable gra-  
cia en la descripcion de las corridas  
de toros.

Con qué salero se chungá !  
Don Alejandro es alhaja !...  
ni un andaluz le aventaja  
en gracejo ni en sandunga.

En primer lugar, y no hay que tomarlo á pulla, distingue con el nombre de toreros únicamente á los espadas, porque cree á buen seguro *monsieur* Dumas que los demás lidiadores son volatines; así dice «*pica-dores, chulos, banderilleros y TOREROS, estaban vestidos con maravilloso lujo.*» Pero donde anda el franchute muy acertado es en el retrato que hace de Cúchares: asegura muy formalote que es hombre de treinta y seis á cuarenta años, cuando solo fri-sa en los veinte y ocho, que es delgado, y precisamente es rechoncho. ¿No hay por aquí una casa de Ora-tes?

Porque, amigos, está visto,  
si se reflexiona un poco,  
que se nos ha vuelto loco  
el autor del Monte-Cristo.

Sin duda para probar nuestra bar-

barie, dice Dumas que vitoreamos á los toros que hacen mayores estragos. Vive Dios que el bueno de don Alejandro no repara en pelillos cuando se trata de mentir. Jamás en ninguna plaza de España se han dado vivas á los toros, lo que se aplaude es el valor y la destreza de los lidiadores.

La estravagancia de Mr. Dumas llega al extremo de asegurar que una vez que el toro hirió á un picador *el circo aplaudió frenéticamente*: los gritos de ¡Bravo, toro! no cesaban. Algunas voces mas entusiastas, le llamaban *guapo mozo, querido toro.....*

Calle esa lengua, gabacho,  
que me hace salir de quicio.  
Si no has perdido tu juicio  
vive Dios que estás.....

Apuesto un ojo de la cara, á que todos mis lectores adivinan el piropo

que omito. ¿Y qué significa esto? Que es justísima la calificación, toda vez que el insigne farandulero no repara en tiquis miquis cuando se trata de calumniarnos, ni hay remoque de que no haga uso villano en nuestro desdoro.

Entrométese en zarzas y matorrales, vaga de aquí para allí por zancas y por barrancas sin mas afán que zampuzarnos en el zafareche de sus imposturas; justo y muy justo es que nos tomemos en consecuencia la mas cumplida revancha sin que tenga el trufaldin derecho alguno á gazmiarse de la zurribanda que provoca.

Ya que el escritor mordaz  
nos reta á sangrienta riña,  
de todo tendrá la viña,  
uvas, pámpanos y agraz.



---

## CAPITULO ÚLTIMO.

---

### ESPAÑA Y SUS DETRACTORES.



emos usado hasta aquí de un estilo festivo si bien sarcástico y punzante contra el novelista francés, porque hemos creído que no merecían grave y formal refutación los sandios absurdos é insignes falsedades que con inaudita avilantez estampa en sus menguadas epístolas. La ingratitude y ridícula mala fé que destellan todas sus líneas escitan mas bien nuestra risa y desprecio que nuestra indignacion; pero cuando

consideramos que mintiendo su autor á la faz del mundo, asegura que su gobierno le confió la honorífica mision de estudiar nuestros hábitos y costumbres para describir el estado moral de nuestro pais, el estravagante proceder de Mr. Dumas se hace de todo punto inescusable y criminal, probando hasta la evidencia la perversidad de corazon del cruento escritor que se huelga en aglomerar en sus novelas horribles espectaculos de sangre, en que rara vez triunfa la inocencia, y en que las mas desenfrenadas pasiones y feroces alardes, alternando con licenciosas escenas de escándalo y prostitucion, quedan impunes como para alentar innobles sentimientos de ruin venganza, de oprobio y de inmoralidad. Este sí que es un instinto verdaderamente salvaje y brutal, que no solo asesina al bello ideal de la buena li-

literatura, sino que pervierte el gusto de los lectores y coloca en estado de vergonzosa decadencia á esa nacion que admira y aplaude las patibularias y repugnantes escenas del poeta frenético, que vaga sin brújula por el océano de los horrores, divinizando á los reyes, entonando himnos de alabanza á sus crímenes y prodigando insultos, al pueblo trabajador.

El digno trovador de los palacios, el apologista de la aristocrácia, no se contenta con albergar en su pecho tan bastardas inclinaciones, sino que entre ellas, huélgase en hacer alarde de su inaudita ingratitud, de esa passion crapulosa que jamás hizo palpar á los corazones generosos, á las almas grandes y elevadas que aspiran á granjearse encumbrada nombradía y ceñir los hermosos laureles de la inmortalidad.

¿Cómo se atreve el villano estran-

II.

11



jero á calumniar á esta nacion magnánima, después de los constantes obsequios que recibió de la sociedad española? Alejandro Dumas fué acogido en España, como suele acoger esta nacion generosa y benéfica á cuantos extranjeros pisan su hospitalario recinto. Personas ilustradas prodigáronle benévolas y cordiales distinciones, porque así entendemos los principios de civilizacion y urbanidad *nosotros los salvages de España*, los que en el concepto del famoso escritor estamos al nivel de los africanos.

Esperábase que un hombre de talento, emisario del mismo trono, nos haria justicia vengando á la España de los groseros insultos con que la mala fé é ignorancia de imbéciles ó malvados extranjeros han hecho cundir por otros paises gravísimas preocupaciones, chavacaños absurdos y

errores inauditos para amancillar el carácter español; pero en breve han quedado desvanecidas estas bellas ilusiones, y hemos visto con asombro al hombre que pretende grangearse el título de *Príncipe de los escritores*, inventar falsías, escribir sandeces, fulminar calumnias contra la nación que acababa de prodigarle generosas atenciones. Si es esta la ilustración de la Francia, bien hace *monsieur Dumas* en poner la España á la altura del Africa, porque en tal caso preferimos mil veces parecernos á los africanos que á los franceses.

*Monsieur Dumas* que como asqueroso reptil se arrastra siempre no solo en rededor de los personajes de régia estirpe, sino que lame los piés de encumbrados palaciegos, habrá querido sin duda rendir su homenaje de estúpida adulación al osado ministro que á la faz de Europa ca-

lificó de *brutales* los *instintos* de los españoles. ¿Cómo había de elogiar Dumas á un pueblo que tan bárbaramente había sido tratado por el primer diplomático francés?

Y mientras Dumas zurcía de falsedades su libelo, mientras soñaba á todas horas en los bandidos que pudieran asaltarle por las calles de Madrid, los periódicos franceses relataban el reciente robo verificado en Francia, de una crecida cantidad que conducía una diligencia, candaes del mismo gobierno, que con toda su sabiduría y sagacidad no ha descubierto aun á los ladrones franceses, y ha quedado impune este horrible atentado.

¿Y cómo se atreve un escritor monárquico á zaherir á la España solo por balagar al ministro de su rey? ¿Cómo se atreve á decir que los españoles adolecemos de *instintos bru-*

~~tales~~ el gobierno de una nación, en donde, organizados los asesinos y regicidas, apenas pasa un año sin que el mortífero plomo amague la vida del monarca?

Sepan pues Mr. Guizot y Mr. Dumas, sepan Mr. Gautier y Mr. Beauvoir, sepan Mr. Achard y Mr. Janin, y cuantos se han saboreado en la *ilustrada* tarea de prodigarnos groseras invectivas, sepan que despreciamos soberanamente sus insensatas torpezas.

La mala fé, el designio infame que ha presidido en las epístolas de Dumas, no está precisamente en las vanidades que atesoran, sino en lo que calla el desatentado escritor. ¿Qué dice Dumas de nuestros establecimientos tipográficos, comerciales y fabriles? ¿Qué del estado de nuestra literatura? ¿Qué de nuestros antiguos monumentos y preciosida-

«Don Luis, joven de fibra republicana, no podía dejar desapercibidas las epigramáticas palabras del extranjero.

—Caballero — le dijo después de haberle estado contemplando con altanería — sepa usted que está usted en España.

—Demasiado se conoce, amigo mio — dijo el francés soltando una estrepitosa carcajada. — Las atrocidades de ayer..... los asesinatos cometidos en personas indefensas..... la sangre de infelices religiosos brutalmente derramada, está diciendo que en este país se aprende á ser héroes en la plaza de los toros.

—Y dígame usted, caballero — dijo don Luis con forzada sonrisa, expresión de la ira que los insultos del extranjero iban despertando en su pecho — dígame usted ¿en qué escuela aprendieron á ser héroes los que

inundaron la Francia de sangre en su revolucion?

—¡Oh!.... ¡bah!... ¿querrá usted confundir las turbas desenfrenadas con la parte sensata de la nacion francesa?

—Yo no; pero usted es precisamente el que trata de confundir esas turbas con el pueblo español. ¿Esas turbas en las que suelen figurar siempre en primera línea hombres criminales, vagos llenos de vicios, y crapulosos extranjeros.

—Parece que se altera usted demasiado, amable jóven—dijo sonriéndose el francés;—pero ya que tan prendado está usted de su digna patria, quisiera que discutiésemos con calma sobre este particular. ¿No me haria usted el favor de decirme, amable jóven, qué es lo que debe la Europa á la ilustracion de España?

—La Europa debe mas á España

que á esas naciones que la calumnian torpemente — exclamó con calor don Luis — suponiendo que la patria del anciano Séneca y del jóven Lucano es una mansión de irracionales envilecidos. Afortunadamente, señor mio, no todos los extranjeros son injustos como usted. Si algunos se huelgan en nuestro descrédito, los hay sábios y justos, los hay imparciales y de buena fé, que reconocen el mérito de esta nación magnánima.

— Ciertamente, amable jóven — dijo el francés siempre con burlona sonrisa en los labios — siento no conocer á esos sábios que han elogiado á la patria de Séneca, como dice usted, mi buen amigo. ¡La patria de Séneca!... ¡Oh! esto solo es un gran mérito.

— No me sorprende, caballero, que no tenga usted noticia de los apologistas de España, porque los

que menos saben, suelen ser con frecuencia los que mas critican; y para que mis citas no le sean á usted sospechosas, empezaré por la del sábio *Denina*, que en 1786 probó en la academia de ciencias de Berlin, que la España ha marchado siempre en la línea mas avanzada de la civilizacion europea; pero como se halla en posicion de ser la nacion mas rica y floreciente por los preciosos tributos que naturaleza le prodiga, ha sido siempre envidiada de las demás naciones. Pero esta España tan combatida, en medio de una continuacion de sucesiones violentas, en medio de una sujecion sucesiva y no interrumpida jamás, á fenicios, cartagineses, romanos, septentrionales, sarracenos... en medio de sangrientas luchas civiles, intestinas, de sucesion, de principios... frecuentes levantamientos de estados, usurpaciones de pro-



vincias por la envidia política, dominaciones tiránicas, influencias opresoras, anatemas del Vaticano, no solo se presenta altiva, sino que se encamina a dar UN GRITO DE SALVACION que la colocará un día á vanguardia de la ilustracion universal.

—Casi me voy convenciendo de esto—repuso en tono sardónico el francés—porque..... ya se vé..... ¡ha habido en España tantos sabios!... ¡Han descollado tan esclarecidos varones en todas ciencias y artes!.... Pero me parece que tendremos que contentarnos con Lucano y con Séneca.....

Al oír esto, que dijo el francés recalcando los nombres de Lucano y Séneca con insolente escarnio, un hombreillo gordo soltó grandes carcajadas. Entonces se enfureció don Luis y rompiendo un plato en la cabeza de aquel inverosímil adelfesio,

que merced á la peluca rabia no recibió lesión ninguna, exclamó con voz de trueno:

—Que nos calumnien los extranjeros.....pase en gracia de la envidia qué nos tienen; pero yo no sufró que un español se burle de su patria,.... no debe, no, ningun español reirse quando se trata de pintar andrajosa, bárbara y estúpida á su nacion, porque, como dice nuestro erudito Forner, si este retrato fuese verdadero, al tiempo de hacerle debiera irse regando con lágrimas de sangre. Quando ardía Roma, solo Neron tañia la cítara.

Un silencio sepulcral siguió á las palabras de don Luis que, después de algunos momentos continuó:

—Larga tarea seria nombrar ahora cuantos varones han descollado en España; pero quisiera que usted, caballero, no se limitase á contestarme

con una sonrisa necia que nada significa..... quisiera que me citase un canonista que esceda á nuestro don Antonio Agustín, un maestro de elocuencia como Quintiliano, un historiador mas imparcial y sábio que Mariana. De los críticos de autores antiguos uno que esceda en tino, juicio y moderacion á Nuñez Pinciano: de los médicos uno mas metódico que Vallés, ó que haya entendido é imitado mejor á Hipócrates: de los gramáticos uno que sobrepuje al Brocense..... de los poetas latinos uno que oscurezca la elegancia y solidez de Montano, ó que iguale á la nunca vista fecundidad de Mariner: de los filósofos uno de mayor juicio y sagacidad que Vives: de los teólogos un Cano: de los filólogos un Salas.... pero sería nunca acabar si habia de recorrer todos los ramos de la humana inteligencia, aunque de cada cien-

cia y arte solo nombrase uno de los muchísimos sábios antiguos y modernos que honran á la España y la colocan en emiiente predicamento.

—¡Oh pardiez! toda esa retabilla de botarates —dijo en ademan de desprecio el francés— no vale un ble-do en comparacion del peor de nuestros clásicos poetas dramáticos. ¡El mundo entero debe postrarse y besar el polvo ante los eselarecidos nombres de un Corneille, de un Racine, de un Voltaire!....

—En España somos mas justos que los estrangeros —respondió don Luis — porque no envidiamos las glorias de ninguna nacion. En España, al paso que no sufrimos insultos de nadie, reconocemos el mérito y le acatamos, donde quiera que se ostente. Grande fué Voltaire, sublime fué Racine, arrebatador era Corneille; pero la Francia, ese pais en el cual reco-

nozeo ilustracion y progreso, en vez de negar á mi patria el mérito de que justamente blasona, confesar debe (1) que ha enriquecido su repertorio dra-

---

(1) Je ne finirais pas si je voulais parcourir les ouvrages d'agrément et de gout dont les espagnols ont fourni le modèle ou l'idée aux français. Lorsque la France avait déjà eu ses Pascal, et ses Fénelon, et qu'elle avait ses Fontenelle, les personnes les mieux policées et les mieux instruites n'avaient point de meilleurs livres à proposer à des princesses, que les romans de Cervantes. Il n'y a pas jusqu'au *Diàble boiteux* de Le-Sage dont le fond ne soit tiré d'un ouvrage espagnol de Louis Velez de Guevara.

Mais c'est sur tout dans la pœsie dramatique que la France c'est entichie des fonds de l'Espagne. L'auteur du nouveau dictionnaire historique dit en parlant de Scarron; que la mode de son temps était de piller les espagnols. Si les espagnols avec leur imagination seconde, n'eussent fourni des sujets, des plans aux pœtes des autres nations, la France serait resté plus long-tems à des sujets rebattus.

DENINA.

mático con obras cuyo fondo ha tomado de la literatura española. Cuantos tienen una idea de las producciones de Moliere y de Corneille saben lo mucho que han aprovechado estos autores de las invenciones de Lope de Vega y de Calderon de la Barca, y ni usted ni nadie podrá negarme que la época luminosa de la tragedia francesa señalóse por la imitacion de un drama español de Guillen de Castro, el Cid.

—Ese es demasiado orgullo, caballero — exclamó el francés.

Este extranjero era uno de los tantos que nos calumnian sin tener el menor conocimiento de lo que es España, ni la mas leve idea de los varones doctos que en todas épocas la han ilustrado, tanto en la carrera de las armas como en la de las letras. Viéndose pues vencido por la erudicion del jóven español, apeló al sarcasmo,

que es el arma que oponen los necios y pedantes á los argumentos de la sana lógica; y en tono de mofa, añadió:

—Cáspita ¡ con qué segun eso , todo se lo debe la Francia á la dichosa patria de Séneca? ¡Ja! ¡ja! ¡ja!

—El francés soltó una risolada insolente y dijo: — ¡En mi vida he oído una sarta de desatinos tan garrafales! Lo cierto es, á pesar de todo cuanto usted acaba de decir, que este es un pais miserable, desmoralizado..... un pais de cafres.....

—Miente usted como un villano — exclamó colérico don Luis, dando un puñetazo en la mesa y poniéndose en pie.»

En el capítulo noveno de la parte segunda de la misma obra, hemos dicho hablando de la literatura dramática:

«La España, cuna gloriosa de Lope de Vega, Calderon, Moreto, Tirso

de Molina, Guillen de Castro y tantos otros varones ilustres que florecieron en el siglo XVII, esta España tan vilmente calumniada y combatida por la asquerosa envidia de los pedantes de otros países; hace dos siglos que colocada en honroso predicamento suministraba ya modelos de buen gusto á todas las naciones civilizadas, y los mas célebres ingenios dramáticos de toda Europa, abastecían los teatros con imitaciones de nuestros esclarecidos poetas. Y no se crea que el ardiente amor que á nuestra patria profesamos nos ciega hasta el punto de aventurar en su elogio asertos exagerados. Es una verdad incuestionable que nos han hecho la justicia de confesar muchos sábios extranjeros admiradores de nuestras glorias; porque la verdadera sabiduría acata el mérito do quiera que germine, mientras solo la torpe ig-

:



norancia padece y se consume de ira al contemplar triunfos ajenos.

«*El mentiroso*, dice un escritor francés (1), imitación de una comedia que escribió Alarcon con el título de *La verdad sospechosa* y la tragedia del *Cid*, tomada por el gran Corneille de Guillen de Castro, sacaron el arte dramático francés de una infancia de que no queria salir, y cada vez que el eminente poeta (Corneille) sentíase desfallecer, apoyábase en los modelos españoles y recobraba su energía. En pos de Guillen de Castro consultaba á Calderon, el mas sublime de los poetas trágicos, á Alarcon el mayor moralista cómico, y últimamente á Lope de Vega, modelo indispensable, repertorio encantador y universal.»

---

(1) Mr. Puibusque en su *Historia comparada de las literaturas española y francesa*.

En la *Historia filosófica y literaria del teatro francés* por Mr. Hipólito Lucas, se dice, que *hasta que Hardy se dedicó á traducir las comedias españolas, no dió la escena francesa señales de vida.*

Mayret obtuvo un éxito asombroso con la traduccion de una comedia de Rojas. La-Serre alborotó París con otra traduccion.

Un ilustrado escritor italiano, el erudito Riccoboni, calificó el teatro español de *mina inagotable para todas las naciones*; y por último, traduciremos lo que dice Denina en el discurso que leyó á la academia de Berlín en sesion pública del 26 de enero de 1786:

«Si los españoles, con su fecunda imaginacion, no hubiesen suministrado asuntos y planes á los poetas de las demas naciones, la Francia hubiera visto largo tiempo sus teatros

en el estado mas lastimoso. Cuando se critica á los españoles la irregularidad de sus dramas, debiera hacerse una reflexion que les disculpa. Habiéndose prodigiosamente cambiado las costumbres desde los tiempos heroicos, esas unidades tan inculcadas no eran ya convenientes, y los españoles han creído que podian agradar é instruir sin sujetar su prodigioso ingenio á tan mezquinas trabas. No es cuestion de averiguar si las producciones de Lope de Vega, Calderon, Moreto y otros españoles están arregladas á los preceptos de Aristoteles y de Horacio como las de Corneille y Moliere, lo que se pregunta es, si estos restauradores del teatro francés se han aprovechado de lo que habian escrito antes que ellos los poetas españoles. De esto no cabe la menor duda, por manera que los franceses deben á los españoles todas sus

glorias teatrales. Y lo mas digno de admiracion y elogio , es, que en ese número infinito de comedias españolas que han abastecido largo tiempo los teatros de París, Londres y Venecia, apenas se conoce una en la que no imperen los principios esenciales de moral y de religion. Esto no puede desgraciadamente decirse de las obras dramáticas originales de las demas naciones.»

Podriamos citar otros muchos escritores estrangeros que han rendido su homenaje de justicia á nuestra ilustracion; pero no queremos fatigar la atencion de nuestros lectores, cuando queda probado que los dictorios que han prodigado á España sus detractores, se desvanecen ante la sana lógica, cual desaparecen las imágenes tenebrosas ante los rayos del sol.»

Queda pues demostrado que afor-

tunadamente no todos los estrange-  
ros son injustos, y que en la misma  
Francia se reconoce el mérito de los  
españoles. La inmensa mayoría de to-  
dos los países hace justicia á nuestra  
cultura y hay escritores de primera  
categoría, que como el popular Eu-  
GENIO SUE se complacen en recono-  
cer los progresos y glorias de España.

Despreciamos pues los delirios de  
Dumas..... de ese hombre estrava-  
gante que ha caído ya en descrédito  
hasta en su propia nación, en donde  
sus mismos amigos no tienen otra  
disculpa para atenuar sus atrocidades  
que esclamar: **EL POBRE DUMAS SE  
HA VUELTO LOCO.**

---

## APÉNDICE.

---

Habiendo citado á Vives como uno de los sábios que mas honran á su patria , creemos que serán leídas con gusto las siguientes líneas del erudito Forner :

La multitud de doctóres estrangeros que acudian á España á llevar de ella á sus patrias las ciencias matemáticas y naturales de que carecian , da un eydente testimonio de que cuando los griegos, que arrojó á Italia la toma de Constantinopla por los mahometanos , esparcieron con la lengua griega los estudios de humanidad y el sabor de la filosofía de su país, no era el del Ebro, el que mas necesidad tenia de sus lecciones. Le aprovecharon , ¿por qué se ha de negar? y no fué pequeña gloria para España señalar la

ilustracion que recibia con nuevos beneficios á la literatura. En efecto, no bien se restituye á España el doctísimo Antonio de Nebrija cargado con los despojos de las letras griegas y latinas, cuando abriendo la guerra contra los arcursianos manifiesta la barbarie de sus comentarios, y se declara primer restaurador del derecho que fundó el español Adriano, com-provincial suyo. Alciato puede tener la gloria de haber escrito mayores volúmenes; pero el breve diccionario jurídico de Nebrija, en corto papel fué la brújula que dirigió el rumbo allanado después por el grande arzobispo de Tarragona. ¿Y qué diré yo aquí del gran ministro de Fernando el Católico y la prudente Isabel? ¿de aquel eterno honor de la púrpura cardinalicia? ¿del que con raro ejemplo de integridad supo hermanar la política con la religion,

la justicia con el poder, las riquezas con la sabiduría; á quien ni la autoridad, ni la adulacion, ni el crédito, ni la peligrosa sagacidad del talento áulico desviaron jamás del austero ejercicio de la virtud, con la cual, como otros falsos políticos con el vicio y engaño, sembró en su nacion las semillas de aquella grandeza que debajo del victorioso Cárlos encogió y dejó atónita á toda Europa? Su escuela de Alcalá no fué hija en todo de la universal reforma que se atribuye á los griegos espatriados. Con larga sucesion se derivaron á ella, sin salir de los límites de la Península, el conocimiento de los idiomas de Oriente, que no vino de Constantinopla; los estudios sagrados y jurídicos que florecian ya en España con suficiente cultura; las ciencias matemáticas que eran enseñadas por profesores españoles en París, y las na-



turales que en toda su estension fueron provincia mas propia del árabe que del griego. No negaré que la Poliglota Complutense recibió alguna luz de la que resurtió en España por la fuga de los Crisolóras, Lascaris, Gazas, Trapezuncios: el griego Demetrio asistió á la ereccion de este durable monumento que consagró á la religion el prudentísimo prelado: pero ninguna nacion de Europa presentará á aquella sazón mayor número de varones, doctísimos en lo que no enseñaron los griegos y se sabia en España, que fuesen capaces de desempeñar la árdua empresa que acabaron dichosamente Alfonso de Zamora, el Pinciano, Nebrija, los dos Vergaras, Zúñiga, Coronel y Alfonso de Alcalá. El legítimo uso de la erudicion oriental nació en esta época para Europa, cuando ya en España era, no sólo comun, pero

empleada debidamente en asuntos dignos, como lo acreditó el franciscano Raimundo Martini, aprovechadísimo alumno de la escuela de Barcelona. Son vanas las pretensiones de algunos países sobre el principal influjo en la restauracion universal de la literatura, que se observó generalmente al tiempo del imperio de Carlos V. Los estudios sagrados jamás decayeron en España, como es fácil probar por una continuada série de prebados y teólogos españoles consumadísimos, que disfrutó Roma sin interrupcion. La enseñanza de las lenguas orientales fué tambien fruto de los conatos de dos doctos españoles. El uno de ellos, Raimundo Lulio, comenzó el primero á apartarse del comun de filosofar, y el otro perfeccionó por suprema autoridad la legislacion de la iglesia. Nebrija hecho jurisconsulto en España, unió al de-

recho las humanidades que tomó de los griegos de Italia, y dió principio á extinguir la barbarie con que los jurisconsultos italianos habian aseado y hecho ridículo el derecho de Roma. La medicina lejos de decaer, logró manifiestos aumentos entre las manos de los árabes en España: y tiene mi patria la gloria de no haber dado de sí los hediondos comentadores que sobrecargaron la medicina árabe con esplicaciones vanísimas: y antes bien tiene la de contar entre los mayores de su saber, haber dado á la tiara un médico; no bárbaro en siglo bárbaro, el desgraciado Juan XXI. En suma, Italia, España, Francia, Alemania, aprendieron la erudicion grecánica, no unas de otras, sino de los griegos que la persecucion mahometana arrojó al centro del cristianismo. Este es el sistema de la verdad, no de la presuncion

que tuerce en muchas historias la recta línea de los sucesos , acomodándolos á una vanidad poco provechosa. Historiador digno de este título es solo el que escribe sin los intereses del ódio , del amor , del partido : los demás pueden llamarse esclavos de sus preocupaciones, y plumas más propias para el escarmiento que para la enseñanza.

¿ Cuánta enseñanza no comunicó á Europa , al universo , el penetrante, el descubridor , el sagacísimo Juan Luis Vives? ¡ Oh fatal suerte de los talentos; tinieblas vergonzosas con que el descuido y la ingratitud oscurecen la memoria de los que mas sirven al género humano! ¿ Por qué mi España , mi sábia España , no ostenta en la capital de su monarquía estatuas , obeliscos eternos que recuerden sin intermision el nombre de este ilustre reformador de la sa-

biduría? No fué el nombradísimo Bacon mas digno del magisterio universal, que le ha adjudicado el olvido del grande hombre que le llevó por la mano, y le indicó el camino. Hay grande diferencia del uno al otro, ora se atienda á la estension de los conocimientos, ora á la perspicacia en descubrir y proponer. No se ofendan los manes del inmortal Bacon: si él hizo admirables pruebas de su profundidad en los medios de desentrañar la naturaleza física, Vives perfeccionó al hombre: demostró los errores del saber en su mismo origen: redujo la razon á sus límites: manifestó á los sábios lo que no eran, y lo que debian ser. Los griegos que llevaron á Italia la literatura de Constantinopla, nada hicieron en las mejoras del saber: renovaron los rancios sistemas de Grecia, y sustituyeron disputas vanas, tratadas con

mejor gusto, á las bárbaras de la escuela. Vives penetró en lo íntimo de la razon, y siguiendo su norte, fué el primero que filosofó sin sistema, y tentó reducir las ciencias á mejor uso. Los siete libros *De la corrupcion de las artes*, única y segura carta de marear, en que deben aprender los profesores de la sabiduría á evitar los escollos del error, del engaño, de la opinion, del sistema; los tres *Del Alma y de la Vida*, en que ofuscó todo el esplendor de la ambiciosa filosofía de Grecia, enseñando al hombre con propia observacion lo que es, y á lo que debe aspirar: los tres *Del arte de decir*, en que ampliando las angostas márgenes en que los estilos de la antigüedad habian estrechado el uso de la elocuencia, la dilató á cuantos razonamientos puede emplear el ejercicio de la racionalidad: los cinco *De*

*la verdad de la Fé Cristiana*, obra que debe leerse con veneracion, y admirarse con encogimiento, donde triunfa perfeccionada la filosofía del hombre, llevándole irresistiblemente á la verdad del culto: sus tratados de educacion: sus sátiras contra la barbarie, apoyada entonces en la Dialéctica: su universal saber en suma, consagrado si no á la escrutacion de la naturaleza, que eternamente se resistirá á las tentativas del entendimiento, por lo menos á las mejoras de este y á la utilidad con que le convida la inmensa variedad de objetos que le oprimen por el abuso, son en verdad méritos que no sin fundamento obligan á reputarle en su patria por el talento mayor que han visto las edades. Cuando sean mas leídas sus obras: cuando mas cultivadas las innumerables semillas que esparció en el universal círculo de las

ciencias: cuando mas observadas las nuevas verdades que en grande número aparecen en sus discursos: los innumerables desengaños con que reprimió los vagos vuelos é intrépida lozanía de la mente, y la facilidad de adoptar por verdad lo que no lo es: entonces confesará Europa que no el amor de la patria, sino el de la razon, me hace ver en Vives una gloriosa superioridad sobre todos los sábios de todos los siglos.

Vives fué el astro brillante que alumbró y vivificó cuanto para beneficio del hombre han restituido despues á mejores términos la meditacion y el trabajo. España se anticipó á recoger frutos que eran tan suyos. Convirtió hácia sí la enseñanza del mas docto de sus hijos, y aprovechó rápidamente en los documentos que adoptaba ya toda Europa. No hubo progreso suyo, siguiendo los pasos



de tan gran varon, que no diese en su patria un nuevo aumento á la sabiduría. Aprende de Vives el Brocense á emplear en todo la filosofía; aplícala á la investigacion de las causas del idioma latino, instrumento con que se comunican los sábios; y manifestando al Lacio lo que no investigó en el mismo siglo de Augusto, se apodera de las escuelas latinas, y adquiere en su Minerva el nombre que hasta entonces no habia merecido ningun gramático. Hieren á Melchor Cano las amargas quejas de su patricio sobre el lloroso estado de la teología: dáse por entendido: medita, reflexiona sobre la tópica que debiera establecerse peculiarmente en cada ciencia, antes que Bacon contase esta tópica entre las que faltan: reduce á sus fuentes los argumentos teológicos, los pesa, los confirma; y copiando en parte á

Vives, y usando en parte de su penetracion, forma la ciencia teológico-escolástica, ordenándola en sistema científico, y dando su complemento á la primera ciencia del racional. La medicina, entre todas, se aventajó en progresos que debe agradecer perpétuamente la humanidad, promovidos por estudio de la esperiencia en ningun otro pais con mejor éxito que en España. Heredia observa la mortífera angina: descríbela exactísimamente: despierta Europa á las advertencias del médico español sobre una dolencia que por conñado descuido habia hecho perecer á cuantos la sufrieron hasta las observaciones del Archiatro de Felipe IV; y mejor Esculapio que el fabuloso, salva la vida á innumerables hombres. Mercado egecuta igual milagro del arte en las perniciosas calenturas intermitentes, solapada enfermedad

que infaliblemente llevaba al sepulcro á cuantos acometia. En tanto un monge español participa al orbe el extraño y portentoso arte de dar habla á los mudos, para que después de un siglo se lo apropiase desembarazadamente un extranjero. La exacta esperiencia, las puntuales historias de las enfermedades, el conveniente auxilio á los progresos de la humanidad doliente, el exámen de las virtudes que en los seres colocó el Criador para el recobro de la salud, eran la medicina de nuestros profesores. Abrense las riquezas del Nuevo mundo, y observándole Monardes con distinta vista que los negociantes de Europa, examina atento sus plantas, piedras, bálsamos, frutos, y escribe la primera historia medicinal de Indias, tesoro mas esquisito que el del inagotable Potosí.

A qué ciencia, á qué arte no llegó

la ilustracion filosófica del fecundo Vives? En los teólogos y juristas que este formó, halló Grocio los materiales con que ordenó el código de las naciones y la jurisprudencia de los monarcas.

Habíamos venido de Francia el inepto gusto á los libros de caballería, que tenían como en embeleso á la ociosa curiosidad del vulgo ínfimo y supremo. Clama Vives contra el abuso: escúchale Cervantes: intenta la destruccion de tal peste: publica el Quijote, y ahuyenta como á las tinieblas la luz al despuntar el sol, aquella insípida é insensata caterva de caballeros, despedazadores de gigantes y conquistadores de reinos nunca oídos.

Y no osaré yo afirmar que el verdadero espíritu filosófico, mas racional y menos insolente que el ponderado de nuestros dias, comunicado á

todas las profesiones y artes en aquel meditador siglo, perfeccionó también las que sirven á la ostentación del poder humano, que copian los vivos seres de la naturaleza; que levantan soberbios testimonios de la inventora necesidad del hombre? Pudo ser Herrera el arquitecto del Escorial sin filosofía? Sin ella Rivera, Murillo, Velazquez con breve pincel, los émulos del poder divino?...

Mi mente embebecida con la contemplación de su grandeza misma, manifestada en las obras de tan insignes genios, mueve perezosamente la pluma, que detenida con el letargo de la consideración, admira más que produce y refiere. No olvida, pasa en silencio de propósito otros muchos y señaladísimos beneficios, que en las ciencias, artes y profesiones de pura conveniencia ha producido el ingenio español.

FIN.













BIBLIOTECA DE CATALUNYA



1001059458



Biblioteca  
de Catalunya

Adq.

C-TUS

CB.

1001059458

TUS-8  
4687

